

UNIVERSIDAD

MENSUAL

DE CULTURA

POPULAR

JULIO DE 1936

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

SUMARIO

La Universidad y el Pueblo,
ABOG. SALVADOR AZUELA.

Verdad y Revelación,
D. DRAGHICESCO.

Las Canciones del Istmo de Tehuantepec,
ANDRES HENESTROSA.

Garcilaso,
JORGE ADALBERTO VAZQUEZ.

El Cuento Premiado.—“Un Hombre de Experiencia”,
ANTONIO OCAMPO.

Humanismo y Filosofía en México,
AGUSTIN YAÑEZ.

Aspectos de la vida del ilustre Mineralogista, don
Andrés Manuel del Río,
ARTURO ARNAIZ Y FREG.

México,
RAFAEL ALBERTI.

Diálogo con Rodríguez Lozano,
RAFAEL HELIODORO VALLE.

Harvey como iniciador del Método Experimental,
JOSE JOAQUIN IZQUIERDO.

Carta tal vez de más,
EFREN HERNANDEZ.

Ensayo sobre el concepto de la Historia,
ROBERTO RAMOS DANTES.

Gonzalo de Berceo,
AZORIN.

La Provisión de Cátedras,
ROBERTO AGRAMONTE.

La lección de Pavlov,
GREGORIO MARAÑON.

La Universidad de México, se dispone a resolver
los problemas fundamentales de su cultura.

Consultas resueltas por el Instituto de Geología.
Notas.

PINTURA COLONIAL MEXICANA DEL
SIGLO XVI.

Dibujo y Oleo,
JESUS GUERRERO GALVAN.

EL GRANO EN LA ESPIGA.

JULIO

NUMERO 6

TOMO I

OFICINAS - UNIVERSIDAD NACIONAL - JUSTO SIERRA 16

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE

Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO



AMPLIFICADORES
PERISCOPIOS
MICROTOMOS
FOTOMETROS
TELESCOPIOS
CENTRIFUGAS
BINOCULARES
REFLECTORES
MICROSCOPIOS
COLORIMETROS
SACARIMETROS
ESOPOMETROS
HEMATIMETROS
ESPECTROSCOPIOS
REFRACTOMETROS
LENTE DE LECTURA
LENTE OFTALMICOS
LENTE DE PROYECCION
EQUIPOS METALURGICOS
APARATOS DE PROYECCION
LAMPARAS PARA MICROSCOPIA
CAMARAS MICRO FOTOGRAFICAS
MIRAS PARA EJERCITO Y MARINA
EQUIPOS ESPECTROFOTOMETRICOS
INSTRUMENTOS OPTICOS INDUSTRIALES
LENTE Y OBTURADORES FOTOGRAFICOS

Representantes para la República Mexicana:

Casa Mario Padilla



Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA, 44. MEXICO, D. F.

Nuestra experiencia de más de **M E D I O S I G L O** de servicios bancarios en la República, nos permite facilitar las operaciones que a continuación se indican, contando para ello con 42 sucursales y agencias distribuidas en las poblaciones de mayor importancia comercial.

Apertura de cuentas corrientes de cheques en toda clase de monedas. Operaciones de Crédito.

DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A LA COMPRAVENTA DE GIROS SOBRE EL INTERIOR DEL PAIS Y SOBRE EL EXTRANJERO.

Nuestro Departamento Extranjero se dedica especialmente a la compraventa de monedas extranjeras, pagando los mejores tipos de cambio del mercado.

Contamos con una extensa red de **CORRESPONSALES**

en toda la República para el servicio de **COBRANZAS**

Guarda de Valores.

El Departamento de Caja de Ahorros, recibe depósitos desde UN PESO y abona intereses desde CINCO PESOS.

Vendemos **CHÉQUES PARA VIAJEROS** pagaderos en moneda nacional y los mundialmente conocidos de la American Express y American Bankers Association pagaderos en Dólares. Expedimos Bonos de Caja pagando intereses.

LA MODERNIZACION DE TODOS NUESTROS SERVICIOS NOS PERMITE DEJAR SATISFECHA A TODA NUESTRA APRECIABLE CLIENTELA.

Le interesa solicitar información.

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

52 William Street.

CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO.

EL EBANO

FABRICA DE SILLAS Y MUEBLES
PARA OFICINAS Y ESCOLARES

PROVEEDORES DE LOS F. F. C. C.
NACIONALES

CASA FUNDADA EN 1880

TELEFONO
MEXICANA
J-21-34

Calzada de la Viga números 4 y 6

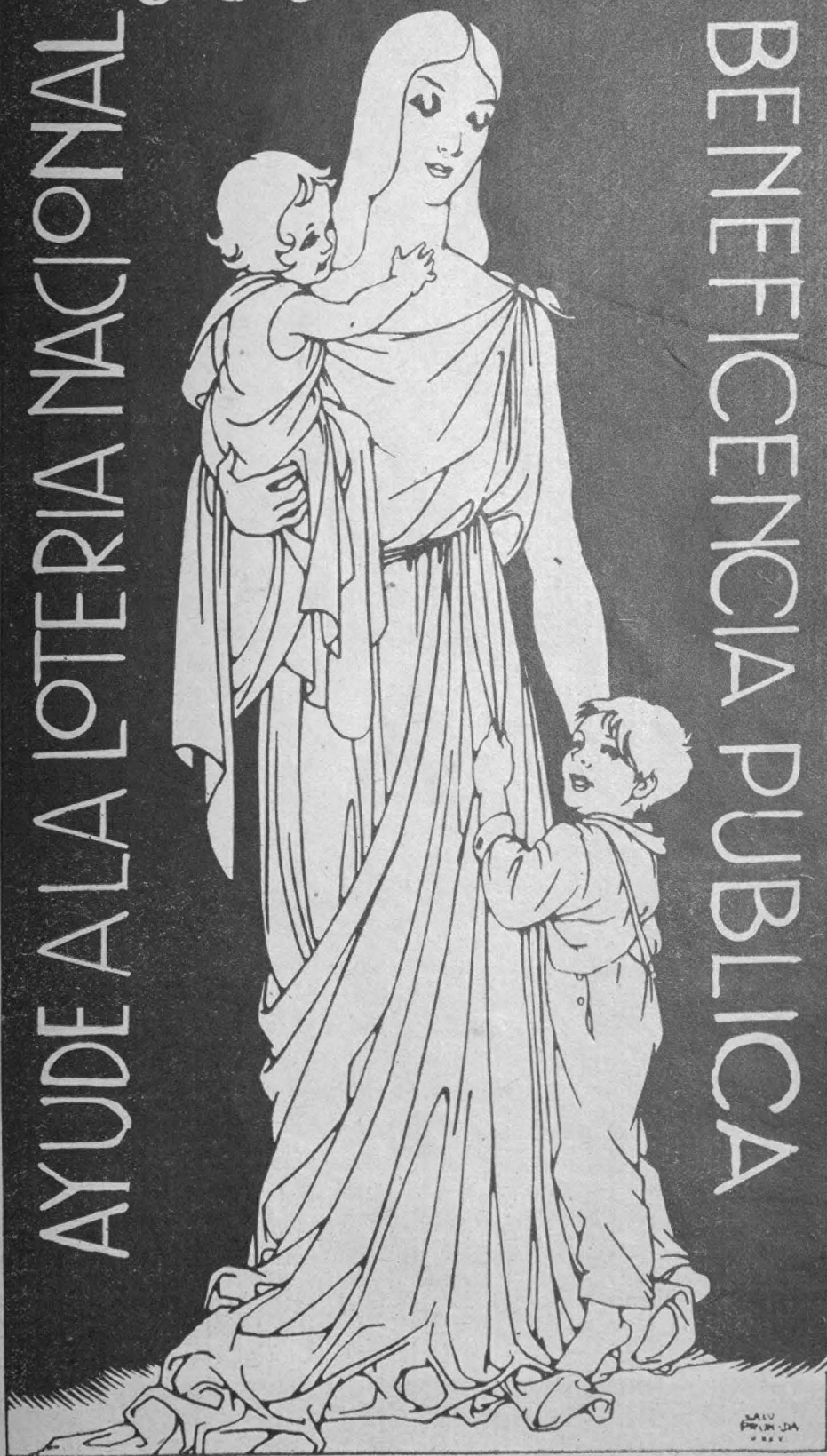
TELEFONO
ERICSSON
2-03-97

ACORTANDO la DISTANCIA



Telefonos Ericsson

AYUDE A LA LOTERIA NACIONAL
A SOSTENER LA
BENEFICENCIA PUBLICA



ALU
PRINJA
1917

LA UNIVERSIDAD Y EL PUEBLO

Por el Abog.

S A L V A D O R A Z U E L A

Jefe del Departamento de Acción Social
de la Universidad Nacional de México

LA Universidad Nacional realiza, con la apertura de los Centros de Divulgación Cultural destinados a los trabajadores, la culminación del programa de renovación que ha venido trazando a la República un camino de acuerdo con la altura de los tiempos, sin quebrar absolutamente una línea de su derrotero en defensa del libre examen. Conserva, pues, la Universidad, en esta tarea de clara comprensión social, la plenitud de su libertad, acordando su acción a las exigencias de la época.

En esta labor hemos tenido que pasar por encima de las dificultades de dentro y de los obstáculos de fuera. Por dentro, enfrentándonos con la vanidad, con la jactancia privativa de toda aristocracia, y especialmente de la de los intelectuales; por fuera, con el germen del odio, del resentimiento, de la envidia que se ha procurado infiltrar en el alma de los trabajadores. El espectáculo sencillo y a la vez trascendental de este acto es la respuesta. Cuando la Universidad se ha dado cuenta cabal

de la función que le compete, cuando ha mostrado a las gentes humildes cómo la función universitaria es por esencia desinteresada, entonces las gentes humildes han respondido. La Universidad, con tal motivo, debe felicitarse.

Inauguramos estos Centros sin ninguna preocupación jactanciosa, con un propósito de completa llaneza; no pretendemos marcar trayectorias definitivas. Creemos que esta será una forma de enriquecer la obra educativa de la Universidad, y que al educar a los trabajadores, educaremos mejor a los elementos de raigambre universitaria.

¿Y por qué hemos elegido los nombres de Justo Sierra, de Juan Montalvo, de Domingo Sarmiento, de José Martí y de Francisco Giner de los Ríos? ¿Es que una intención desprovista de hondura, sin contenido, nos ha determinado a dar tales designaciones a las nuevas células de vitalidad universitaria que hoy se crean? De ninguna manera. Tendenciosamente hemos elegido a un grupo de pensadores de nuestra raza, porque significan el noble equilibrio del pensamiento y de la conducta.

Justo Sierra. El padre de la nueva Universidad Mexicana; el hombre que representa el secreto de la juventud inextinguible, la capacidad de renovación, la flexibilidad de la inteligencia, la finura del espíritu, la gracia ondulante. Justo Sierra que supo captar las más ricas esencias

del alma popular. "Allí donde el pueblo besa por amor o por fe, allí yo beso", decía el Maestro.

Juan Montalvo. Honramos en Montalvo a una de las figuras más caballerosas de América, de los varones que han luchado con mayor trascendencia social y política por la libertad; honramos en Montalvo la intransigencia contra la tiranía, el señorío de la forma y de la idea; honramos en él al adversario de García Moreno, representativo este último de las potencias oscuras de la vida americana.

Domingo Sarmiento. Porque sostuvo su tesis de que gobernar es educar; porque no hay renovación auténtica que no parta de lo espiritual; porque allí donde la educación labra, el esfuerzo queda definitivo. Sarmiento, enemigo del caudillaje americano, es un símbolo de noble ciudadanía. Por eso el nombre del batallador insigne ha sido elegido para uno de nuestros Centros.

José Martí. Por la sencillez, por la modestia, por el afán iluminado, por su sentido heroico, porque su vida de poeta, de tribuno, de hombre ejemplar, será siempre para América una de las más altas manifestaciones de humanidad. Martí constituye el testimonio de la capacidad de apostolado de nuestra América, de la América de acento castizo.

Francisco Giner de los Ríos. Porque no podemos negarnos a nosotros mismos; porque tenemos que volver al tronco común; porque el Maestro español Giner de los Ríos representa la protesta contra todas las organizaciones sociales que pretenden poseer la verdad absoluta; porque ni las iglesias, los partidos políticos, ni el Estado mismo pueden coaccionar la conciencia, ya que los caminos para encontrar la verdad son infinitos; porque la vida de Giner es una protesta viva contra el espíritu coactivo. Aquellos años brillantes de la segunda mitad del siglo pasado en que Giner se levanta en contra de Cánovas del Castillo en defensa del decoro de la inteligencia, y es desterrado de España, son para la Universidad de México lo más meritorio de la lección del Maestro, que luego fructificaría largamente en la Institución Libre de Enseñanza,

que honramos a través de la voluntad creadora de Francisco Giner de los Ríos.

Por eso ha elegido la Universidad estos nombres heroicos, estas figuras ejemplares. El pensamiento orgulloso y pagado de su propia posibilidad suficiente, no construye nada generoso. El odio y la vanidad son por igual barreras que hay que vencer. Y si hay que acercarse al pueblo ciertamente, ello no debe ser en el plan de trivialidad retórica con que se afirmó hace años en la Universidad, sino sin negar el rango de la inteligencia. Porque nosotros afirmamos que una sinfonía de Beethoven conmueve a todo hombre, que tenga una sensibilidad capaz de vibrar con las fuerzas elementales de la vida.

Así abre sus Centros la Universidad. Apoyada en un sentimiento de generosidad y de simpatía. Porque el odio, el crimen y la demagogia no crean nada duradero; porque al fin lo único que queda es la fuerza levantada del ideal, y para hacer que el ideal se levante, organizamos los centros José Martí, Juan Montalvo, Domingo Sarmiento, Francisco Giner de los Ríos y Justo Sierra, el más ilustre antepasado de la nueva Universidad Nacional de México.

VERDAD Y REVELACION

ACTUALMENTE la humanidad corre, más que nunca, el inminente peligro de una catástrofe, la cual debe conjurar urgentemente para salvar su vida y las adquisiciones de la civilización moderna. Este peligro viene de la desproporción entre nuestros medios técnicos y nuestra moral, entre la ciencia y la conciencia moral, entre los infinitos poderes que pone a nuestra disposición una industria demasiado adelantada y la imperfección de nuestras costumbres. En tiempos pasados, las guerras entre los pueblos podían ser endémicas, pero los medios de matarse eran tan reducidos que sus estragos no amenazaban la existencia de la humanidad. Ahora los medios de destrucción son de tal manera variados y formidables, que una guerra próxima amenaza a los pueblos civilizados con una exterminación total.

A medida que los medios de destrucción se multiplican y se intensifican, se acumulan también las causas de la guerra: rivalidades entre imperialismos, entre razas, entre naciones, entre clases sociales, y competencia sin piedad entre los individuos.

Ciertamente, la experiencia del desastre de 1914-1918, espantó a todas las conciencias y, para conjurar su retorno, se concibió y delineó la Sociedad de las Naciones y el proyecto del desarme general. Desde hace catorce años, la Sociedad de las Naciones arrastra una existencia que se marcha en vez de consolidarse. La guerra se encona en dos regiones, relativamente lejanas, y por consecuencia sin peligro inmediato para Europa. Se intenta, desde hace cinco años, reunir una Conferencia del Desarme. Apenas fue convocada en Ginebra, cuando se comprobó que algunas de las grandes potencias se dedicaban a hacerla fracasar. Mientras se discute sobre el desarme, las naciones se arman con más esmero que el que ponen para adherirse a los proyectos presentados en Ginebra.

Después de lo cual, volverá, dentro de algunos años, si no es que meses, la guerra, con bombardeos aéreos, gases tóxicos y asfixiantes: la guerra sobre y bajo la tierra, sobre y bajo el mar y en el aire, terminando por la exterminación de los habitantes de ciudades y pueblos.

La Conferencia de Ginebra está amenazada no obstante la fuerza de las razones que la sostienen, puesto que se trata de defender la vida y el destino de los pueblos civilizados, y que la Sociedad de las Naciones, que tomó la iniciativa, existe, y las mismas condiciones de su existencia no dejan

Por D. DRAGHICESCO

Ministro de Rumania en México

de ir en aumento. En efecto, las corrientes de la vida económica, de la vida social, científica y artística, continúan siempre, rebasando las barreras de las naciones y sobrepasando el cuadro de Estados, constituyendo progresivamente el marco real y positivo de una vida internacional. Comercio, finanzas, radiofonía, telegrafía sin hilos (T. S. F.) aeroplanos y submarinos, ignoran las fronteras nacionales y poco a poco se aplican a hacerlas desaparecer.

"La Materia nos Sobrepasa", es el título sugestivo y verídico de un libro que apareció recientemente. En efecto, la característica del momento actual es que a los progresos técnicos corresponde una ideología atrasada y una moralidad lamentablemente estrecha. Nuestra mentalidad, que es aún exclusivamente nacionalista, no puede adaptarse a los resultados de nuestra técnica y a la corriente de negocios, cada vez más internacionales. Por falta de esta adaptación los pueblos civilizados van a su perdición. Necesitamos adquirir una mentalidad universalista, una ideología que corresponda a la situación internacional donde nos ha conducido la evolución histórica, técnica y económica de los últimos siglos. Necesitamos crear una ideología nueva, una nueva moral, no teórica sino práctica; no imaginada sino vivida. Ahora, todo esto, no nos parece factible más que por una fe nueva que sea universal y profunda, como lo fue la católica.

En el primer siglo del Imperio Romano—el primero también de la era cristiana—los cristianos trajeron al mundo la moral, la fe y la ideología, que respondía a la nueva situación histórica y social, creada por el Imperio de los Césares. Debería ser igual ahora, porque las condiciones del universalismo contemporáneo son hechos y son, en todos sentidos, análogas a aquellas del universalismo romano.

La Institución de Ginebra parece un cuerpo sin alma, cerca de un alma suspendida en el vacío. Es necesario hacer entrar el alma que vive en el aire en el cuerpo que carece de ella, y que es lo único que puede ofrecerle un sólido punto de apoyo y de resistencia. Esa era tal vez la razón de ser de la Conferencia del Desarme, con el proyecto de una organización militar internacional. Pero es necesi-

rio también dar al alma de la Sociedad de las Naciones, todavía frágil y abstracta, el aliento de vida de una fe ardiente, viva y eficaz. Mientras no esté animada de un aliento semejante, la Institución de Ginebra será un reino de otro mundo, una semificción en el país de las sombras.

Ahora nos parece que para alcanzar una nueva fe, que inspire una ideología nueva, que eleve el nivel de las costumbres y que cree un estado de alma en armonía con el internacionalismo contemporáneo, existe un problema que no hay que descuidar, porque puede ser la clave de la actual situación. Este problema es el "Problema de Dios," título sugestivo de un libro publicado recientemente. Igualmente es el objeto de nuestro *propio* estudio.

Podríamos volver a plantear este problema según la declaración de Laplace: "la hipótesis de la existencia de Dios es superflua porque en su "Sistema" no encontró de Él ninguna huella". Ahora bien, al mismo tiempo, el propio Laplace imaginó al superhombre, dotado de omnisciencia, para quien nada sería incierto en el porvenir, ni en el pasado. Aun negando a Dios afirma su existencia.

Ciertamente, cuando se busca la huella de Dios en el mundo físico, no se tiene probabilidad de encontrarla, porque este mundo es, en cierto modo, la negación misma de Dios como del espíritu. En cambio, cuando se busca a Dios en las almas y en el mundo moral y social de la historia, se encuentra, no solamente su huella, sino las razones de su existencia y su existencia misma. Si en el mundo físico no se encuentra a Dios por ningún lado, en cambio, en el social y moral se le encuentra en todas partes, como principio y base de todo. Lo que para el mundo es materia, fuerza, movimiento y causalidad, lo es Dios para el mundo moral. El objeto de este estudio es tratar de ver lo que puede significar la idea y la existencia de Dios y qué relación hay entre Dios y la sociedad.

Vamos a emprender, primero, un examen crítico de las ciencias biológicas, de sus resultados esenciales, para ver qué sugerencias pueden ofrecer en el problema de Dios. Pero las ciencias del espíritu (Lógica del Espíritu de Geometría y del Espíritu de Fineza, C. IV; Lógica de Valores, C. V.) y de la sociedad (sociología, ética y estética, C. VI) son las que serán más particularmente estudiadas. Ciertas nociones consideradas prescrites, como, por ejemplo, la idea de "revelación", "el milagro", "lo sobrenatural", "la gracia", "el juicio final" y "las sanciones supraterrrestres", serán consideradas nuevamente y se verá, si, después de haberlas comparado con las adquisiciones y resultados prácticos de las ciencias contemporáneas, no pudieran éstas resistir una nueva in-

terpretación, aceptable para el espíritu racional actual.

Las sugerencias recogidas en el dominio de estas ciencias serán confrontadas con las ofrecidas por el pensamiento filosófico contemporáneo, para saber si las últimas pueden ser confirmadas, precisándolas lo más posible. En oposición con el positivismo materialista y científico del siglo XIX, que ignoraba o negaba a Dios, la filosofía del siglo XX parece tener la obsesión de Dios. Mientras más adopta actitudes y emplea métodos científicos el pensamiento filosófico moderno, más se orienta hacia los datos de la fe.

Este estudio y la nueva concepción de Dios nos habrían sido imposibles y casi inconcebibles antes, sin los importantes estudios de Bergson, Meyerson, Brunschwig, Husserl, Mauricio Blondel, Hauter, etc. Si nuestros esfuerzos llegan a algún resultado, se lo deberemos a estos maestros, porque no hemos hecho más que sintetizar las ideas recogidas en sus obras. A menudo encontramos la nueva idea de Dios en sus libros, superficialmente o formulada con más o menos claridad, pero solamente de paso y al azar de la asociación de ideas. Nos parece que ha llegado el momento de reunir, en un solo conjunto coordinado, los diferentes aspectos y rasgos esenciales de la noción ideal de Dios, tales como se encuentran dispersos en las obras de dichos filósofos. Se puede así restablecer la unidad lógica inherente a esos múltiples aspectos y rasgos esenciales de lo divino para integrar al fin la imagen de Dios, del Dios que puede ser comprendido por los hombres de nuestra época, servir de modelo e inspirar la ideología de tiempos futuros. (C. XVI & 1 y 2).

Nos parece que hay razón ahora de reanudar, alrededor del problema de Dios, el esfuerzo que ha realizado Darwin alrededor de la evolución de las especies y Karl Marx a propósito de los problemas sociales. Los filósofos que acabamos de citar han hecho mucho por avanzar en la solución del problema de Dios.

Es cuestión únicamente de abarcar, en una concepción única y armoniosa, en una síntesis viviente, toda la riqueza de sugerencias y de indicaciones que ellos nos han dado. Nos parece que hay que hacer un esfuerzo, realizar una tarea y correr una aventura hasta con riesgo de malgastar la vida, si el esfuerzo fracasa. Posiblemente, así, llegaremos a precisar una nueva visión de Dios, que nos parecerá objetivamente válida y merecerá por esta razón someterse a la apreciación y a la crítica de nuestros contemporáneos.

Tendremos igualmente que examinar, si por ahora no fuera posible que la religión integre la ciencia, porque en esto hay, bajo dos modalidades diferentes, el mismo saber. (C. VII & 1 y 2).

Oponer otra vez la ciencia a la religión es rechazar el tesoro de conocimientos que contiene la religión. Bien ha dicho Mr. Ménegoz: la religión estaría amenazada si la ciencia profana del universo no poseyera la suficiente flexibilidad para incorporarse a ella. La ciencia es incompleta sin la aportación muy preciosa de la religión, como está también la religión en peligro si no obtiene la cooperación de la reflexión filosófica y el apoyo de la ciencia. Habremos hecho, aquí, un esfuerzo tenaz por integrar la religión y la ciencia, y por demostrar que son solidarias, que se apoyan recíprocamente, tan bien, que no pueden finalmente sino caer o progresar juntas. Con frecuencia basta desprender los dogmas cristianos de su vestidura simbólica para identificarlos con las verdades sociológicas de primer orden y hacer avanzar considerablemente la ciencia de las sociedades.

Tendremos que considerar si las conquistas de la ciencia moderna no tienen por finalidad realizar efectivamente los ilusorios milagros de la Biblia y de los Evangelios. La sociedad civil y el Estado han llevado los progresos de la ciencia y de la técnica tan lejos que éstas parecen realizar finalmente una aproximación de omnisciencia y de omnipotencia divinas. (C. XIV y XV). Al mismo tiempo, y por esto mismo, veremos hasta qué punto la dualidad del Estado y la Iglesia o Emperador y Papa, que se explica tan bien por la dualidad humana y divina, ha emprendido de acuerdo y paralelamente una obra común: la deificación del hombre.

Mientras el Estado laico se ha consagrado a los progresos materiales de la vida, a la ciencia, a la técnica y a la realización de la justicia, tendremos que comprobar que la Iglesia ha aportado, con la idea de Dios, la doctrina de la "Redención", (C. XVII) de la "Gracia". (C. XVIII) y finalmente la "Técnica de los Sacramentos," (C. XIX) como si se propusiera realizar en la humanidad los progresos éticos que puedan responder a los progresos materiales, los cuales, abandonados a ellos mismos, llevan a los hombres a peores desastres.

Ciertamente, aunque el objeto de este estudio sea temerario, sus resultados podrán ser legítimos, y ante todo útiles, pero el autor no se hace ilusiones sobre la suerte de su obra. No obstante, quiere colocarse entre aquellos que piensan que "*no se necesita esperar* para emprender, ni triunfar para perseverar", porque piensa que "la vida no es la persecución del imposible a través de lo inútil". Tarde hubiera tenido que poseer el prestigio, el arte exquisito y profundamente seductor de Mr. Bergson, la autoridad y prestancia de MM. Brunschvicg y Lévy-Bruhl, para que las asociaciones y las disociaciones temerarias de ideas que

se permitiera, pudieran atraer y retener la atención que finalmente merezcan.

Y sin embargo, estamos convencidos de que el problema estudiado aquí es el más profundo y, por consecuencia, el más importante en la situación del mundo, y que la solución obtenida está lo más cerca posible de lo que debe ser. No esperando ya el éxito, no nos reconoceríamos ningún mérito eventual, ni buscamos ninguna satisfacción vanidosa. Esto es, para nosotros, la mayor garantía de una independencia completa de espíritu hacia todos y hasta hacia nosotros mismos. Nuestro punto de partida fue, hace más de treinta años, la necesidad de examinar las razones del ateísmo, al cual el primer contacto con las ciencias del cielo y de la vida nos ha conducido, como lleva el espíritu de todos los colegiales. A medida que buscamos las razones del ateísmo, las encontramos, pero en su contra. Entonces ofrecemos aquí el resultado de las investigaciones y de las meditaciones de toda una vida, y nos sentiríamos felices si nuestros esfuerzos fueran continuados por otros, a quienes nuestros hallazgos, si los hay, y nuestros errores, numerosos sin duda, puedan servir.

Si es preciso que la humanidad continúe siendo religiosa, la noción de Dios no puede ser en adelante sino la que resulte de investigaciones análogas a este estudio. Con una concepción nueva de Dios, una religión nueva sería posible para facilitar la adaptación de la mentalidad de nuestra época a la nueva situación que la historia, el desarrollo de las ciencias, de la técnica moderna y de las relaciones internacionales han creado para los pueblos civilizados. En la atmósfera de esta fe renovada, una conciencia moral, activa y eficaz, podría modificar y simplificar las costumbres de los hombres, elevarlos a un nivel que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo y salvar a los pueblos del desastre que los espera. Porque solamente ella podría atenuar los egoísmos de clase, de raza, los nacionalismos estrechos y agresivos, y los egoísmos individuales. Solamente una nueva fe permitirá a los sentimientos internacionales difundirse y penetrar en el alma de las masas. La Institución de Ginebra, que no cuenta por ahora sino con la interdependencia económica, sobre la internacional-socialista, y sobre la del capital financiero, podrá al fin encontrar una base real y firme en el corazón de las masas, como, en tiempos pasados, el universalismo católico.

En efecto, cuando los pueblos adquieran la convicción de que la verdadera misión de la humanidad está claramente expresada en la idea de Dios, y que sólo la Sociedad de las Naciones, puede evitar la catástrofe que los amenaza y al mismo tiempo, hacerles su misión más fácil sobre la

tierra, la Institución de Ginebra, podrá, entonces, adquirir la vida y la eficacia que espera y que de otro modo, jamás conocerá. La suerte de la humanidad está estrechamente ligada a la suerte de la Sociedad de las Naciones, y la suerte de esta Institución depende, repetimos, del desarrollo y del éxito de una nueva fe que pueda llevar a la humanidad a una moralidad más elevada. Es posible que la obra de Ginebra fracase momentáneamente y que se abandone durante algún tiempo. Tenemos la creencia de que se volverá a ella, tarde o temprano, después de un nuevo cataclismo más tremendo que el de 1914-1918, o tal vez en el último momento, ante el espectro amenazador de un próximo desastre, que sería el suicidio de la humanidad civilizada. El poder que la ciencia y la técnica dan al hombre peligrará volverse contra él y arrastrarlo a su perdición, si un perfeccionamiento adecuado en sus costumbres no hace contrapeso; lo obligará, bajo pena de muerte, a elevarse hasta el nivel de una moralidad casi divina. La situación actual de la humanidad no conduce más que a dos salidas: el suicidio o el ascenso hacia lo divino.

Lo trágico de esta situación ha sido revelado por M. Bergson, en estos términos: "la humanidad gime casi aplastada por sus propios progresos, sin ver con bastante claridad que a ella le incumbe realizar su porvenir. A ella le corresponde, desde luego, decidir si quiere o no seguir existiendo y después si está conforme con vivir solamente o si está dispuesta a hacer el esfuerzo necesario para cumplir en nuestro mundo refractario, con la tarea esencial del Universo, que no es más que una máquina para crear Dioses".

Ahora bien, creemos que solamente puede escoger entre el suicidio y la deificación. Si deja de desear seguir viviendo, le quedan ampliamente abiertos dos caminos hacia el suicidio: las guerras y la disolución de las costumbres. En cambio, si quiere continuar con vida, el engranaje de los procesos científicos y técnicos la obligará a aportar los esfuerzos necesarios para su ascensión moral hacia la divinidad.

Si se niega a hacer estos esfuerzos, es porque habrá cesado de querer vivir y, en esta eventualidad, el suicidio es el único porvenir que le queda.

LAS CANCIONES DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

Por

ANDRES HENESTROSA

El nombre de ANDRES HENESTROSA, inseparable de todas las investigaciones sobre la lengua, la literatura y en general el arte de Juchitán, es bien conocido. Conocedor profundo de su lengua nativa, el zapoteco, y además finísimo espíritu crítico, Henestrosa se ha acercado como ninguno antes al más íntimo ámbito de su raza. En las revistas especializadas en cuestiones lingüísticas quedan múltiples ensayos de este escritor; y entre sus libros debe mencionarse "Los Hombres que Dispersó la Danza", cuya segunda edición prepara la editorial Ercilla. Andrés Henestrosa ha sido distinguido con la beca de la "Guggenheim Memorial Foundation" para realizar estudios en Norteamérica y España.

QUIEN hable de música y de canciones del Istmo de Tehuantepec, dice una mentira o una verdad a medias, porque música indígena propiamente dicha y en general toda manifestación artística no la hay. Esto no evita que por allí quede alguna melodía pura, algún procedimiento de trabajo ancestral, pero ellos son ya tan débiles que no puede llamársele, sin mentir, música indígena, arte indígena. Lo

que de aborigen tienen algunas artes de México es la emoción que hasta las manos le llega al indio cuando trabaja o hasta los ojos cuando canta. Esto que es verdad para todas las regiones del país, es más exacta cuando se refiere al Istmo. Parece, en efecto, que la raza zapoteca, por lo menos la del Istmo, no cantó. Y la música que hizo en vez de cantarla la danzaba; que siempre fue su vida un

péndulo entre un danzar y un llorar. Alguna manifestación parecida al canto debió haber entre ellos, sin embargo, las lamentaciones de sus entierros, vivos hasta hoy; el *liváana*, una especie de letanía, con que imploran y elogian. ¿Cómo si alguna vez hubieran cantado aquellas canciones no quedarán habitando sus entrañas hasta el grado de hacer posible, en las ocasiones propicias, su retoño? Cuando un zapoteca de ahora, de la decadencia, como diría mi amigo Rafael Heliodoro Valle, acomoda letra a una música, resulta de tal suerte humorística, tan verbalmente pornográfica—ya que de intención no existe la pornografía entre ellos y todo se reduce al diccionario—que no son para repetidas, unas por tontas, otras por crudas. Apenas se dicen, que no se escriben los textos de sus canciones, surge una gran desproporción entre la música y el verso: fina, delicada, aquélla; grueso, bronco, éste. Tal parece que por pudor—el pudor es cualidad indígena—por una a manera de horror al sentimiento, a las lágrimas, corrigen con una letra intrascendente toda la ternura, toda la emoción que en la melodía les traicionara.

Las canciones y la música que corren como istmeñas no son otra cosa que el resultado de un feliz maridaje de una melodía española, a la manera andaluza casi siempre, con otra melodía vernácula, cuando no una simple inflexión de la voz que la matiza de melancolía. *La Sandunga*—nombre claramente andaluz—, *La Llorona*, *La Petrona*, por no citar sino aquellas que de manera más armónica se han instalado en nuestro sentimiento, son a las claras, llanto español en pupilas nativas. El flamenco herido de ayes, fue la principal influencia: nuestra Sandunga sangra en cada verso. Cuando estas dos emociones se encontraron, no se rechazaron, ni corrieron parejas, sino que subieron juntas resueltas en grito, que es siempre el final de todo sentir zapoteca. Y las letras con que estas canciones se cantan son, sin duda, españolas y de los mejores días. *La Llorona* tiene un estribillo (Ay de mí, Llorona—Llorona de ayer y hoy—; ayer maravilla fui—, ¡ay Llorona!, ahora ni mi sombra soy) que es el mismo, salvo leves variantes, de una de las más preciosas letrillas de don Luis de Góngora, si es que el poeta de Córdoba no lo recogió de la poesía popular castellana, pues es más justo suponer que el conquistador lo haya repetido del folklore que de la obra del poeta. Pero como siempre queda abierta la ventana para el hallazgo, para la sorpresa, de que toda alegría verdadera viene preñada, algún poeta nativo de cuando en cuando suma una cuarteta digna—yo uno de ellos.

Todo esto no significa que no pueda elaborarse con las viejas melodías, sin recurrir a elementos

extraños, música auténticamente del Istmo; se ha hecho y puede ilustrarse esta afirmación con varios ejemplos. Daniel Pineda compuso un día, siendo estudiante de Oaxaca, una mazurca, *La Última Palabra*, de tal manera nuestra, que con ella arrullan las abuelas a sus nietos. Pineda era un hombre culto, pero conservaba intacta la sensibilidad autóctona; de allí la pureza de su obra. Donde le invadieron influencias extrañas fue en la letra con que la cantó, una letra en que todo el tono provinciano de fin de siglo, se instalara. (Eres la virgen que he soñado—, el angel que he adorado—, en esta amarga juventud).

Sin ser de mala ley, esta letra ni remotamente se equipara a la calidad de la melodía. La queja, la ternura, la melancolía zapoteca que en nada es distinta a toda queja, ternura y melancolía, no se expresa así. Y es que hay una porción de alma ancestral para el músico, otra para el escritor; y el dominio de una de ellas no entraña el dominio de la otra. Con Pineda hay otros que han trabajado con éxito idéntico: José Pineda, hermano suyo, Desiderio Glas, Valente Pérez, en Juchitán; Nicéforo Toledo, en el Espinal; Amado Chiñas en Tehuantepec, autor de uno de los más bellos valeses que yo haya oído; todos ellos han procedido en forma lírica, espontánea, empírica, no obstante ser alguno de ellos músico de oficio. Véase en esto cómo la ignorancia favorece la originalidad y la pureza. Algunos, más recientemente, han logrado tramar canciones sobre motivos musicales de la región, con plausible buen éxito, tales como David López en Juchitán, Lázaro Pineda en Ixhuatán. En ellos letra y música están más próximos. López es autor de un son *El Huipilito*, en el que se hace el elogio de aquella prenda de vestir, y con sólo describirla, la indumentaria, agradecida, se entrega produciendo una canción con casta; Lázaro a su vez, mejor poeta que músico, canta en las ferias de su pueblo una descripción de la tierra donde no faltan el elogio de las calles, de los frutos y del río donde no se estanca el cielo.

Estos cantos se parecen ya a aquellos que el Istmo dará cuando produzca un músico con capacidad instrumental, con genio, que por el solo hecho de poseerlos conservará su casticismo que parece correlativo de aquellas condiciones. Este artista sentirá que mientras más su cabeza camine al Occidente, más su corazón volverá al Sur. La música, las canciones que instrumente, traducirán todos aquellos compases que la raza extravió en su arcano rodar.

GARCILASO

P o r JORGE ADALBERTO VAZQUEZ

1

LA poesía lírica española alcanza su crisis a partir de la aparición meteórica de Garcilaso. El Siglo de Oro arranca de él, y todos cuantos después habrán de superarle por la hondura del pensamiento filosófico, o por la extensión horizontal de su obra, reconocen en el precursor la calidad intrínseca que el paso de cuatro centurias aquilata y confirma. Gozne obligado entre dos edades que un abismo parece dividir, hacia atrás queda la rudeza estructural del lenguaje métrico, y hacia este lado la lozanía idiomática que lo acerca al minuto que vamos viviendo. Acaso, de los anteriores, sólo Jorge Manrique resiste prueba de lectura con las magníficas coplas a la muerte de su padre, el maestro don Rodrigo. Los demás: Juan de Mena, el Marqués de Santillana, el Arcipreste de Hita, y más aún, el rapsoda incógnito del "Poema del Myo Cid", cuya ingenua y cautivadora expresión hace su epopeya tan atrayente para cuantos, versados en letras, no necesitan la mano segura que los conduzca por los vericuetos lexicográficos que son su problema, requieren, en forma indispensable, la traducción del texto, a la manera que con acierto sumo llevó a cabo Alfonso Reyes la del monumento angular de la literatura hispánica, en la edición que incluye Calpe dentro de su conocida "Colección Universal".

Poco importa la falta de originalidad ideológica de que sus comentadores lo acusan; menos aún la prioridad que quiere darse a Juan Boscán en la introducción del verso endecasílabo, trasplantado de Italia y hecho carne española; de tal manera se incorpora e identifica con la sugestión de Navagéro a aquél, que quien debiera ser discípulo y continuador es ejemplo, y fija, en forma definitiva, las normas que hasta ahora rigen en lo que concierne a la adquisición, desde entonces centro y nervio de la actual poética. Lo que en Boscán es hierro informe, en el que ni siquiera las escorias de la fragua han desaparecido sobre el yunque, y en que resucitan los ensayos de sus predecesores en el intento, Micer Francisco Imperial y don Iñigo López de Mendoza, es oro

fino en Garcilaso, libre de toda impureza, según se prueba en el crisol del tiempo. Y, aurífice eminente, la substancia se hace dúctil en sus manos. Todo el Renacimiento parece cuajarse en los dedos; así minia el primor en once sílabas, donde queda prendida también la abeja ática, como en el verso en que creyérase oír aún zumbar las alas del insecto.

"... cuál por el aire claro va volando..."

o en aquel otro en que se escucha, como nacido del fondo mismo de la entraña cordial

"El dulce lamentar de dos pastores..."

2

Noble por la sangre; lo es más por el espíritu. Si por herencia caballero y prócer, por el ingenio deviene pronto Príncipe de la Poesía Castellana, como lo aclaman los altos representativos de las letras: Fernando el divino, Cervantes, Lope, Góngora. Todos le rinden pleitesía. En sus fuentes abrevarán los líricos más hondos. Copian su forma estrófica San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, para escalar las cumbres de la exaltación mística el primero; para mecerse, el salmantino, en el dulce arrobamiento de la paz interior conquistada en el ocio meditativo que lo aparta del fárrago del mundo, mientras

"... el aire el campo orea

y ofrece mil olores al sentido..."

Introduce —inventa, dice don Marcelino Menéndez y Pelayo, extremando la importancia de esta conquista lírica—, la oda en el idioma de Castilla; adapta, tomándola de Bernardo Tasso, la canción italiana en versos de siete y once sí-

labas; crea la *lira*, aprovechando los propios elementos; perfecciona la octava y el soneto; afirma, para la epístola, el terceto, que Boscán ya ha empleado en la que dirige a don Diego Hurtado de Mendoza; lo incorpora en su égloga segunda, y trázale un nuevo destino en la elegía; sólo fracasa en su intento de *rima al mezzo*, que es, no obstante, alarde técnico digno de todo encomio.

Lector asiduo de Virgilio, en él encuentra el númen. Su cultura humanística, su conocimiento de las lenguas —integran su caudal el griego, el latín, el francés y el toscano, y acaso las germánicas, adquiridas en sus peregrinaciones por Alemania en servicio de Carlos V, y en su prisión en la isla del Danubio—, le prestan la agilidad visible en su obra entera, que no tiene un solo momento de desmayo, a pesar de las ocupaciones múltiples de su vida azarosa, cortesana y guerrera. La influencia del Mantuano, innegable, es interna: en él nutre su amor a la naturaleza, su actitud idílica, quizás su laicismo integral, que le permite mostrar, bajo la cobertura, la belleza serena de un mármol pagano; sólo en lo externo es petrarquista: menos conceptuoso, distante de las sutilezas retóricas en que se quiebra el arte opulento del cantor de Laura; más próximo a Sannazaro, de quien también recibe influencia en lo formal de las églogas, construídas y estructuradas sobre las bases clásicas que dan pie a las eruditas anotaciones de Herrera y del Brocense.

Así es de fecunda y poderosa su constitución mental, que en el breve discurrir de su existencia, deja una obra limitada en extensión, pero tan enorme en trascendencia y resonancias, que en su torno gira toda la poesía del Siglo de Oro y cobra el lenguaje la flexibilidad que le hacía falta, para entrar de lleno en la senda de perfección en que hoy lo vemos, tras el esfuerzo magnífico de aquella pléyade de ingenios, sus continuadores inmediatos.

3

Hemos hablado del poeta: digamos algo sobre el hombre. Gentil, apuesto, cortesano, realiza la síntesis armoniosa que es casi el arquetipo. Parece inspirador de las palabras de Gracián. Oigámoslas:

“Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe. Gradúan, en primer lugar, los apasionados el entendimiento por origen de toda grandeza, y así como no admiten varón grande sin

exceso de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza”.

En lo físico, cumple debidamente lo exigido. Tamayo de Vargas lo retrata: “En el hábito del cuerpo —dice—, tuvo justa proporción, porque fue más grande que mediano, respondiendo los lineamientos y compostura a la grandeza; la trabazón de los miembros igual, el rostro apacible con gravedad, la frente dilatada con majestad, los ojos vivísimos con sosiego, y todo el talle tal, que aún los que no le conocían, viéndole le juzgaran por hombre principal y esforzado, porque resultaba de él una hermosura verdaderamente viril”.

El carácter también responde a la demanda. De valor temerario, sirviendo en las banderas del César español, asiste a numerosas contiendas, y muchas veces es herido en ocasiones en el rostro. Cae así, mortalmente lesionado, al asaltar de los primeros un fortín en la campaña de Provenza, el 23 de septiembre de 1536. Una gran piedra, que le despeñan de lo alto, arrójalo de espaldas en el foso, del que lo sacan moribundo, para ir a morir en los reales de Niza, a donde lo conducen, veintiún días después, cuando cuenta apenas 33 años de edad, en los brazos de su amigo entrañable, el Marqués de Lombay, que más tarde renunciara su título para ingresar a la Iglesia, que ahora lo venera bajo el nombre de San Francisco de Borja.

Sobre su tumba han llorado todos los poetas; su nombre aparece en todos los tratados que a la métrica se refieren, y continúa considerándose hasta ahora como el Príncipe de la Poesía Castellana. Góngora, el siguiente gran renovador del lenguaje lírico, hizo este madrigal “para inscripción de la fuente de quien dijo Garcilaso: “En medio del invierno”, etc.

“El líquido cristal que hay desta fuente
admiras, caminante,
el mismo es de Helicon:
si pudieres, perdona
al paso un sólo instante;
beberás (cultamente)
ondas, que del Parnaso
a su Vega tradujo Garcilasso”.

Guadalupe, Inn, D. F., julio de 1936.

EL CUENTO PREMIADO

UN HOMBRE DE EXPERIENCIA

Por

ANTONIO OCAMPO

Entre los numerosos trabajos enviados en respuesta a la Convocatoria de la Revista UNIVERSIDAD, para el Concurso Permanente de Cuentos y Ensayos, hizo acreedor al primer lugar, a juicio de la Redacción de la Revista, el cuento intitulado "Un Hombre de Experiencia", por la fina ironía que muestra y la modernidad de su estilo ágil. Su autor ha resultado serlo el joven pasante de Ingeniería don ANTONIO OCAMPO.

I

NO pertenezco a ningún círculo de sociedad, no visto a la moda, no asisto a bailes, no juego al poker, no hago declaraciones amorosas, ni desvío jamás mis pasos tras las curvas delirantes de unas pantorrillas. Todo esto es muy natural, puesto que tengo veinticinco años—edad correctísima en que la razón adquiere su justo desarrollo—; tengo, además, desde hace tres meses, fija en la parte más visible de mi puerta, una placa dorada y reluciente con estas palabras sugestivas:

Juan López.

Ingeniero Civil.

Soy uno de esos individuos rarísimos que aún toman en serio los libros de Marden y escuchan los consejos de los viejos; en la calle cedo siempre la acera a las señoras y les ofrezco mi asiento en el tranvía. Observaciones sagaces, investigaciones disciplinadas en la vida y en los libros, han hecho de mí un hombre experto. Tengo una práctica muy razonable en mis relaciones con los demás y juzgo con suave tolerancia las ideas ajenas. En cuanto a las cuestiones fundamentales (por las que los hombres se odian hasta matarse, o se aman hasta casarse), amoldándome filosóficamente a la filosofía de cada uno, las uso a mi medida.

Opino que el Socialismo, no es más que un concepto elegante, puesto que sólo gentes de cierto linaje intelectual se dan el lujo de profundizarlo. Yo no lo comprendo, pero como aún no tengo cuenta corriente en el Banco, ni una quinta de recreo en Cuernavaca, ni un auto aerodinámico, constituyo lo que se llama "un buen camarada", asistente de "meetings" y manifestaciones de protesta.

La religión me parece un culto sencillísimo, tiene cierto valor ético y debe practicarse, para que la buena sociedad haga sobre nosotros ese juicio explotable que se llama "una buena opinión". Pro-

porciona algunas ventajas espirituales y resulta económico; por eso asisto a misa todos los domingos y como pesa sobre mí la herencia familiar de algunos siglos de liturgia, recito de memoria oraciones complicadísimas y me persigno con cierta desenvoltura.

En cuanto al amor—ese ingenioso artificio de la naturaleza—estoy al cubierto de sus acechanzas; pasé ya esa edad peligrosa en que se hacen versos, y pienso que una novia es sólo un artículo de lujo que colocamos bajo el brazo cuando vamos al cine; una compañera espiritual, pero que come bombones de chocolate; un juguete delicado que gusta de cosas poco prácticas como las flores y como los ensueños. He ahí por qué yo no tengo novia y por qué amo tierna y metódicamente a Clarita, la encantadora muchacha de ojos verdes, que odia las complicaciones sentimentales. Soy, en una palabra, un hombre de experiencia.

II

Esta historia inverosímil, comienza el sábado—ese día vulgarísimo en que van a la peluquería los jóvenes elegantes y juegan al cubilete los empleados de Gobierno y practican "el bridge" las señoras de buena sociedad y se bañan las criadas—. He ido al Bosque de Chapultepec en busca de reposo, ahí conozco un sitio delicioso, inaccesible a las niñas y a los enamorados. Hace una hora estoy instalado en un romántico tronco de cemento armado. Razonamientos complicados me han llevado a conclusiones sencillísimas; he agrupado las letras algebráicas y bellos polinomios; establecí las ecuaciones definitivas de un problema fundamental; aplasté tres mosquitos, y procedo a quitar denominadores, cuando a mis espaldas, acariciando el suelo, oigo algunos pasos lentos y minuciosos (como de alguien que caminara sobre la punta de los pies). Se trata de una mujer joven; una in-

significante mujercita rubia que pasa absorta en la lectura de un enorme libro, amarillento y burdo: "tipo científico", sin pastas de lujo, ni filos dorados. (Es desconcertante la actitud de una mujer bonita ante un libro útil: generalmente lo llevan al revés).

Yo, hombre a la altura del refinado siglo XX, que me doy el lujo de trazar carreteras, de construir puentes (más prácticos que los del diablo) y que discuto con desenvoltura las teorías de la Relatividad, no gasto mis emociones ante un espectáculo tan sencillo como una mujer bonita.

He de confesar, sin embargo, que ésta es una de esas mujeres extraordinarias, cuya sola presencia perturba con la inusitada ilusión de lo real, de lo natural. En su cara, de una blancura emocionante, no hay ni un afeitado; y su pelo, en anillos, moderadamente rubio, vaporoso y sutil, se aviva en la luz hasta hacerse francamente dorado.

A las mujeres encantadoras debe mirárseles muy de cerca; entonces se descubre "el truco" que desencanta definitivamente. Estas sagaces sugerencias de mi experiencia, me hicieron incurrir en la tentación de seguirla. (Es ya bien sabido que no hay nada tan inmoral como resistir a una tentación: se comete así el pecado imperdonable de deseársela siempre). —Cerré, pues, de mala gana mi libro de cálculos y paso a paso, la seguí, bostezando.

No me extrañó que no voltease, pues yo se que la indiferencia, en ciertas mujeres, es una especie de coquetería refinadísima. Ahora había abandonado el pulido asfalto de las calzadas, y con visible dificultad iba a través de los prados y de los matorrales. Yo, que no estaba dispuesto a perder el brillo de mis zapatos, iba a devolverme, cuando llamó mi atención un incidente singular: ya a la orilla del lago, un rosal —una de esas plantas envanecidas de sus flores— inclinándose con estudiada malicia sobre el agua, se hacía inaccesible. Así las rosas unían a su belleza natural un artificio completamente femenino: la castidad. Junto había muchas otras, pero ella, curvando la línea sencilla de su cuerpo, parecía decidirse por aquellas más blancas, honestas y delicadas. Su talle se había alargado hasta hacerse quebradizo. La escena me parecía pueril, pero ella iba a perder el equilibrio y mi instinto de hombre bien educado, me hizo avanzar hasta chapotear en el lodo, hundiéndome entre las espinas mis dedos pitagóricos y en una caravana, lento y silencioso, hice la ofrenda delicada.

Lo inesperado de mi proceder no pareció sorprenderla, mi sensación no llegó hasta sus nervios. Apenas si me hizo el obsequio desdeñoso de una sonrisa que no desvió la línea recta de sus labios disciplinados, y se alejó sin prisa.

Entonces, con toda la desesperación que es capaz de sentir un hombre respetuoso de sí mismo, me di cuenta de mi horrorosa situación: el agua me llegaba hasta los tobillos, mi espina dorsal permanecía inclinada e inconscientemente chupaba mis dedos espinados, donde manaba un hilillo insignificante de sangre. Pensaba en el desdén tranquilo de su boca finísima, en la graciosa aristocracia de sus modales, en la elegante altivez de su porte, en su orgullo (orgullo específico "home made" como los prejuicios y las tiras bordadas) orgullo hereditario, que nuestra correctísima civilización eliminó entre los hombres, y ahora es apenas soportable entre los galgos rusos y los caballos de carrera.

Así era descortés mi pensamiento, mientras ajustaba mi paso resuelto, al suyo, "lento y minucioso". Ahora ya no la seguía: ella parecía empeñarse en ir delante de mí.

A cada momento esperaba verla desviarse definitivamente, pero por una de esas ironías inexorables del destino siempre paradójico, seguía fatalmente delante de mí. Al fin, con gran inquietud, la miro detenerse en una casa contigua a la mía. ¡La rubia desconocida es mi vecina!

III

El incidente de las rosas está ya a millones de años de mi imaginación. Anoche dormí bastante mal, dando vueltas en mi cerebro a cierto proyecto que alguna vez presentaré en la Academia de Ciencias. En el comedor, entre un par de huevos tibios y una taza de chocolate, me decidí por una cafiaspirina. Luego me ajusté a mi bata de trabajo, bostecé con buena educación, miré mi lengua en el espejo, y con el ceño fruncido, acabo de instalarme frente a mi mesa de dibujo. Estoy decidido a trabajar; precisamente por eso, un minuto después, la criada me anuncia una visita. Se trata de un grupo de personas desconocidas, que aguardan ya en la sala. Ahí encuentro un espectáculo poco emocionante: un grupo de señoras de tipo aristocrático, de miradas escrutadoras, de ademanes estudiados, de edad indefinible, de escotes moderadísimos, aguardan hundidas en los amplios confortables, mientras un señor calvo—de corte académico—permanece erguido bajo las líneas severas de una levita pulcramente *demodée*.

Con voz pausada, hace la explicación de su visita inexplicable: se trata de los vecinos más distinguidos de nuestro barrio aristocrático, constituyen lo que se llama una sociedad filantrópica con estatutos, cuotas fijas y fiestas de fin de semana. Hasta ellos ha llegado la fama de mi excelente reputación, de mi posición desahogada, de mis debilidades filantrópicas y algunas otras tonterías que yo mismo ignoro; por eso se han decidido y me

invitan a una fiesta donde se obsequiará a los niños.

Yo siento una antipatía instintiva por el hombre, durante esa edad imperfecta en que va a la doctrina, deletrea la cartilla, pinta las paredes y exhibe todas esas necesidades que las gentes de mala fe llaman gracias angelicales.

Y estoy decidido a expresar sin rodeos mi pensamiento. Estos señores van a oírme, cuando una señora gorda, con visible afición a los polvos de arroz e inquietante acento varonil, empeora así la situación:

—Obsequiaremos a los angelitos con dulces y juguetes.

Voy a explotar. Pero la señora, adelantándose a mi pensamiento, continúa con voz inesperadamente dulce:

—Y usted parece tan amable... Su aspecto es tan distinguido... su...

—Señora, no merezco tantos elogios, trataré de hacerme digno de ellos: cuenten incondicionalmente conmigo. ¡Adoro a los niños!

—¡Oh! En ese caso, mañana a las cinco lo esperamos en casa de la señorita Anicia. Ahí se tomarán las últimas disposiciones. ¡Habrás te y pastelillos!

Sin darme cuenta, acabo de adquirir un compromiso monstruoso: ¡Soy el colaborador de una fiesta infantil! Es necesario impedirlo, voy a defenderme... Pero el último de estos extraños personajes, haciendo la última genuflexión, acaba de abandonar la estancia.

IV

Efectivamente, esta historia sucede como suceden los cuentos: ¿Es necesario advertir que la casa de la señorita Anicia, es la casa vecina y que la señorita Anicia es la rubia desconocida? He sido recibido en un claro saloncito de paredes blancas, de muebles de mimbre y grandes ventanas, abiertos sobre un jardincillo donde se ven las últimas rosas de junio. Una inteligencia femenina, ha repartido idealmente los colores y las formas. "Aquí lo inaccesible ha sido decorosamente instalado en la realidad". Se goza de uno de esos ambientes falsos, con algo de costurero, de salón de lectura y de cuento de hadas, que sólo existen bajo la influencia de una bella mujer. (Ambiente espiritual para hablar de los primeros ensueños y de las últimas recetas de cocina).

Sobre una endeble mesita de mimbre hay una canastilla de costura y al fondo, un escritorio laqueado, y un estante donde hay probablemente hasta cien volúmenes, de mayor a menor, uniformados en "papel de gala" y en germánico alineamiento militar: una desconcertante biblioteca femenina, donde se hallan desde los soporíficos

tomos de química inorgánica, hasta los deliciosos cuentos de Villiers.

Mi espíritu positivo se halla incómodo entre tantas cosas delicadas, vaporosas y frágiles. Permaneceré exclusivamente el tiempo que exigen los manuales de urbanidad. Soporto con resignación hasta cinco presentaciones: cinco caravanas medioevales, cinco contactos con manos huesosas, cinco frases de refinada falsedad. Luego he tenido que ingeniarme para participar en una conversación ingeniosísima.

Las señoras oscilan deliciosamente entre el nuevo sistema de gobierno y el próximo estreno del "Ideal"; desmenuzan los últimos escándalos de sociedad, y proponen originales reformas políticas; opinan sutilmente de modas y discuten acaloradamente las ventajas de la sopa de tapioca sobre el caldo de habas.

Estas divagaciones adquieren de pronto consistencia. Alguien ha pronunciado el nombre de la señorita Anicia. Ahora se escucha sólo un murmullo de burbujeante admiración, que apenas domina el acento varonil de la dama aficionada a los polvos de arroz:

—Sin la señorita Anicia es imposible toda iniciativa, ella es el alma de nuestras reuniones.

—Fue suya la idea de obsequiar a los niños... suspira una voz.

Otra—lenta y pausada—agrega sin consideración:

—Es un ángel de pureza.

—Es una de esas mujercitas adorables, que adoran a los niños... lograda esta frase, un señor calvo—el de corte académico—tose doctoralmente.

La señora de la casa, escucha emocionada hasta el silencio, hasta los ojos húmedos, hasta la vaguedad en la sonrisa.

...Y los cerebros siguen destilando.

Cierto joven "de buena familia", "buen partido" auténtico, con prestigio literario e inteligencia de cirujano dentista, comienza este escalofriante amontonamiento de adjetivos:

—Es bonita, inteligente, instruída...

Para detenerlo, me veo en la penosa necesidad de agregar:

—Yo apenas la he visto. Físicamente es encantadora: esbelta, flexible, elegante. En el corte clásico de su belleza se advierte la influencia de una casta ilustre. (He dicho esto sin remordimientos, lo mismo, después de todo, puede decirse de ciertos perros de raza).

En ese instante crece el murmullo: —el murmullo burbujeante—"ella" acaba de llegar.

Tomando muy en serio su papel de heroína, se aproxima a nosotros, con el aire terriblemente tranquilo de las gentes que suelen lograrlo todo

con su personalidad. Su pelo ligero, da la sensación de estar recién lavado. Naturalmente, ella no ha tenido la culpa de tanto retraso: ¡Ese Correo Mixcoac! Habíamos aguardado más de una hora; las disposiciones se toman en diez minutos.

Yo había quedado excluido de todo compromiso, si por un giro inesperado de la conversación, insubstancial y vago, no me hubiese expresado con increíble elocuencia, de ciertas rosas blancas que la señora Balme hace cultivar en su Quinta de Tlalpan, y que luego, sonriendo maternalmente, deja cortar a cambio de unos cuantos billetes (de los grandes).

Perdiendo toda su gravedad, la señorita Anicia ha dicho con inusitado entusiasmo infantil:

—Sí, es necesario que haya también muchas flores; yo misma iré con usted... traeremos un carro lleno.

V

Contra mi costumbre, hoy me levanté muy de mañana. Por primera vez me preocupa el problema de elegir un traje; instalado frente al espejo, advierto la rudeza de mi cutis quemado, rehago tres veces el nudo de mi corbata, atormento mi pelo hasta hacerlo espejeante, y salgo a la calle con apresuramiento de empleado público. Luego, recostado con indolencia ante el volante de un Ford V 8, de dos asientos, aguardo frente a la casa de la señorita Anicia. En mi cerebro analítico, desmenuzo pacientemente una idea; para expresarla con exactitud, uso las cuatro operaciones fundamentales: sumo y resto palabras, las divido y las multiplico con inspiración matemática. Espero sorprenderla con bellas frases mundanas, pero depuradas y frías, como mi pensamiento:

“Es usted una de esas criaturas adorables, a las que Dios, allá de siglo en siglo, se toma la molestia de modelar personalmente, y que luego, galante y malicioso, instala refinadamente en la tierra para eterna desesperación de las mujeres feas y de los hombres soñadores. Pero yo...” En este instante hace su aparición. Se ha detenido un segundo y logra el efecto del fondo muy verde de las enredaderas. Hay tal pureza en su aspecto de colegiala y tanta sencillez en su vestido escrupulosamente blanco, que mis frases complicadas y yo, quedamos reducidos a un punto. Afortunadamente, tampoco ensayo las vulgares frases de cortesía: me salva la extraordinaria ligereza con que acaba de instalarse junto a mí.

Diez minutos después vamos en plena carretera. Sin olvidar el espidómetro que marca ya 90 kilómetros, mi mente va captando el interesante fenómeno de física, que convierte la calzada de Tlalpan en dos líneas verdes, huyendo a nuestros flancos. Ella se va animando lentamente, ha pa-

sado del silencio obstinado a la charla ligera. El fenómeno elemental la exalta hasta la metafísica.

Su fantasía la coloca plácidamente entre las nubes, hace incursiones rapidísimas en el infinito, y otra vez se precipita en la tierra, de nuevo junto a mí, entre los cojines de borra. Entonces habla de la pureza de los contornos, de las flores, de la mañana, del cielo azul. (Las mujeres piensan que todos los hombres tienen obligación de interesarse en esas cosas insignificantes que forman su vida). Sus palabras ligeras—“como mariposas”—y su pelo, flotan abandonados al viento.

Pero nuestro viaje fantástico termina. Ahora en la Quinta, en Tlalpan, frente a la risa maternal de la señora Balme, nos entregamos a la humilde tarea de seleccionar las rosas. La señorita Anicia se ha empeñado en cortarlas personalmente, y hunde entre las espinas sus dedos confiados. Desde la sombra yo la observo minuciosamente y, muy a mi pesar, siento surgir en mí esa inexorable necesidad de fantasía, que todos los hombres—aun los ingenieros—llevan dentro. Dejo la sobriedad de mi línea recta y me abandono en la curva limitada y ligera de todos. Sin embargo, nada anormal ocurre junto a mí: las flores ceden en silencio, el follaje quieto no obedece al viento y el cielo es tan azul, que hace bostezar... Pero ella, rubia y soleada, parece luminosa bajo el clásico sombrero adornado con margaritas, que llevan todas las heroínas en los poemas de Francis Jammes. Acabo de notar que tiene el talle alto y los hombros móviles.

Para alejar el peligro de mis divagaciones, me decido y la ayudo a pesar del profundo respeto que ahora me inspiran las espinas. En un segundo pasa una hora. Ha desparramado su cosecha de flores, y con la solemnidad ligera de las gentes que han vivido muy poco (ella es una mujercita de 200 meses) las va combinando en un ramillete que luego ajusta en su corpiño, junto a la nieve del escote. “Las mujeres bonitas, cuando se adornan con flores, se hacen adorables”. Va a pensar que es verdad esta mentira deliciosa; sin embargo, yo tengo obligación de decirla, de lo contrario, cometería una imperdonable falta de delicadeza. Pero está tan lejos de la realidad, que ni siquiera me escucha: abandonó su sombrero—el enorme sombrero adornado con margaritas—y *ahorita*, directamente bajo el sol, en un arco tenso de su cuello blanquísimo, acaba de echar hacia atrás todo el prestigio de su pelo dorado, y lo sacude con la encantadora naturalidad de las mujeres que son encantadoras. Para fijar este instante, yo “recorto una imagen” que resulta extraordinaria en una época, bajo la influencia de Jean Patou y de Max Factor. Es una imagen *demondeé*, pero seguramente serviría para ilustrar un libro

de cuentos. Su rostro resplandeciente, su pelo sin artificios y la emocionante sencillez de su vestido de muselina blanca, la colocan en ese lugar privilegiado que tenían las hadas en los poemas orientales.

Una herida infinitesimal en su mano blanda, es enorme pretexto para que yo desahogue mi rencor por las espinas.

—Las espinas son únicamente “tretas femeninas”—. Son sus prejuicios, a ellas deben las rosas el cincuenta por ciento de su personalidad.

Expresada esta idea filosófica, la señorita Anicia, vuelve a su actitud de colegiala, a su aspecto tranquilo, a su ensueño ligero.

Los puntos geométricos del tiempo (que dirían los escolásticos) pasaron sin que yo lograra darme cuenta: son ya las dos de la tarde. Instalados triunfalmente entre rosas, regresamos a la realidad a 90 kilómetros por hora.

Para tener éxito entre las mujeres, basta con ingeniarse en aparecer necio: desde entonces, la he visitado frecuentemente; vamos algunas veces al cine; me intereso siempre en sus conversaciones; jamás la contradigo, y como “tiene la inteligencia de la música y razona sutilmente” asistimos juntos a conciertos y conferencias y le presto libros de buena literatura. Además, puesto que la ilusión tiene entre ellas un gran prestigio, reconozco que es necesario engañarlas (nunca per-

donan al hombre que no las engaña). Por eso llegamos hasta concertar citas medioevales a la luz de la luna, le obsequié lindos ramos de violetas, y perturbé su sueño con románticas serenatas.

Pero todo esto no es más que el desarrollo ordenado de un plan trazado de antemano; un conocimiento más, una nueva experiencia para afirmar mi personalidad. Estoy muy lejos de interesarme formalmente y tal vez ella va a tomarme en serio. Como soy un caballero, tengo obligación de mostrarme íntegramente. Esta misma noche conocerá mi modo de pensar.

...Y esa misma noche, la señorita Anicia y yo, interesadísimos en una conversación sin importancia, fuimos a pasear bajo los árboles de su jardín. Era una de esas noches clarísimas, en que las estrellas parecen recobrar su influencia legendaria sobre los hombres. Bajo esa influencia lejana y suave, pronuncié yo dos palabras temblorosas, inciertas, “quebradizas”; pero como consecuencia de ellas, algunas semanas después circulaban entre “nuestros íntimos”, cincuenta esquelas estilizadas, en papel de lino, en bellas letras góticas y en estos términos escalofriantes:

El señor Juan López y la señorita Anicia W. R. participan a usted su enlace, etc., etc...

Y así fue como yo, hombre de experiencia, caí rendido ante la más común de las inexperiencias.

HUMANISMO Y FILOSOFÍA EN MÉXICO

HUMANISMO y filosofía son dos conceptos esenciales en la trayectoria espiritual de México, aun cuando alguna vez sean tan sólo palabras apuntadas hacia una intención inactual, fórmulas sin contenido, recuerdos o deseos; así y todo, fueron y son esos conceptos el índice que marca rutas exactas al espíritu nacional, el cual es como es y como fue hecho, cuyo genio y figura no puede mudarse sin consentir en la renuncia de su ser, en el trueque por otro espíritu, en la desvinculación de este peculiar organismo que se nos da como nación aquí y ahora, con tradición y destino específicos.

Porque lo nacional mexicano no es lo indígena, ni lo europeo, ni menos aún, dentro de lo europeo, lo inglés utilitarista ni sus derivaciones al activismo y la especialización angloamericanos que, en nuestras crisis de filisteísmo, en las más dolorosas etapas de nuestra evolución, hemos querido adaptar ciega e ilusionadamente. (Se rozan estas ideas con las exposiciones de Alfonso Reyes: “Discurso por Virgilio”. (Homenaje de México al poeta Virgilio... 1931, pág. 385); Samuel Ramos: “El Per-

P o r A G U S T I N . Y A Ñ E Z

fil del Hombre y la Cultura en México”. México. 1934; José Vasconcelos: “De Robinson a Odiseo-Pedagogía Estructurativa”. Madrid. 1935).

Cuando, derrotado el positivismo, estamos siendo víctimas de nuevo asedio por el pragmatismo sajón, interesado en desfigurar la fisonomía mexicana con golpes directos a la frente y al perfil de nuestra educación (gestión y rastro de Moisés Sáenz a su paso por el Ministerio de Educación Pública), habrá de defendernos la renovación profunda y maciza de nuestras escuelas por el humanismo y la filosofía. Y ha de ser la Universidad el adelantado en esta marcha contra especialismo y pragmatismo.

Pero tal renovación exige energía en el obrar y autenticidad en el contenido de los conceptos, porque como ya se apuntó líneas arriba, a nuestro humanismo le ha faltado la más honda y urgente significación, ni nuestra filosofía ha sabido abrir anchurosamente el campo de sus actividades espi-

rituales: filosofía de contrasentido y paradoja por sus limitaciones.

La estrechez de miras de un humanismo que señorea buena porción de la enseñanza mexicana, queda expresada por D. Mariano Cuevas en su discurso "Orígenes del Humanismo en México": "Humanista: es un hombre dedicado a las letras humanas... Por ser objeto de las humanidades las letras y no las ciencias, se excluyeron las ciencias naturales, las ciencias exactas, las jurídicas del campo específico de los humanistas... El humanista es el hombre que da una manera disciplinada (no por brotes primarios) cultiva las letras e ilustración humana. Como empero las galas del bien decir suponen materia sobre la cual ha de versar lo estudiado o ilustrado, el humanista aplica sus letras, su buen gusto, su "chíspe" ya a la crítica, ya a ciencias exactas, ya a las que podemos llamar más propia de él, que son la historia, la filología y la psicología". (Págs. 16 y 17).

Con toda precisión se restringe el humanismo al campo de las letras; pero en la realidad esta corriente limita todavía más el concepto humanista, proscribiendo la *opera omnia* de ciertos autores (Aristóteles, Petronio, Apuleyo, para no citar sino nombres greco-romanos), y ejercitando expurgación sobre casi todas los ingenios humanos con cuyo escogido fruto se organizan "selectas" para uso de las escuelas, en donde el estudiante ni ha conocido en realidad la obra de los clásicos, ni, por lo común, ha concebido afición para ir por sí solo a las amplias fuentes en donde con un rápido baño fueron tocadas las pastillas homeopáticas que ha probado en sus cursos de humanidades. A últimas cuentas el estudiante no sólo no ha cursado humanidades, sino que su conciencia, y sobre todo su subconsciencia (elemento psicológico cuya importancia vital cada vez se advierte mejor) han sufrido falsificación y estrechamiento por las manipulaciones de sus directores. Aun cuando no se llegara a este extremo, la limitación literaria del humanismo bastará por sí misma para acreditar de manca e insuficiente la cultura de un hombre; de aquí la nulidad, ya tradicional en nuestro país y caracterizada cumplidamente en el Periquillo de Fernández de Lizardi, del seminarista que "destripa" al acabar el ciclo de humanidades, y esto por lo ralo de los programas que fuera del latín y algo de gramática castellana, si acaso incluyen elementísimas nociones de historia, geografía, matemáticas, etc., pero con carácter de asignaturas secundarias. (Véanse los programas correspondientes a diversas épocas en la obra "Historia del Seminario Conciliar de México", por el Pbro. Pedro J. Sánchez). Claro que esta pobreza del ciclo de humanidades obedece, en general, a la escasa preparación de quienes, por lo común venidos de

provincia, de aldeas, ingresan a los seminarios; problema que en otro lugar estudiamos detenidamente al examinar la influencia del resentimiento en la historia y destino de la educación mexicana. Cabe aquí únicamente apuntar cómo la denominación de humanidades, referida a los estudios gramaticales, con exclusión del ciclo filosófico tan importante en la organización de aquellos institutos, me parece inadecuada, pues no hay nada que llene de sentido al humanismo como las disciplinas filosóficas; si los "destripados" del primer ciclo arrastraron siempre la miseria típica de Perico Sarniento, bien diverso fue el destino de quienes abandonaron el seminario al terminar los estudios de filosofía con los cuales propiamente acababa el bachillerato: nuestra historia del siglo diecinueve está llena de nombres ilustres con aquella ascendencia, tanto más generalizada cuanto eran los seminarios las instituciones únicas que ofrecían los estudios preparatorios, indispensables para abrazar una carrera "liberal". Más adelante será objeto directo de una mención, la enseñanza de la filosofía en los seminarios, cuya importancia ha sido considerable en la historia cultural de nuestro país.

Resueltamente nos pronunciamos contra el humanismo restringido a las estrechas dimensiones de la gramática y la literatura. Humanismo—estudio de humanidades—, en síntesis última, ha de ser la comprensión y la participación activa del espíritu de todos los hombres valiosos, principalmente de aquellos que surgieron dentro de la cultura de occidente que nos es esencial. El concepto de humanismo, por lo tanto, apareja los sentimientos de cordialidad, simpatía, amplitud, inquietud, actividad. El humanista ha de hacer suyos el espíritu y las experiencias de los hombres creadores de valores; para ello, primeramente, ha de buscarlos, ungida su premura en el óleo de la simpatía; luego ha de entenderlos, amarlos y seguirlos con fervor renovado. Simbiosis constante y consciente, como quiere Troeltsche. Biología de la tradición, según define Curtius.

De esta manera, estudiar humanidades no es aprender mecánicamente y con artificios que suplan a un entrañable interés, este o el otro idioma, claves de valiosas porciones de la humanidad; ni es tampoco acercarse con tiento y reserva a este y aquel espíritus, salvando cotos en sus obras y aceptándolas con parcial efusión; ni menos aún seleccionar disciplinas y experiencias para servirnos de algunas y desdeñar las otras.

El humanismo es algo integral; por esto choca con su concepto el método exclusivamente analítico y especialista que llevado en nuestros días al terreno pedagógico, se traduce en el activismo de Dewey. Por el contrario, el humanismo exige

la agilidad y el vigor de la síntesis que es cifra de la verdadera inteligencia; quien no posea este don, en vano estudiará humanidades.

Asimilación de los mejores espíritus, el humanismo no puede ser pasiva proyección sobre el pasado, sino re-creación, re-animación de lo que fue. El humanista re-vive en sí, conforme a su moderna circunstancia, pensamientos, sentimientos y fórmulas de un pretérito ejemplar; luego el humanista ha de ser hombre alerta, disparado en incesante actividad hacia la aprehensión de los valores que su simpatía intuye.

Y llegamos de este modo a la verdad suprema del humanismo; poco vale en él la letra y todo el espíritu. Es falso, en consecuencia, el humanismo que se aferra a la letra y de ella hace inextricable dogma, con desprecio absoluto de su espíritu: humanismo interesado, sin agilidad ni actualidad, es incapaz de re-vivir, de re-crear; quédese en la cripta de una muerta erudición sin destino ni posibilidades apreciables.

Entre el puro erudito y el real humanista, media la distancia que entre un esqueleto de fosa común y el magnífico corredor que anunció—en casi un vuelo—, el triunfo de Salamina; idéntica distancia que entre una ruda piedra de molino y la piedra hecha vida en la Victoria de Samotracia.

Semejante amplitud requiérese, asimismo, en los estudios filosóficos. Si cultura es alma, la filosofía es el alma de la cultura. Por desgracia la enseñanza de las disciplinas filosóficas en nuestras escuelas ha adolecido de inveterados defectos: o se trata de imposiciones sistemáticas absolutamente cerradas, o de un caos de ideas contradictorias, con solución de continuidad, abstrusas y frívolas, insensatamente eclécticas. El primero es el sistema de enseñanza de los seminarios, patrón y única filosofía escolar durante muchos años: el pensamiento ajeno a la escolástica se trata fragmentariamente según va conviniendo a la apologética de las tesis propias; la discusión se entabla sobre prejuicios, sin que las doctrinas y los pensadores adversos sean previo objeto de exposiciones desinteresadas: exposición y crítica se revuelven implacablemente y por lo común la crítica precede a la exposición mutilada de los heterodoxos. (Véanse, entre otras muchas, las alegaciones en pro, del Obispo de Michoacán, don Clemente de Jesús Munguía, en la "primera serie" de sus "Obras Diversas", y del Obispo de León, don Emeterio Valverde y Téllez, en sus diversos tratados sobre la historia de la Filosofía en México; y en contra pueden consultarse "La Filosofía en la Nueva España, o sea Disertación sobre el atraso de la Nueva España en las Ciencias Filosóficas, precedida de dos documentos. Escrita en Lagos, por Agustín Rivera... 1885", y el "Ensayo Histórico

de las Revoluciones de México", por don Lorenzo de Zavala, tomo II, Cap. 9).

El segundo sistema que por lo común es el adoptado en las instituciones laicas, añade a los defectos señalados antes, sus constantes fluctuaciones y modificaciones, porque está siempre atento a las fluctuaciones y modificaciones continuas en el orden político que demandan la bandera de un criterio filosófico; en el lapso de la carrera de un estudiante los planes y programas de estudios se modifican infinitas veces, de acuerdo con las exigencias políticas o simplemente con el gusto o capricho de los Gobiernos: es raro que el primer acto de una autoridad escolar, que en México se muda por lo menos anualmente o antes si hay oportunidad, no sea el cambio de planes o programas; así un estudiante que comenzó a orientarse por el camino de un agudo psicologismo, a mitad de sus estudios, sin transición ni juicio suficiente, se enreda en las mallas de una nueva posición filosófica. Otra circunstancia agrava el daño de esta inestabilidad: el carácter episódico, discontinuo, de las enseñanzas filosóficas así en la materia como en el método; cuando, por ventura, algún instituto escapa de la heteronomía política, quédale el resabio de la discontinuidad en el conjunto de las disciplinas filosóficas que profesa; este aspecto de la cuestión se complica con un mal-entendido de la libertad de cátedra, a saber, la ilimitación casi absoluta en que se deja a los profesores aun para determinar las grandes líneas de sus programas y el método de la enseñanza, que al fin resulta anárquica: en esta cátedra de psicología el alumno presencia el episodio de la negación del alma y del determinismo; más tarde, en la clase de ética, el alma goza de plena salud y el libre albedrío desempeña el papel de mayor importancia; en aquella clase la psicología es la clave del edificio filosófico, y luego, en esta otra clase de lógica, un secuaz de Husserl sostiene la memorable batida contra la intromisión psicologista y restaura el ordenamiento de la Escuela; en este curso de ética se examina con detenimiento el episodio de la libertad o el del utilitarismo, pero sin resolver todos los cabos, sin contraer el compromiso de una posición personal o aun recayendo en la conjuración del silencio contra los argumentos adversos a las ideas expuestas, se salta al estudio de otros temas cuya conexión con el anterior no aparece clara a los alumnos; para salvar los inconvenientes apuntados, este maestro organiza un estudio total, panorámico, donde el discípulo aprenda el cruzadísimo mapa del pensamiento filosófico y sepa atenerse a esta orientación de conjunto cuando oiga tesis contradictorias, pero las proporciones que de ordinario tienen estos estudios dentro de la economía general de los Institutos, dificulta la resolu-

ción favorable de la línea de sucesión sistemática de una idea, y estos cursos sufren el deplorable destino de casi todos los cursos de las escuelas mexicanas: se quedan a medio desarrollar o se reducen a una retahíla, sin sentido, de nombres, y a una confusión de ideas disímiles e incomprensibles.

La falta de estudios preparatorios sistemáticos, de carácter sintético, pero completos, hace de todo punto inútiles y aun perjudiciales los cursos monográficos que se sustentan en las escuelas superiores.

La raíz de estas circunstancias tiene arraigo profundo, como que procede de que a su vez, los actuales profesores, fueron víctimas de tal desorganización; la diversa procedencia espiritual, y en muchos casos el autodidactismo aceptado como un

recurso heroico contra las antítesis circundantes, prolongan sobre el presente, los yerros del pasado.

Toca, por todo ello, a la Universidad, y muy especialmente a su organismo céntrico, la Facultad de Filosofía y Artes, promover la renovación nacional de estas disciplinas; si ella no organiza con un profundo sentido de *uni-versalidad* (unidad de toda variedad), las tendencias dispersas y, como hemos visto, urgentes para la integridad de nuestra fisonomía cultural, el mal de las escuelas de México se multiplicará, pues en todo el país se habrá perdido el vigor humanista y la filosofía de los ciudadanos será tan borrosa, que precisará llamar al Fundidor que en el "Peer Gynt", de Ibsen busca a los hombres inútiles para echarlos en el crisol de donde saldrá una mejor humanidad.

ASPECTOS DE LA VIDA DEL ILUSTRE MINERALOGISTA DON ANDRÉS MANUEL DEL RÍO

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de nuestra Universidad, convocó en el mes de enero de 1935 a un concurso, abierto para los escritores españoles y mexicanos, en que debería premiarse la mejor biografía de los ilustres fundadores y primeros catedráticos del Real Seminario de Minería de México, D. Joaquín de Velázquez Cárdenas y León, D. Juan Lucas de Lassaga, D. Fausto de Elhuyar y D. Andrés del Río.

Un año se concedió a los participantes, como plazo, para enviar los trabajos a la justa. Al cabo de él, el Jurado Calificador otorgó, por unanimidad de votos, el primer premio al estudio firmado por el señor Arturo Arnáiz y Freg. La biografía presentada al concurso por el señor Ing. Vito Alessio Robles fue considerada como sobresaliente por su mérito y se le otorgó una Mención Honorífica.

A continuación podrá leerse un fragmento del "Estudio Biográfico de D. Andrés del Río", escrito por el señor Arnáiz y Freg; trabajo que, aparte de la recompensa ofrecida por la Universidad Nacional, valió a su autor un premio extraordinario del Casino Español de México.

P o r

A R T U R O

A R N A I Z

Y F R E G

"Sólo los hombres de un temple heroico pueden renunciar al bienestar material y a la respetabilidad pública por lo único que realmente le queda al que cultiva la ciencia pura: la satisfacción de servir a la larga a sus semejantes".—Gregorio Marañón.

EXPOSITOR claro y ameno; polemista agudo y temible, a veces intemperante y chocarrero por falta de gusto literario y hábitos de periodista no corregidos a tiempo, pero escritor sabroso y

castizo en medio de su incorrecta precipitación, investigador constante y bien orientado, a quien sólo falta cierto escrúpulo de precisión y atildamiento en la expresión; trabajador de primera mano en muchas materias mineralógicas, que ilustró con importantes descubrimientos; hombre cortante a veces en sus juicios sobre mineralogistas, pero pronto a rectificar sus errores. Tal fue D. Andrés del Río.

Ingenuo en el trato, franco y abierto de corazón, no trató de explicar con motivos sobrenaturales el rumbo luminoso que dió a su vida.

Acompañado de un criado y trayendo consigo buen número de instrumentos, máquinas y demás útiles para el Colegio de Minería de México, llegó a Veracruz el 20 de octubre de 1794.

Llegó a México cuando en nuestro país no había, seguramente, hombre de mayor utilidad que un mineralogista; pues —como dijo José María Tornel—, la Mineralogía era “la ciencia más importante en la República, porque explotaba sus riquezas sin rival y sin ejemplo”, riquezas que eran aquí “el alma del comercio, el vehículo de la civilización, el resorte principal de la política, la vida de las sociedades y el sostén más eficaz de los gobiernos”.

Llegó D. Andrés del Río en la flor de la edad, imbuído de las ideas científicas más adelantadas de su época. Ante su vista quedó planteado uno de los campos de trabajo más amplios con que haya tropezado mineralogista alguno.

Sacando provecho de la proximidad de la estación invernal, época en que el terrible vómito prieto o “mal de Veracruz” era menos peligroso, el joven catedrático español permaneció en el puerto más de un mes, antes de decidirse a dejarse destrozarse los huesos viajando más de quinientos kilómetros en litera.

El Colegio de Minería dió desde sus principios, muestras lisonjeras de lo que habría de ser con el tiempo. Su primer director efectivo, D. Fausto de Elhuyar y de Zubice, era hombre de carácter seco y desabrido, pero dotado de un amor puro y sincero a la verdad, y de un grande arrojo para proclamarla, aunque tropezase con preocupaciones arraigadas y se granjease enemigos dentro de su propio campo. Gustaba de expresarse siempre sin rodeos, con las palabras convenientes y precisas.

Conoció a D. Andrés del Río cuando estudiaban los dos en Alemania. Recordando la suficiencia y aptitud que D. Andrés había adquirido en cuestiones químicas, solicitó del Ministro Gardoqui lo enviara a México para que desempeñara la cátedra respectiva.

Elhuyar y Del Río se comprendieron perfectamente. A semejanza de aquellos antiguos sabios que fueron martillo y terror de los falsarios, embistieron sin reparo alguno contra todo género de patrañas. Les tocó vivir la época en que tanto en España como en México, cualquier librejo escrito en francés pasaba por un quinto evangelio. Era natural que se propusiesen restituir a sus justos límites esta autoridad absurda de los libros escritos en lengua extranjera.

No tenía aún Andrés del Río dos meses en la Nueva España, cuando ya le había propuesto El-

huyar para traducir la obra de Wérner sobre la teoría de las vetas, para uso de los alumnos del Real Seminario.

Juntos dedicaron sus mayores entusiasmos al engrandecimiento de la obra del Colegio de Minería. Unidos por una entrañable amistad, y por una aspiración común, convivieron treinta años sin otro pensamiento que la ciencia, y sin otra ilusión que sus cátedras y sus alumnos.

El día 17 de abril de 1795 abrió D. Andrés del Río el primer curso de Mineralogía que se dió en México. Antes, había puesto en orden las muestras de piedras y minerales adquiridos por el Colegio a la testamentaria del Sr. Sanfelices.

Además, colaboraba con los miembros de la Expedición Botánica del Reyno de la Nueva España, dirigida por D. Martín Sessé, emprendiendo la metódica clasificación de los múltiples fósiles recogidos por los expedicionarios.

Pronto se dejaron notar los efectos de su presencia al frente de las cátedras de Mineralogía y Arte de Minas.

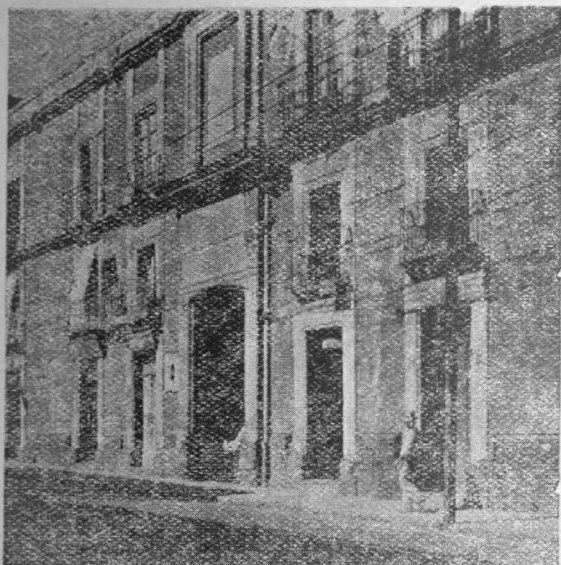
Las personas instruidas que pasaban la vista por el laborio de las minas de Nueva España, comparándolo con el de las minas de Freyberg, de Hartz o de Chemnitz, quedaban asombradas de encontrar aún en su infancia un arte que se estaba practicando intensamente en América hacia tres siglos. Se recibía la impresión de que desde la época brillante del reinado de Carlos V la América Española había estado separada de la Europa en cuanto a la comunicación de los descubrimientos útiles a la sociedad.

Todos sabemos que el mayor defecto que se nota en las minas abiertas durante la época colonial, y que hace en extremo costoso su laborio, es la falta de comunicación entre los diferentes planes, los cuales —según la acertada comparación de Humboldt—, “se parecen a aquellos edificios mal contruidos, donde, para pasar de una pieza a otra, es menester dar la vuelta a toda la casa”.

Andrés del Río criticó acrémente esta falta de orden: “Todas, todas las minas de Nueva España —dijo en alguna ocasión—, son unas cuevas de tejones, no de castores, que son más regulares; y “Valenciana”, haciéndole el mayor favor, es la gruta de Antíparos”.

Sabiendo que las vetas o criaderos de este país, son los más anchos del mundo entero, confiesa que quedó suspenso cuando se dió cuenta de que en toda la América no había un trabajo regular de bancos ni de testers. Recomendó siempre para esta clase de labores, los trabajos “al través”, como en Hungría.

El olvido en que se tuvo a la geometría subterránea hasta el establecimiento de la Escuela de



En este edificio de la vieja calle del Hospicio de San Nicolás—hoy Avenida República de Guatemala—abrió D. Andrés del Río el primer curso de Minerología que se dió en México.

Minas, hacía y hace todavía imposible la conducción con carretón o con perros. Del Río sufría intensamente viendo transportar a lomo de hombre y en un dédalo de cañones transversales y de pozos interiores, los miles y miles de toneladas de mineral, que se sacaban de las vetas. Era conmovedor el espectáculo impresionante de las filas interminables de indios tenateros, cargados durante seis o más horas con un peso de setenta a noventa kilogramos y respirando además, una atmósfera sofocante y nauseabunda.

Por desgracia, el ambiente era intensamente hostil a los hombres generosos que trataban de remediar estos suplicios. El grito humanitario de Humboldt y Del Río, tuvo como respuesta una frase ultrajante: “¡un barretero sabe más que los catedráticos de Minería!”

A las preguntas hechas por los hombres de gabinete: “¿Conocéis los criaderos de los fósiles? ¿Conocéis las diversas rocas; la relación de éstas con las vetas, los mantos y los cúmulos? ¿Sabéis qué fósiles pertenecen a cada uno de éstos, y cuáles son propios de rocas antiguas y modernas?”, el vulgo de los mineros de Nueva España contestó con otro refrán: “¡La Minería es una Lotería!”

“¡Observad las montañas —les decía del Río—, no con la vara divinatória, sino con los instrumentos adecuados y una sana crítica”. “¡Fijad vuestra atención en las matrices!” Y la respuesta no se hacía esperar: “¡sabe más un barretero que los catedráticos de Minería!”

Y así, todos los conocimientos de nuestros prácticos se reducían a afirmar con tono lleno de confianza; “esto será plomo, estotro cobre”,

y si no lo conocían, “absolutamente, será hierro”.

Otros, al tropezar con alguna piedra extraña preguntaban: “¿De qué sirve ésto?” “¿Se sacará más plata o más oro?”; “¿se sacará más prontamente?” Por eso era frecuentísimo ver que se beneficiaban por plata minerales de antimonio; y así como en la primera infancia de la Mineralogía se inventaron en Alemania para la mica los nombres de *oro* y *plata de gato*, aquí tuvo que crearse el de *plata de chasco*.

Y eran inútiles los intentos de los técnicos europeos para hacer que nuestros mineros abandonaran sus bárbaros procedimientos. Siempre venía a cuento la frase: “¡Un barretero sabe más que los catedráticos de Minería!”

Con razón decía Del Río: “los mineros de Nueva España se me figuran a uno de los isleños de Otahití, que no sabiendo al tiempo de su descubrimiento contar más que hasta cinco, se pusiese a declamar contra la Aritmética”.

A pesar de la riqueza excesiva de las rentas recaudadas por el Real Tribunal de Minería, D. Andrés del Río trabajaba en condiciones de verdadera miseria.

Mientras el Colegio estuvo situado en el edificio contiguo al Viejo Hospicio de San Nicolás, su laboratorio se hallaba en una antigua cochera. Las comunicaciones tardías con la mayor parte de los países europeos, impidieron muchas veces adquirir instrumentos indispensables para sus investigaciones.

En 1795 encargó a Francia un goniómetro para poder ejecutar con exactitud la delicada medición de los ángulos de los cristales. Todavía en 1805 no había logrado adquirir un modelo europeo. Desesperando de obtenerlo, resolvió improvisarse uno, y a despecho de las dificultades técnicas, pudo, después de laboriosos y constantes ensayos, construirse uno de gran precisión.

La comparación de sus medios de trabajo con los de los mineralogistas de otros países, resulta desproporcionada. En tanto que Andrés del Río careció durante más de veinte años de un crisol de platino indispensable para llevar a término multitud de operaciones químicas, el más ruin boticario europeo contaba los crisoles por docenas.

Auténtica calidad de sabio fue la suya.

Estaba convencido de que el mineralogista serio debía ahondar en la investigación cuánto pudiera, y debía asimismo no desdeñar dato alguno, corrigiéndose a sí propio cuantas veces fuese menester.

Analizando un día en su lúgubre laboratorio algunos cristales de Chovelía con ácido borácigo, obtuvo unas agujas que, partidas aparecían formadas de fibras delicadas, entretejidas, curvas y nudosas. Tenían lustre de nácar y eran tan blandas, que se desmoronaban entre los dedos.

Tuvo con estas agujas la equivocación más grande de su vida. Deseoso de examinarlas con detenimiento, las envolvió cuidadosamente en un papel. Cuando al día siguiente acudió a la vieja cochera a buscarlas, todas sus pesquisas resultaron infructuosas; pues el llamado laboratorio tenía cerca de cien goteras permanentes y estaba de continuo convertido en un verdadero manantial. Sabiendo esto, D. Andrés del Río conjeturó que las agujas no aparecían porque se habían liquidado, y si se habían liquidado, era seguro que la Chovelía tenía cal.

Cuarenta años más tarde tuvo que rectificarse a sí propio. Sometiendo nuevas muestras de Chovelía a la acción del agua, los cristales resultaron insolubles. El sabio mineralogista quedó confuso. Si las agujas no eran solubles en el agua, su desaparición del viejo laboratorio resultaba inexplicable.

Por fin, después de examinar todas las circunstancias que rodeaban el misterioso caso, Del Río hubo de decidirse por la única explicación posible: *¡las ratas!*

¡Sí! El paquete de cristales de Chovelía, había sido devorado por las enormes ratas que abundaban en aquel bodegón. Y ya anciano, poco antes de su muerte, el sabio comunicó a los mineralogistas del mundo, que la Chovelía no contenía cal. Con mano firme describió todos los detalles de este chasco, de este trágico chasco producido por el ambiente miserable en que se le hizo trabajar.

Partidario del progreso de las ciencias, rechazó siempre el servilismo literario. Tan ociosa consideraba para las ciencias modernas la sed de novedades, como el "apego servil a lo antiguo, que prueba un hastio total y destruye la curiosidad para todo conocimiento nuevo".

Tuvo siempre gran discreción para juzgarse así propio. "No todos podemos aspirar a la celebridad vinculada en un mérito del primer orden—decía—pero todos debemos aspirar a la reputación de ciudadanos útiles, cada uno según sus alcances".

Destinado en un país que como el nuestro ofrece una riqueza mineral extraordinaria, confiesa que en nuestro suelo cada paso ofrece un descubrimiento y cada descubrimiento nos indica que queda infinitamente más por descubrir.

"Mientras que en Europa se afanan los sabios y los estudiosos por descubrir alguna cosa nueva, y las más veces infructuosamente—decía—aquí tropezamos a cada paso con ellas, y aun las que parecen más comunes, del más ligero examen resultan ser enteramente nuevas".

"Cuanto me ha caído en las manos, —escribe en otra de sus obras—todo me ha salido nuevo, como a Midas se le volvió oro cuanto tocaba".

Siendo, como era, un químico competentísimo, podría haber ganado con facilidad diez veces más de lo que le pagaba el Colegio de Minería, de haber prestado sus servicios en una gran compañía minera. Ni qué decir que ese dinero lo hubiera ganado útil y provechosamente, contribuyendo al mismo tiempo al progreso de la industria. Pero él prefería y prefirió siempre, seguir enseñando a los jóvenes, para que fuesen éstos los que obtuviesen las ganancias.

Fue antes que nada un mineralogista. Decía de Real del Monte, que más que por su Veta Vizcaína que ha rendido muchos cientos de millones como todos lo saben, debiera ser famoso por tener alrededor todas las formaciones del trap



Un alumno del Colegio de Minería vestido de gran uniforme. (Tomado de una acuarela existente en el Archivo General de la Nación, y descubierta por D. Arturo Arnáiz y Freg).



El edificio del Real Seminario de Minería, según una litografía tomada cuando D. Andrés del Río dictaba su célebre cátedra de Mineralogía.

y la particularísima de la “piedra perlada” de Wérner y de Esmarck con obsidiana.

Varias veces dijo: “Me interesa más un pedacito como una nuez de un género o una especie nueva o curiosa, que una pepita de oro de algunos marcos, o una masa de plata de quintales de Batopilas”.

Sabía muy bien que la vida no le alcanzaría para dar a conocer las maravillas mineralógicas de México; pero deseoso de estudiar el mayor número de especies, trabajaba sin descanso en su lóbrego laboratorio.

La pasión por el estudio fue la única que lo dominó, y la satisfizo con resultados provechosos para el progreso de las ciencias. Se presentaba a las siete de la mañana en el Colegio de Minería, enfundado en su frac de corte irreprochable y cargando en una de las manos su sombrero de copa alta. Invariablemente llevaba un libro bajo el brazo, porque decía que “el cargar la ciencia no deshonra a nadie”.

Después de largas horas de trabajo, se retiraba para volver por la tarde a continuar sus labores entre probetas, crisoles y sopletes anticuados. Cuando hubo formado la primera brillante generación de sus discípulos, lo acompañaban en el laboratorio Chovell, Valencia, Ruiz de Tejada, Cotero y otros.

Tan grande fue la cantidad de especies mine-

rales que pudo descubrir, que hablando de Mineralogía, una de sus frases favoritas era: “Todo lo que parece nuevo aquí lo es, y la mitad de lo que no lo parece”.

Del Río estaba en España como diputado a Cortes cuando supo que México se había hecho independiente. Resolvió entonces regresar al país en que había formado una familia mexicana.

Como dominaba la mayor parte de las lenguas vivas europeas, al llegar a México recibió el nombramiento de Introdutor de Embajadores en la Corte ridícula de Agustín de Iturbide.

Las escaseces del erario dificultaban los preparativos de la solemne coronación de Agustín I. Para fabricar las coronas y demás insignias del Imperio, se pidieron joyas a las familias más acaudaladas de México. Centenares de alhajas de gran valor fueron prestados a los orífices imperiales. Para tan solemne ocasión se deseaba hacer un alarde de la riqueza del Imperio.

Terminados los cetros y las coronas, parecieron a Iturbide poco majestuosas por la escasez de pedrería, y se pidieron entonces las alhajas empeñadas en el Montepío. El Director Couto se negó a entregarlas y fue cruelmente perseguido.

Los trajes de la Corte se imitaron de algunas estampas de la coronación de Napoleón, que pudieron adquirirse, y una modista francesa, que se daba el título de baronesa se enriqueció fabricando uniformes.

D. Andrés del Río, flamante Introdutor de Embajadores, asistió a la coronación, acompañando al minúsculo cuerpo diplomático, compuesto por el Ministro de la República de Colombia D. Miguel Santa María y el Cónsul de Estados Unidos Guillermo Taylor.

Iturbide otorgó a D. Andrés el título de Caballero de la Orden de Guadalupe. Vestido con el manto y los plumajes ordenados por el estatuto, acudió Del Río a la inauguración solemne de la Orden, participando en la procesión que hicieron todos los Caballeros con sus hábitos en la Plaza de la Villa de Guadalupe. De este modo, participó del remoquete de "Huehuenches" con que el mordaz Fray Servando Teresa de Mier bautizó a los Guadalupe.

Cuando llegó a México la "Legación de la Nación Comanche cerca del Gobierno Mexicano", el sabio intérprete de Embajadores fracasó rotundamente. Del Río se confesó incompetente para comprender al famoso plenipotenciario Guenique.

La consumación de la Independencia hizo concebir a Del Río la esperanza de que, pasada "la

época de servidumbre en que nuestra ilustración estuvo atrasada de muchos años con respecto a la de Europa", nos pondríamos pronto al nivel.

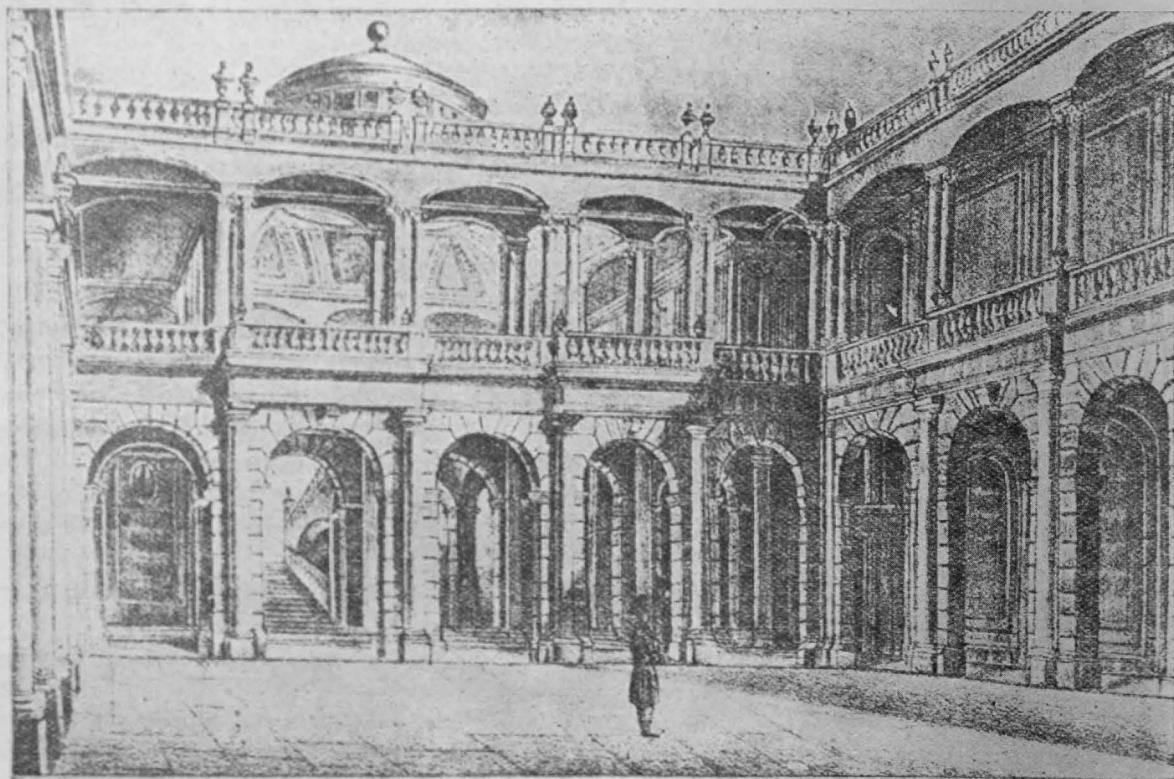
Desgraciadamente, en tanto que los libros empezaron a llegarnos con más rapidez, el Colegio de Minería entraba en una etapa de decadencia irremediable.

Por un defecto radical en la ejecución, el edificio magnífico cuyo plano hace honor al eminente Tolsá, estaba quedando en ruinas.

Causaba melancolía ver magníficas filas de columnas, ventanas y puertas completamente fuera de la perpendicular, y las paredes y las escaleras con grietas por todas partes. También el techo y el cielo raso se estaban derrumbando en algunos lugares. Parecía que en pocos años terminaría la destrucción del noble edificio, que es un monumento perenne a la riqueza y a la magnificencia de los mineros de Nueva España, a cuya costa se erigió.

Del Río continuaba dando sus conferencias sobre Química y Mineralogía. Cuando en 1827 visitó su cátedra H. G. Ward, pudo darse cuenta de que la abundante concurrencia de otros tiempos, se había reducido a dos o tres discípulos solitarios, y de que la lobreguez de los vastos salones estaba en armonía con el estado ruinoso del exterior.

En 1830 tuvieron principio los grandes desplomes. Se abrieron enormes cuarteaduras, y fuertes crugidos alarmaron no sólo a los habitantes del



El Patio del Palacio de Minería, según una litografía del año de 1834.

edificio, sino a los de las casas vecinas. En tan afflictivas circunstancias, nacieron diversos proyectos muy onerosos, como el de la demolición total del edificio, por el supuesto de que no podían erogarse las cuantiosas sumas que demandaban los reparos.

Afortunadamente se presentó al establecimiento Mr. Antonio Villard ofreciendo hacer la reedificación y conservar todas las formas de la fábrica. Calculado el costo de aquélla en 97,435 pesos, se dió conocimiento al gobierno, manifestándole la importancia y urgencia de la obra, y pidiéndole la autorización correspondiente. Pero si bien es cierto que Villard consiguió devolver al edificio mucho de su antiguo esplendor, el Colegio continuaba en plena decadencia.

Cuando en 1840 visitó el Palacio de Minería la Marquesa Calderón de la Barca, quedó asombrada ante las "bellas proporciones de este edificio, que lo harían notable entre las más hermosas construcciones de cualquier país europeo". "Todo en él es grande —escribió—, sus dobles hileras de pilares, sus escaleras, sus grandes apartamientos y altivos techos, pero al mismo tiempo, al verle, se piensa en una pajarera de oro que no tiene más que unos cuantos gorriones."

Y en su pajarera de oro, Del Río continuaba la serie no interrumpida de sus obras y de sus trabajos científicos.

En las asistencias públicas, civiles y religiosas, acostumbraba el ilustre mineralogista desfilar por las calles acompañando a los colegiales.

Los alumnos, ricamente uniformados con sus elegantes sombreros, sus casacas de finos paños y sus medias encarnadas, tomaban acomodo bajo las mazas del Ayuntamiento, a pesar de las protestas de los tiosos bachilleres de la Nacional y Pontificia Universidad.

La Universidad reclamaba que el Colegio de Minería debía desfilar después de ella en las ceremonias solemnes. Varias veces pidieron al Gobierno que los mineros exhibieran el título de antigüedad u otro alguno que pudiera apoyar su absurda pretensión.

En un "Te Déum" celebrado para conmemorar el "Corpus", los ánimos se agriaron peligrosamente y la antipatía de las dos corporaciones estuvo a punto de resolverse en un tumulto. Como el Colegio de Minería logró colocarse delante de la Universidad y de los demás Colegios, los graves doctores universitarios quisieron dirimir la contienda a puñetazos. Afortunadamente intervino D. Luis Gonzaga Vieyra y los ánimos pudieron tranquilizarse, amansándose así los gritos indecorosos que se habían oído bajo las naves de la Catedral.

Al año siguiente, la Universidad prometió des-

filar en la forma acostumbrada, a condición de que no se invitara al Colegio de Minería. Y desde entonces los mineros no pudieron asistir a las grandes funciones de la Catedral.

Cuando a raíz de la conspiración del Padre Arenas empezó a agitarse al pueblo contra los españoles, pidiendo su expulsión del país, la voz valerosa del doctor José María Luis Mora hizo ver con claridad las perturbaciones económicas y sociales que tal expulsión ocasionaría a México.

"La expulsión de los Españoles del territorio de la República Mexicana, por cualquier aspecto que se la considere —escribió—, presenta el carácter de la injusticia y lleva estampada en sí misma la marca indeleble de la arbitrariedad más odiosa. Ella sería una mancha que jamás podría lavar la nación, y de la cual tarde o temprano tendrá que arrepentirse, por sus fatales resultados y perniciosas consecuencias, pues sobre ser contraria a la justicia, lo es igualmente a la conveniencia pública".

Y a pesar de que con el más notable de nuestros escritores políticos, los hombres de mayor ilustración protestaron contra estos excesos, los agitadores supieron sembrar la cizaña entre las clases menos instruidas de la sociedad, y la expulsión de los españoles fue decretada.

Todos los peninsulares fueron privados de sus empleos. Se les prohibió permanecer más de tres días en alguna parte. Sus reuniones eran vigiladas cuidadosamente, y a los que no pudieron salir con rapidez, se les obligó a presentarse a las autoridades con frecuencia.

Como los servicios de D. Andrés del Río eran indispensables para el país, se le puso a la cabeza de la lista de los exceptuados de la ley de expulsión. Pero el ilustre mineralogista quiso correr la misma suerte que sus compatriotas, y salió voluntariamente al destierro.

Llegó a los Estados Unidos a fines de 1829, y durante seis años recibió en Washington, Filadelfia y Boston grandes honores.

Vuelto a México en 1835, procuró olvidar la injusta ley de expulsión de españoles, y no tardó en sentirse tan mexicano como antes.

Así, cuando en 1836 la escuadra francesa al mando del Príncipe de Joinville bombardeó el Puerto de Veracruz, D. Andrés del Río ofreció a México su persona y sus bienes, para arrojar al invasor.

Cuando el inquieto Miguel Chevalier visitó nuestro país, dijo a varios amigos suyos, hablando de Del Río, que "bien podría haber enseñado en la Escuela Politécnica de París".

Por desgracia, no se le consideraba aquí en igual forma.

Los últimos días de su vida fueron muy amargos.

Se le debían cuatro años de sueldos atrasados, y al frente del establecimiento estaba un individuo sin escrúpulos, que sin conocer una sola de las materias que en el Colegio se enseñaban, había llegado al puesto valiéndose de tortuosas combinaciones políticas.

Nadie extrañó que dos hombres tan distintos chocaran alguna vez. El encuentro fue violento, pero Tornel tuvo que batirse en retirada frente a la honradez y la sabiduría.

El estado caótico a que había llegado nuestra Patria al desbordarse los odios y las pasiones políticas más viles, hizo que el Colegio de Minería sufriera ataques indignos. —En septiembre de 1841, una revuelta hizo padecer la fábrica del Seminario en varios puntos.—Una bala de cañón se llevó una parte del cornisamiento y de la balastrada superior del observatorio.—Los bastidores y las puertas fueron acribilladas por las balas de fusil.—En la fachada del Oriente dos balastradas y varias molduras de piedra fueron destrozadas.—Para salvar la vida, los mineros tuvieron que desocupar el edificio entre el fragor de la metralla.

A principios de 1847, el Colegio fue ocupado

por los bandos revolucionarios de la época y cuando meses más tarde fue destinado para cuartel de los invasores norteamericanos, las caballerizas del vencedor profanaron aquel asilo de las ciencias. Todas las plagas concurrieron a afligir a los que se hallaban dentro.

Sin embargo, catedráticos y seminaristas continuaron sus labores en medio de aquella cloaca inmundada, no teniendo a veces "ni dónde poner el pie" y "tropezando por doquiera con los triunfos de Baco y de la Muerte".

Del Río vió desarrollarse entonces entre sus discípulos, una epidemia que arrebató la vida a muchos jóvenes.

Murió el sabio mineralogista en la pobreza más absoluta. Dejó a su familia un apellido ilustre, muchas deudas y algunos ejemplares de sus "Elementos de Orictognosia" que no habían podido venderse.

Orientó su existencia hacia los más puros goces del saber, sin ocuparse de acumular bienes materiales.

Compatriota de Fray Luis de León, amó ante todo los

"tesoros de la ciencia
que aventajan con mucho
a todos los tesoros de la tierra".



Cuando en 1840 visitó el Palacio de Minería la Marquesa Calderón de la Barca, quedó asombrada ante "las bellas proporciones de este edificio, que lo harían notable entre las más hermosas construcciones de cualquier país europeo". "Todo en él es grande—escribió—sus dobles hileras de pilares, sus escaleras, sus grandes apartamientos y altivos techos; pero al mismo tiempo, al verle, se piensa en una pajarera de oro que no tiene más que unos cuantos gorriones".

M E X I C O

E L I N D I O

1

TODAVIA más fino, aún más fino, más fino,
casi desvaneciéndose de pura transparencia,
de pura delgadez como el aire del Valle.

Es como el aire.

De pronto, suena a hojas,
suena a seco silencio, a terrible protesta de árboles,
de ramas que prevén los aguaceros.

Es como los aguaceros.

Se apaga como ojo de lagarto que sueña,
garra dulce de tigre que se volviera hoja,
lumbre débil de fósforo al abrirse una puerta.

Es como lumbre.

Lava antigua volcánica rodando,
color de hoyo con ramas que se queman,
tierra impasible al temblor de la tierra.

Es como tierra,

2

Como tierra de cactus y magueyes,
de órganos que edifican verdes templos
con bóvedas de aire, con techumbres
limpísimas de aire, sol y agua.

Los caminos se cansan, se desploman
de tanta hundida huella de huarache.
Kilómetros y leguas, derrotados,
abandonan las largas lejanías.

Se sabe, se comprueba que no eres
esa curva monótona y sin músculo
que por los anchos muros oficiales
Diego Rivera ofrece a los turistas.

Contra el gringo que compra en tu retrato
tu parada belleza ya en escombros,
prepara tu fusil. No te resignes
a ser postal de un álbum sin objeto.

Que no eres sólo el tema de una estrofa,
ni el color complemento del paisaje,
ni ese perro furioso que se tumba,
dócil, después de herir, al pie del amo.

Eres México antiguo, horror de cumbres
que se asombran batidas por piránides,
trueno oscuro de selvas observadas
por cien mil ojos lentos de serpientes.

Contra los gachupines que alambican
residuos coloniales por sus venas,
prepara tu fusil. Tú eres el indio
poblador de la sangre del criollo.

Si él y tú sois ya México, ninguno
duerma, trabaje, llore y se despierte
sin saber que una mano lo estrangula,
dividiendo su tierra en dos mitades.

DIALOGO CON RODRIGUEZ LOZANO

ENTREVISTA DE RAFAEL HELIODORO VALLE

Ni el albañil, ni el médico, ni el ingeniero, ni el carpintero, regalan su trabajo. ¿Por qué va a regalarlo el pintor?

La paciencia terrible, la desesperante paciencia de nuestro pueblo, y la claridad simplísima de estas montañas, la crueldad de esta luz, son las cosas que el pintor mexicano está reflejando en su obra.

Pero la pintura sin mixtificaciones, sin convertirse en vehículo de codicias burocráticas —la pintura pura—, es la que debe preocupar al pintor. La pintura en sí. Una pintura mexicana más formal, sumergida en la tradición, hasta en la geología.

Abraham Angel sigue siendo el Adán en el paraíso de la pintura en América.

Y cuando esto dice Manuel Rodríguez Lozano se siente más que satisfecho de sí mismo, seguro de ser uno de los pintores que, si más enseñan, trabajan con más fervor, con un fervor estremecido, religioso, que no lo anonada, sino que lo invade de alegría cotidiana, en afán perpetuo de creación, que es aprendizaje. Porque para él la pintura es uno de los oficios más sagrados, que lleva en sí el desinterés y la inocencia de los frutos primordiales. Un gran poeta lírico, que se expresa en la pintura y que ve en ella no el camino para la satisfacción de apetitos, sino el ámbito para vincularse a la emoción pura y fértil.

En su estudio —casi un eremitorio en el corazón de la ciudad de México— Manuel habla conmigo en ese momento crepuscular en que las ideas se sazonan en el otoño que precede a los advientos primaverales. Y calladamente, en atmósfera de soliloquio, trabaja sin horario, aprovechando de la hora lo propicio y entregándose con pertinacia a sus esquemas, sus imaginaciones, todo lo que le sirve de caneavá para edificar, deshacer y reedificar, sin prisa, pero con ritmo recóndito.

Rodríguez Lozano acaba de imponer su prestigio de pintor en una exposición llevada a tres de las universidades de los Estados Unidos, una de ellas la de Minnesota y organizada por Mr. Philip Adams, Director de The Columbus Gallery of Fine Arts, quien presentó los mejores frutos del ilustre pintor, los de la última etapa, en esos cuatro centros de arte, por medio de las palabras siguientes: "A Rodríguez Lozano no le interesan los efectos de superficie. Si hay afinidades en el mundo contemporáneo, la manera clásica de Picasso puede ser la semejante en carácter, aunque falta la intensidad destilada de la línea de Lozano. Es casi lo mejor en sus dibujos, en donde es evidente su admiración juvenil por Mantegna".

Ya antes había mostrado lo mejor de su producción, la de su primera juventud, porque su actual es eterna, en París, Buenos Aires, La Plata, y algunas horas en Nueva York. Y así se puede explicar por qué su obra ha repercutido en críticos tan apreciables como André Salmon, André Lothe, Carl Zigrosser.

—En esta exposición he podido presentar —advierte Rodríguez Lozano— 54 trabajos, que no sólo son míos, sino también de algunos de los muchachos que concurren asiduamente a mi estudio: Felipe Subervielle, Ezequiel Manilla, Alberto Soto y Alfredo Serrano, y el pintor Antonio Ruiz. Entre ellos sobresale —por su nombre, que es un secreto, y su obra inicial que es una anunciación— el que se firma "Tebó" al pie de sus imaginaciones pictóricas, que tienen atmósfera de mitología y personalidad resplandeciente.

Mientras Rodríguez Lozano diserta sobre los temas apasionantes del momento contemporáneo de la pintura, me aproximo a la ventana de su estudio para contemplar el paisaje mexicano, circunscrito de cúpulas, flotando en ese gris perla de las tardes más dulces que se pueden admirar en el mundo.

—Una vez —me dice el joven maestro— contemplaba desde aquí, con Adams, este mismo paisaje, y comparando la arquitectura antigua, colonial, con la arquitectura moderna, le decía que lo más importante y característico era esta luz mexicana. La crueldad de la luz solar de México, que ha ido templando el carácter mexicano, la claridad y la simpleza de sus montañas y la paciencia desesperante de su pueblo. ¡La admirable, terrible paciencia de su pueblo! Estas, estas son las cosas que nosotros pintamos.

—Y también esta luz tiene su meridiano en el mapa de la poesía lírica de América —le hago notar.

—Purista, han llamado al grupo que conmigo trabaja, en el sentido de que no hacemos más que pintura. La pintura sobre todas las cosas, sobre todos los problemas. La pintura que se ha hecho bajo la idea social es, entre las muchas confusiones mexicanas, de absoluta índole fachista, pues es una pintura que pretende abarcar todos los órdenes de ideas políticas, sociales, poéticas, pictóricas, sin comprender que la pintura tiene una visión limitada, ya que existen como medios de propaganda otros vehículos adecuados, el radio, el cine, el periódico, el mitin, el folleto y hasta la hoja volante, que son los medios para llegar más fácilmente a las grandes multitudes, porque a un cuadro o un muro pintado le bastan 20 metros de distancia para que la multitud no los perciba. La pintura, para no salirse de sus medios, tiene que representar un elemento espiritual, y creemos que así como un tornillo en la máquina tiene la importancia de una biela o un pistón, ya que sin éstos la máquina no podría marchar, nuestro deber es ofrecer al pueblo un producto puro, que no esté adulterado, y son el economista, el político, el conductor de masas, los encargados de dar al pueblo este alimento espiritual.

—No te interesa la pintura mexicana, sino la pintura en sí. Y al decir mexicana, no quiero negar la universalidad de la pintura, sino a las preocupaciones que ha tenido el pintor mexicano de unos diez años a esta parte, a los temas que ha tratado, a todo eso que ha permitido calificarla en el extranjero como una manifestación artística que singulariza esta época que, siendo tan diversa, sigue siendo tan mexicana.

Rodríguez Lozano, sin perder la directriz de su discurso y sin rehusarme respuesta, dice:

—La pintura en sí. Solamente que yo no puedo hacer otra cosa que pintura mexicana, puesto que por raza, educación y visualidad, soy mexicano. Basta con ser sincero para ser mexicano. Mi expresión es mexicana, mis temas son mexicanos. Lo que pasa es que no caigo en lo pintoresco. Porque no hay necesidad de eso. Tú eres mexicano, yo soy mexicano. Anhelamos dar una pintura mexicana más formal. Eso es todo.

—Una pintura enraizada en ciertas formas tradicionales mexicanas, sin perder la línea de la tradición mexicana.

—La luz, la geología, la raza, son elementos inalterables en el tiempo, que constituyen esencialmente a América y nos diferencian completamente de Europa en sabor, sonido y color.

—¿Podría aplicarse a la pintura en México la tesis que Henríquez Ureña formuló al hablar del matiz discreto, sobrio, de la poesía lírica, diferenciándola de la que ha producido el trópico?

—Es la altura la que nos da una visión matemática y justa de las cosas.

—¿Entonces no crees que surja un gran pintor en el trópico?

—Puede surgir en el trópico un gran pintor, pero hasta hoy no ha surgido. Creo que a nosotros nos ayuda esta visión tan nuestra que nos enseña cotidianamente un paisaje nítido, cruel y tan exacto como ningún otro.

Divagamos en la conversación. Rodríguez Lozano no se conforma con escuchar, sino que siente la alegría del que es interrogado, cuando le parece que es oportuno el instante para hablar. De los problemas de la vocación, de ciertas definiciones, de algunas ideologías, hasta de las preocupaciones de la poesía, pura, de las utopías que el hombre ha construido en esas lindes en que los problemas sociales y el arte hallan un común denominador; de todo esto, de lo de aquí, y hasta de lo de más allá, de las nieblas en que apenas se precisan formas, y de las formas que no tienen más que un propósito de ocio, hablamos durante nuestro diálogo. Preocupaciones, imaginaciones, y siempre el poeta lírico, que halló su camino en la pintura y en ella sigue siendo un noble, claro ejemplo de lo que es una vocación cuando tiene responsabilidades.

—Yo traía la pintura, siempre. Y cuando viajé, hace muchos años, no llegué más que a investigar en todos lados la pintura. España, Francia, Italia, las tierras del sol, el vino y el júbilo. Después de recorrer la pintura moderna y la pintura clásica se nos presentó el problema categórico de una expresión americana. Entonces, ya en posesión de una técnica tratamos de conseguir una pintura cuya raíz, cuya visión, sabor y color fuesen esencialmente mexicanos. Pero nosotros creemos que para

ser mexicanos de verdad, anhelando dar una síntesis, no debemos caer en lo pintoresco regional, sino en un mexicanismo formal, lenguaje que puede ser entendido en cualquier latitud del planeta.

—Pero México no sólo tiene pintura, sino también una gran riqueza arquitectónica...

—Los arquitectos quieren que se haga arquitectura colonial, porque no quieren darse cuenta de que la casa es una cosa que debe estar de acuerdo, que debe estar adecuada a la vida moderna. Están pidiendo casas coloniales, cuando tenemos una manera distinta de vivir de la que se tenía durante el régimen colonial. Esto es falta de lógica, hasta de elegancia. Ahora ya no podemos soportar una casa enorme, con piezas en que se pierden los pasos y construcción complicada, cuando lo que necesitamos es algo que esté a tono con nuestros adelantos, con las exigencias de la vida moderna. ¿Por qué, entonces, hacer casas coloniales?

—Yo creí que te referirías a cierto conflicto que hay entre arquitectos y pintores. Parece que hay arquitectos que todavía no consideran necesaria la colaboración del pintor.

—Los arquitectos están de tal manera retrasados, que son grupos marginales dentro de la cultura moderna. Si no, mira las casas que construyen. Le Corbusier incorpora a los pintores a la obra arquitectónica. El pintor no sólo decora paredes, sino que también toma parte en esa confabulación para que los muebles y los enseres estén vinculados a la atmósfera plástica.

—Entiendo que esto es lo que hacían los mayas. Entre los mayas el arquitecto entendía de pintura y viceversa. Es lo que de pronto se nos ocurre cuando vemos el interior del templo de Huejotzingo. Todo el Renacimiento fue así. Pero no puede negarse que hay algo específico en América y que eso es, se llama, "la pintura mexicana".

—No se puede negar; pero hay algo que conviene decir. La pintura mexicana es una de las grandes mentiras mexicanas. Los pintores que hemos triunfado afuera, somos dos o tres, y en cambio habla de ella una caterva de zánganos que nada ha hecho, que nada hará. Yo quiero referirme a ese síntoma terriblemente alarmante, que ofrecen con su pereza las llamadas "agrupaciones". Todo el mundo se agrupa, porque nadie es capaz de hacer nada. Como las gentes no se sienten aptas para realizar obra propia, tienden a agruparse y creen que pueden hacer esa obra sumando elementos disímboles. ¡Hay que hablar con franqueza!

—Sor Juana en la lírica o Tresguerras en la arquitectura, ¿han hecho una obra individual?

—La obra de arte siempre es individual. El artista debe dar, simplemente, su fruto.

—Entonces tus discípulos no son un grupo, sino gentes que se dedican a estudiar, a trabajar, sin ningún propósito de grupo.

—Ningún propósito político, sino artístico.

—Pero el arte es política.

—Nuestra ideología está absolutamente con la extrema izquierda. Estamos con la extrema izquierda, solamente que insistimos en que la espiga ignora su utilidad; que hay que dar un fruto sin deformaciones utilitarias, para que sea el político quien lo utilice, quien lo lleve a la masa, para que el pueblo pueda nutrirse con elementos no falsificados. ¡Cuidado con las falsificaciones!

—Pero es que hay pintores que hacen política. El arte puede hacer política, ¿por qué no?

—Cuando el pintor no puede pintar, es decir, cuando no es pintor, tiene que hacer política.

—Ese pintor entonces lo que busca es acomodarse en la colmena burocrática. Verdad es que hay grandes pintores que lo son, a pesar de que hacen política.

—Pero no olvides que Diego había ido de Ingres al cubismo y del cubismo pasó al callismo. Y como la política marcha a gran velocidad, se encuentran los pintores políticos con que el director de la política ya no es el de la víspera y que las ideas han cambiado.

—¿Los pintores del Renacimiento estuvieron dentro del movimiento de la política renacentista?

—Los pintores del Renacimiento no. Casi nunca hacían pintura religiosa. En todo caso era una pintura pagana.

—Entonces quiere decir que modificaron el gusto de los patrones. No es que éstos les hayan dicho: "Me gustaría que ustedes pintaran ésto o aquéllo", sino que fueron ellos los que impusieron normas.

—Claro que así fue.

Al llegar a este punto, se suscitan alusiones a la polémica muy reciente en que Alfaro Siqueiros contendió con Diego Rivera. Y Rodríguez Lozano, terciando en la controversia, dice:

—La pintura es un arte mudo, no hablado: su lenguaje son las formas, las líneas, los colores. En la discusión entre los dos políticos pintores mexicanos, de todo se habló, menos de pintura. La contestación a cada uno de ellos, puesto que negaron, puesto que dijeron estar equivocados, sería

que comenzaran a pintar de nuevo, a expresarse en pintura. Yo querría decir algo sobre la confusión actual.

—¿Y qué?

—No sólo en el momento pictórico hay esa confusión, sino en todos los órdenes de la vida mundial, especialmente la mexicana. ¡Una tremenda confusión! Todo el mundo en México vive con la mira puesta en las nóminas. Siempre que me acerco a un funcionario o que me dirijo a una "personalidad", me afirmo en que a las gentes se les emplea por simpatía, por cualidades de orden doméstico, por ser "buenas personas", "excelentes amigos", o por cualquiera otra razón, nunca por méritos técnicos, y esto es un gravísimo error. Las clases dirigentes debían colocar a los técnicos en los sitios que éstos merecen, porque son los únicos llamados a guiar a la colectividad.

Rodríguez Lozano, a la menor incitación, habla de la pintura mural.

—Lo que es alarmante es que el Gobierno comienza a dar a los principiantes los muros de los edificios, no para que los pinten, sino para que los ensucien. El muro debe ser la última etapa en la carrera del pintor. Cuando el pintor es dueño de su oficio, debe ir al muro. La tachadura no se ensaya sobre éste, sino sobre papeles y cartones. De modo, pues, que sería de desearse que el muro fuera el premio a la competencia y no el estímulo para el mal ensayo. Yo he tenido ocasión de pintar un muro, y, no obstante de que tengo práctica, de que tengo tanta técnica como Picasso, cuando me dan un muro me pongo seriamente a pensar. Quiero decir esto: tengo un indicio de esperanza, ¡el único! Cuando llegué como maestro de pintura a la Escuela de Artes Plásticas, recibí un corto número de alumnos. Los muchachos se llevaban todo lo que podían a su casa, se peleaban; era el desorden más grande que puede haber en un laboratorio de arte. Hubo ocasión en que se inscribiera una alumna alemana, a quien le fueron robados sus útiles, su bata de pintar y todos los objetos que poseía; y ella me dijo: "Rien a faire"? "Rien a faire" por el momento, señorita, le contesté. Pero aquello bastó para emprender la educación de los muchachos: obligarlos a limpiarse, a tener orden, a no ensuciar las paredes y predicarles que no estaba bueno lo que hacían. Y lo logramos. No tengo otro indicio de esperanza en México; pero me basta pensar que pudieron modificarse veinte jóvenes cuando se les exigió y se les enseñó un camino de trabajo.

—Entonces la salvación está en la conducta.

—Sí, señor. Ahora vamos a otro punto importantísimo: creo que el principal motivo de anarquía, confusión y demagogia, es la falta de ética, en la mayoría de las gentes; y llamo ética a la lógica de conducta que puede tener un sujeto entre su manera de pensar y la de obrar.

Y en ese instante, invocando un numen familiar, Rodríguez Lozano habla de Abraham Angel, a quien ha calificado con el epíteto de "el Adán en el paraíso de América", y cuya obra cuida, vigila y colecciona en la pinacoteca de don Francisco Iturbe. Este gran don Francisco, prócer, humanista digno de haber vivido en una gran época, y que ha ayudado a José Clemente Orozco, lo mismo que a Rodríguez Lozano.

—Un gran espíritu europeo, el tipo del caballero antiguo —dice éste.

—¿Y no piensas por ahora en Europa?

—Por ahora no; todavía hay mucho que hacer en México.

Y Rodríguez Lozano reitera su orgullo al hablar del laboratorio en que él es la primera persona, por la seriedad con que trabaja, por las disciplinas a que se ha sometido y los entusiasmos que vitaliza. Por ese laboratorio han pasado, discuriendo, Rafael Alberti, Cartier Bresson, Toño Salazar y tantos otros que han coincidido en que Rodríguez Lozano es el verdadero pintor de México, que trabaja la pintura con más sentido religioso. Y recuerda, con qué emoción, sus exposiciones en Buenos Aires, su amistad con Ricardo Güiraldes, con el peruano José Sabogal, con el uruguayo Pedro Figari y con tantos bonaerenses que han insurgido en las letras.

A la pregunta intempestiva de si cree que los norteamericanos ya están preparados para producir valores pictóricos, Rodríguez Lozano responde:

—No lo creo. La pintura es una meta a la que se llega después de largas disciplinas. Fijémonos en lo que pasa con muchos de nuestros muchachos, que apenas pintan el segundo cuadro ya quieren salir a alternar, sin darse cuenta de que les falta la preparación y la técnica necesarias. ¡Qué equivocación!

—¿La pintura tiene toda la calidad de un oficio?

—Es un arte que, sin todos los rigores y disciplinas del oficio, no puede llegar a ninguna realización. Por eso yo me reafirmo en la idea de que los pintores tenemos que dar un fruto espontáneo, sin deformaciones utilitarias.

—¿Y este Picasso?

—En esta pintura puedes ver al artista y la modelo. Es un recuerdo de París, que Picasso me dedicó en marzo de 1931. Este otro cuadro es uno de los que acaba de pintar "Tebo" y todos los que lo han visto están de acuerdo en que en el mundo pictórico sólo Salvador Dalí da la calidad pictórica, de primera categoría, que "Tebo". Yo creo que es el mejor pintor mexicano, sin duda alguna. Sus 22 años son una perfecta anunciación.

Y antes de abandonar el estudio en que Manuel ha sabido congrega a toda una muchachada capaz de ser sus discípulos sin perder su personalidad individual, me detengo delante del "Decálogo" en que el gran pintor ha formulado sus diez mandamientos, con el nombre de

EL TALLER Y SU LEY:

I.—En el México presente, degradado ética e intelectualmente, no gustar es nuestro mejor triunfo.

II.—Como en los mejores tiempos, el arte tiene por fin mejorar nuestra vida, es decir, nuestro espíritu.

III.—Aspiramos a dar como la naturaleza, un fruto espontáneo, sin deformaciones utilitarias. El dinero o el halago o el complacer a la despreciable clase intelectual deforma el fruto. La espiga ignora su utilidad.

IV.—En la pureza de estas leyes está el premio. El arte como la espiga, alimenta.

V.—Sólo por sus propios medios puede llegar el artista a las grandes creaciones.

VI.—Existe un idioma de las formas. El que no sea sensible a él, que no vea nuestro trabajo.

VII.—Con Goethe pensamos: "El arte es largo y la vida corta". Nuestro tiempo es precioso.

VIII.—Somos profesionales.

IX.—Ni albañiles, carpinteros, ingenieros o médicos regalan su trabajo.

X.—Con nuestra vida y con nuestra obra, hacemos lo que nos dé la gana.

HARVEY COMO INICIADOR DEL METODO EXPERIMENTAL

UNA OBRA QUE SE PROPONE DESPERTAR EN LOS JOVENES VOCACIONES CIENTIFICAS
Y EL AFAN DE CONQUISTAR A LA NATURALEZA POR MEDIO DEL EXPERIMENTO

Por JOSE JOAQUIN IZQUIERDO, Profesor de Fisiología Experimental en las Facultades de Medicina de la Universidad y Médico-Militar.

CON haber escrito su famosa obra *De Motu Cordis, etc.*, y haber realizado la trascendental labor experimental de que en ella da cuenta, Harvey introdujo en el campo de las ciencias fisiológicas el moderno método científico, dejó probada su fecundidad, y con ello encendió la aurora de una nueva fisiología que con el tiempo se convertiría en la luz que ilumina en nuestros días a la nueva medicina y a la nueva cirugía.

Por sus excelencias de orden científico; por haber enunciado verdades que lo siguen siendo, y por encontrarse escrita en lenguaje tan claro como preciso y sencillo, tal obra sigue siendo un documento de valor inestimable, cuya lectura deben repetir a menudo los verdaderos hombres de ciencia que traten de embeberse en la verdadera filosofía y la verdadera lógica que debe animarles.

A medida que sus méritos fueron siendo reconocidos, el original latino de la obra empezó a ser reimpreso y traducido a diversos idiomas. El doctor Geoffrey Keynes, en su bibliografía de los escritos de Harvey dió cuenta de que al cumplir la obra el tercer centenario de su aparición, se le había publicado veinte veces en latín,

una en flamenco, dos en alemán, dos en francés y ocho en inglés. A las ediciones citadas por Keynes en 1928, hay que agregar otras dos (una facsimilar de la latina original y otra en inglés) publicadas en ese mismo año por el Dr. C. D. Leake.

Aunque en la bibliografía del Doctor Keynes —que seguramente es el mejor conocedor contemporáneo de la bibliografía harveyana— no se hace mención de ninguna versión castellana, para mayor seguridad, y en vista de los ocho años que lleva de hecha, solicité del Doctor Keynes que me informara si durante ese tiempo no había llegado a descubrir ningún dato acerca de su existencia. Me informó que seguía careciendo de ellos, y que casi podía asegurar que nunca había sido hecha.

El bibliotecario del propio *Royal College of Physicians de Londres*, al cual perteneció Harvey, por indicación especial de su Presidente Lord Dawson of Penn, me informó que tampoco sabe que exista.

De España no llegué a recibir contestación de la Academia Nacional de Medicina; ni de la Biblioteca Nacional, ni de algunos coprofesores, de quienes solicité información sobre el particular.

Las grandes Bibliotecas del Congreso y del *Surgeon General*, en Washington tampoco tienen noticias. Mi excelente amigo el Doctor Edgar Erskine Hume, Bibliotecario de la primera, hizo que el señor Roberts, de la sección bibliográfica de su Instituto, revisara el catálogo de los libros raros existentes en las más grandes bibliotecas de los Estados Unidos del Norte, pero tampoco llegó a descubrir mención de alguna posible edición española del libro de Harvey.

En vista del resultado igualmente negativo de otras pesquisas hechas en las principales Bibliotecas Nacionales, de España y otros países, con relación a la existencia de alguna versión castellana de *De Motu Cordis*, no sólo hemos llevado a cabo su primera versión española, sino que la hemos hecho formar parte de una obra más amplia, titulada "HARVEY, INICIADOR DEL METODO EXPERIMENTAL". Estudio crítico de su obra *De Motu Cordis*, y de los factores que la mantuvieron ignorada en los países de habla española, con una reproducción facsimilar de la edición original y su primera versión castellana", que acaba de poner a la venta EDICIONES CIENCIA, de México. (1).

* * *

Como nos ha parecido que las meditaciones

(1) Ediciones Ciencia. Apartado 8767. México, D. F.
Precio de la obra, quince pesos.

a que dará lugar la obra de Harvey contribuirán de modo seguro a preparar la *reforma científica* que vienen esperando nuestras instituciones de cultura superior para su propio progreso y para el del país, entresacamos a continuación algunos de los conceptos que hemos expresado en la introducción de nuestra obra para indicar la urgente necesidad de tal reforma en la generalidad de las instituciones universitarias de los países de habla española y su carácter de antecedente indispensable para que los gobiernos desearios de llevarla a cabo, lleguen a contar con las personas más idóneas para realizarla.

* * *

La necesidad de la reforma científica —que Bacon vislumbró y Harvey empezó a poner en práctica hace ya tres siglos— por su carácter netamente intelectual debió haber sido primeramente sentida en las Universidades.

Así lo comprendió Bacon, cuando señaló como lugares mejores para su realización las fundaciones y edificios convenientemente dotados de rentas y franquicias, de privilegios y de ordenanzas de gobierno, que ofrecieran a los trabajadores de la ciencia condiciones de quietud y tranquilidad para su labor, como las que Virgilio reconoció indispensables para que las abejas edificasen su panal (*Principio sedes apibus statioque petenda, Quo neque sit ventes aditus, etc.*). En tan apacibles sitios de trabajo los hombres deberían esforzarse por conquistar a la Naturaleza, "por toda su edad" y a cambio de retribución bastante para garantizar que no llegasen a perder el gusto por el trabajo ni la capacidad para ejecutarlo, pues siendo los encargados "de los almacenes y de las provisiones de que se surten los hombres de las carreras activas, deberían recibir tanto como ellos. De otra suerte, sucedería que los padres de las ciencias serían de índole más débil y estarían mal mantenidos. *Et patrum invalidi referent jejunia nati*".

No fueron, sin embargo, las Universidades las que primero realizaron la reforma. Muy por el contrario, por su apego excesivo a las rutinas tradicionales, les cerraron sus puertas y la combatieron, y por eso los primeros intentos de realizar la reforma por medio de esfuerzos colectivos, tuvieron forzosamente que brotar fuera de los recintos universitarios. Así fué como surgieron, en Londres la *Royal Society* (1645) y en Florencia la *Accademia del Cimento* (1657), o sea "del experimento".

* * *

Apenas hace media centuria que la reforma científica empezó a ser realizada por las Universidades más progresistas, que desde entonces —y

no por mera coincidencia— entraron en una etapa desconocida de progresos. Sin embargo, la situación que en ellas guarda el hombre de ciencia no es definitiva, pues hay todavía quienes lo miran, así como a sus departamentos, como algo indeseable y que sólo se tolera por vía de ensayo (Fulton).

Si tal cosa ocurre en los países de tradición y abolengo científico reconocidos, nada de extraño tiene que en los de habla española el movimiento de reforma haya procedido con paso mucho más perezoso. Sus institutos universitarios abundan todavía en profesores dedicados a la torcida finalidad que Bacon ya criticaba a los profesores de su tiempo, de buscar el conocimiento tan sólo para conquistar a los demás hombres en beneficio de sí mismos o de sus cenáculos. Todavía se descubren en ellos profesores dedicados a la enseñanza de las disciplinas de base netamente experimental, que son escogidos sobre las mismas bases que según Starling estaban en uso en Inglaterra hace un siglo, de que parezcan tener “basta erudición y simpatías” y que se muestren “abiertos a las nuevas ideas y familiarizados con los conocimientos recientes”. Como consecuencia, aunque se les oiga declararse partidarios del método experimental, se comprueba que sólo lo aplican *in mente* a experimentos hechos por otros, que ellos admiten o rechazan de acuerdo con sus simpatías. Pero los profesores de competencia adquirida y mantenida por medio de la experiencia y ejercicio constante en el método experimental, son todavía muy raros en los países de habla española.

Como además los medios universitarios hispanoamericanos siguen por lo general saturados por la preocupación, por lo “práctico” y lo que pueda ser utilizable de modo inmediato para el ejercicio de las profesiones, resulta que con ello han venido manteniendo en acción un poderoso factor de su retraso evolutivo. Hace tres siglos ya se criticaba a las grandes instituciones y colegios de la época, el que “todas estuviesen dedicadas a las profesiones y ninguna a las ciencias”, y el que a los estudios fundamentales atendiesen tan sólo “de pasada”. Sorprende que sin ninguna variación puedan aplicarse, hoy día, las mismas palabras, a la mayoría de nuestros medios universitarios, cuyos componentes siguen actuando ajenos al verdadero ideal universitario de no sólo difundir conocimientos, sino además contribuir a edificarlos. Por eso en las más de nuestras Universidades, ni hay verdadero interés por la investigación ni se consiguen fondos adecuados para que sea realizada.

Notable en cambio es la pujanza —a menudo acompañada por la pasión— con que se ve en ellas a profesores ayunos del ideal científico oponerse a que tanto la enseñanza teórica como la del laboratorio tiendan a que los alumnos se habitúen a dejar el plano de lo superficial y a penetrar a la esencia de los fenómenos, guiados por la filosofía experimental. Y lo más grave es que entre las filas de la oposición se ven a veces ir a formar hasta a los que deberían estar encargados de promover el progreso de la enseñanza.

Por todas estas razones urge seguir luchando por que llegue a realizarse en nuestras Universidades la reforma basada en la comprensión de la filosofía experimental.

Cuando Bacon aconsejó a su Rey que así como pagaba espías de los demás príncipes y Estados, pagara también espías y escudriñadores de la Naturaleza, sin cuyos servicios “viviría mal avisado”, lo que pretendió fue señalar a los gobiernos la obligación que tienen de fomentar la adquisición de conocimientos naturales como el medio más adecuado para lograr el progreso intelectual, material y social de los pueblos que dirigen.

Sin embargo, tuvo que pasar tanto tiempo para que su indicación fuera atendida, que sus primeras ejecuciones formales también apenas pasan de media centuria.

En México el Estado acaba de reconocer como deber inaplazable, el de hacerse cargo “de la tarea primordial de organizar, sostener y fomentar en todos sus aspectos la investigación científica”. Además, con declarar que la investigación es “antecedente y soporte de toda enseñanza superior, hasta el punto de que resulta muy difícil separar las cuestiones concernientes a la investigación, de las concernientes a la enseñanza”, ha venido a prestar apoyo a una cuestión fundamental para el progreso científico que en contra de oposición más o menos viva, hemos venido sosteniendo desde antes en nuestra Facultad de Medicina.

Sin embargo, como es seguro que el alto propósito gubernativo no llegará a dar apreciables frutos mientras su ejecución no llegue a quedar íntegramente confiada a personas que por su propia experiencia se hallen identificadas con los métodos científicos de investigación, procede que entre tanto sigamos trabajando por la difusión de la filosofía científica, con cuyo ejercicio tendrán la preparación más conveniente y la capacidad necesaria, los ejecutores que requiere la más alta e impersonal de las revoluciones que necesitamos.

Tan seguros estamos de los benéficos efectos de la obra de Harvey, que por anticipado nos alegra considerar que entre ellos se contará el de hacer que los jóvenes de los países hispanoamericanos empiecen a sentirse llamados por las verdaderas vocaciones científicas en la misma forma en que nos consta que lo vienen siendo los jóvenes de los países que nos han precedido por el camino de la cultura y del progreso.

Hasta ahora las vocaciones científicas han sido excepcionales en los países de habla española, pero es preciso despertarlas para que con ello surjan hombres que por encima del afán de riqueza o de dominio de los demás coloquen las satis-

facciones de la conquista de la Naturaleza en beneficio de los demás hombres.

Para fortalecerse en tan altos propósitos, debe saber la juventud hispanoamericana que ya cuenta con hermanos mayores de su raza, que como Bernardo Houssay han podido exclamar con satisfacción después de un cuarto de siglo de laboriosa y fecunda jornada, que están contentos de haber salido ganando con haber sabido escoger lo mejor, que vale más que el dinero.

NOTA: Se han omitido intencionalmente las citas bibliográficas, en atención a que podrán ser halladas en la obra citada en este artículo.

CARTA TAL VEZ DE MAS

I

POR causa tuya, oh amada amiga mía, estoy pasando ahora uno de los trabajos más amargos y duros de mi vida. No creas, sin embargo, que en esta frase haya querido poner intención contra tí, si lo parece, pero su tono es debido solamente a una exaltación refleja de mi mal contenida nerviosidad. Para enmendarlo, debo apresurarme a añadir que el culpable, que el único verdadero responsable soy yo.

Ah, mundo éste, no se queda con nada. Se pueden gastar lujos y vivir de fiado por más o menos tiempo; pero a la larga no hay quien no acabe siendo el hijo de sus obras, y cuando llega la hora de las cuentas, es preciso hacerlas exactas, que pagar al centavo. Para mí era muy dulce alegría, vivir paladeando el delicioso sabor de entender que me tienes en concepto de bueno e inteligente. Compréndelo. En esta opaca y sorda lucha del vivir, todos necesitamos alguna recompensa. No importa si no la merecemos; antes, parece ser que quien la merece menos es quien la necesita más. Yo estaba harto necesitado, y mira, con este engaño tuyo, y el de otras dos o tres buenas personas que te secundan, me las he arreglado para vivir conforme, para llegar a sentirme compensado del humilde y nada envidiable patrimonio de dones naturales que me ha tocado en suerte. Mi pecado puede ser, o no, un pecado grave; pero las satisfacciones, las dichas y todo cuanto con él he obtenido, al fin, como pagadas con engaños, han estado defraudando a la realidad, han quedado debiéndole. No tiene, pues, por qué sorprenderme que, llegado el plazo, se me presente inflexible, dura, en una palabra, tal y como es, a reclamar su deuda,

POR EFREN HERNANDEZ

Aquí frente a mí tengo tu última. Dice en una parte: "...y le ruego me haga el favor de explicarme el verdadero significado de la palabra cultura". Y un poco más adelante: "Y otra cosa que también me tiene llena de perplejidad es el enigma de por dónde y cómo iremos a caminar ahora que hemos perdido el astro de orientación que era para la humanidad la creencia en Dios". Estos cortos renglones significan para mí tanto como una demanda por una deuda que no admite excepciones, ni dilaciones, ni transacciones, que tengo que reconocer y que pagar y que, no obstante, no tengo con qué pagar.

Lo haría desengañándote, haciéndote una confesión franca y sincera de la monstruosa esterilidad de mis insolventes sesos; pero me temo no vayas a tomarlo a egoísmo, a negligencia o a modestia. Te aseguro que no se me ocurre un solo sacrificio que no hiciera gustoso por refrendar mi prenda. Y no lo dudes. ¿Qué otra cosa podría querer yo, si me miro en la niña de tus ojos, sino elevarme a ser como ellos me sueñan? Pero pues cada cual ha nacido con su marca y no hay quien pueda añadir un codo a su estatura, más pura acción haré si me resigno a entregártele en espectáculo y a que me mires leal y genuinamente como soy.

Voy a empezar de pronto, sin dilaciones, como quien se mete de golpe en agua fría; pero primero, para agotar el cáliz, quiero hacerte saber que, tanto en la primera como en la segunda explicación correspondientes, respectivamente a tus preguntas, he de esforzarme en resolver hasta el extremo, de manera que quedas advertida: no voy a tratar sólo de salir del paso, sino a conducirte hasta

el último límite de la profundi-claridad, sutileza, a que puedo llegar, merced a esta especie de hueso de jicama que en mi cráneo funge y se da tonos de antorcha y de cerebro.

Empiezo:

Cultura, si se la buscara con un espíritu virgen de elaboraciones y refinamientos, desembarazado de toda suerte de prejuicios, desde un punto de vista del todo impreocupado y natural; quiero decir, si tratáramos de encontrarla tal y como ella es en medio de su vida familiar ordinaria, vestida a lo casero, y así como andaría en el momento de encontrarse bajo un estado de ánimo y de cuerpo materialmente opuesto a aquel en que se pone uno cuando piensa en ir a que le hagan un retrato, o bien, para expresarlo más incircunlóquicamente, así como estaría a fines de una semana de no preocuparse en lo más mínimo de su apariencia personal, cultura, repito, vendría a ser algo así como cultivadura.

No me consta si existe o si no existe esta palabra, y aún hay más, aun cuando supusiera y diera como un hecho probado el de su existencia, no llego a comprender ni a imaginar del todo su significación; pero una fe instintiva me asegura que puede sernos útil. He oído decir, no sé en qué parte, ni por qué lo recuerdo ahora, que la llaneza, la simplicidad, la naturalidad son una maravilla de ayudantes en las cuestiones muy profundas y muy complejas, y ¿para qué ocultarlo? Esta expresión cultivadura me sabe a fruto simple, me da la sensación de ser un término naturalísimo; tanto, que ahorita mismo, mientras se me ocurría, me pareció haberme trocado en un ser sobremodera rústico, con una personalidad bien definida de labriego, con una mente de pastor y con un cerebro, ni un punto más ni menos, simple y natural, que una piedra del cerro que no ha venido nunca a la ciudad, sino que, por el contrario, toda su vida la ha pasado abandonada a la silvestre influencia, hundida en el agraz regazo de la naturaleza.

Ahora bien, vamos a ver si es cierto esto que en pro de la ingenuidad y contra el artificio dicen. Empezaré por ver si me es posible explicarte lo que, en caso de existir, podría significar cultivadura. ¿Sabes qué cosa quiere decir cultivo? Cuando oyes decir, el cultivo del trigo, el cultivo de la amistad, el cultivo de la remolacha, el cultivo del músculo, el microzoocultivo o el cultivo del arte, etc., etc., ¿no entiendes? Pues esto, exactamente esto, es lo que quiere decir cultivo. Dicho en concreto: Cultivo es el conjunto de actividades que se ejecutan con el fin de que una cosa, la que se cultiva, se acreciente, se multiplique y mejore.

Y esto es cultivo, y esto mismo, casi esto mismo es lo que es cultivadura, con sólo la diferencia de la pequeña desviación a que la lleva la desinencia

adura, que causa, por componerse de dos partes, dos efectos: con la primera la vuelve participio: cultivado, y con la segunda, a más de la primera, la hace abstracta: cultivadura.

Esta ciencia es secundaria gramática; un poco de gramática y un poco de glosología, te bastarán para perfeccionar por nota los tentaleos únicamente líricos y empíricos con que yo te voy conduciendo de la mano, con pasos que a la lengua dan la nota de que el guía pisa estos terrenos por primera vez y anda ignorante, apenas estudiando y explorando y adelantando al tino.

Tenme paciencia, no pretendas de un pobre usurpador la habilidad de un sabio legítimo. Déjame ir andando según mi propio modo. Yo no podría decirte qué cosa es participio, ni cómo se define una abstracción, según el arte y la ciencia; pero observarlo sí, con implemento humilde, aprovechando la propiedad inmerecida de los ojos, porque la luz se distribuye igualmente en la retina del pobre y del rico, del sabio y del ignorante, del tonto y del inteligente. Lo mismo que cualquiera, puedo tomar yo un sustantivo, convertirlo en adjetivo o en verbo o en participio, examinar sus cambios, sus funciones y los diversos mundos a que va naciendo, y si no doctamente comprenderlos, al menos transcribirlos e irlos para tí, según mi alcance, notando y anotando, copiando, enumerando y refiriendo.

Sea dulce el elegido entre los sustantivos, el sustantivo dulce (y así sea y eficaz el fruto que nos deje, no amargo). Dulce, en su papel de sustantivo, representa y viene a la oración a desempeñarse en substitución de un objeto cierto que en la realidad existe ciertamente, del cual no hay para qué dar señas, porque no es necesario, pues lo conocemos todos. Ahora bien, si le añadimos *ado* lo habremos transformado en participio: dulzado. Y he aquí, dulce que, como he dicho, mientras estuvo solo fue un objeto real, desde, o a partir del momento de su conjunción con *ado*, se ha convertido en una atribución, en una cualidad, en una idea cuya razón de ser depende de otros objetos, so pena de salir, de retirarse a una inexistencia más profunda. Antes era algo y se podía llevar entre los dedos, quebrar entre los dientes, guardar en el recinto de una caja; pero ahora, ahora ya no puede ser hallado en otra forma que absorto, transubstanciado en otros sustantivos. Es como si en el agua de un vaso de agua hubiera caído un grumo de mermelada, y se hubiera disuelto, y ya hoy morara ahí distenso, con una vida atada, expropia, enajenada.

El dulce, la mermelada era por sí, estaba en sí, podía dar su cuerpo en testimonio de su existencia; mas luego lo ha perdido, se ha convertido en la cualidad que al transfundirse en el agua ha

incorporado al agua. Y aquello es lo que era el dulce y esto es lo que es lo dulzado. En suma, un mismo concepto en, como si dijéramos, dos grados de una escala que partiendo abajo del ser puro, se hundiera en lo alto hacia la pura concepción.

(Para justificar esta imagen, tal vez no resulte del todo impertinente recordar que se está hablando de fenómenos del lenguaje, el cual se ha desprendido y depende del orden conceptual que es el espíritu).

Y ya no falta sino ver el cambio que experimenta con la adición de la postrera parte del sufijo, o sea *ura*. Tenemos dulzadura. Dulzadura es un concepto desprendido en absoluto del mundo objetivo y del participativo, refundido en lo abstracto, irreal desde el punto de vista de los objetos, verdadero sólo para la conciencia, existente sólo para el sujeto. Las cosas, los objetos, no lo saben. Y este es un tropiezo, una dificultad; estoy por declarar que es un obstáculo insuperable. Porque es tanta mi impersonalidad, que casi no soy persona ni sujeto, soy más bien una cosa a la que se le ocurren ideas por una graciosa propiedad. Yo, pensando, estudiando, investigando, me causo admiración, me lleno de un asombro semejante al que me causaría ver hablar un conejo. Me parece cosa evidente que si un empresario de circo me localizara, me contrataría para exhibirme en compañía de otras rarezas: el mono que toca el violín, el asno que sabe leer, la cosa que piensa.

Te lo explico para hacerte patente la magnitud del obstáculo con que tropiezo para meterme en el mundo de lo abstracto, siendo, como ya te digo, casi nada más un objeto.

Pero mira, acaba de ocurrírseme una forma. Vamos a ver qué es lo que resulta. Imagina que han muerto algunos dulces, que es día de todos santos, que el mundo se ha poblado de muertitos de azúcar, que todos los padrecitos esos de garbanzo y papel, que salen de sus hormigueros el día primero de noviembre de cada año, llenan la tierra y andan muy atareados, ocupadísimos en cosas de su oficio, como son el oficiar exequias, acompañar duelos, presidir cortejos y ofrecer sufragios por el alma de los fieles alfeñiques difuntos. Y que allá en el país o seno de las almas del condumio, la cocada, el alfajor, etc., sus actos hallan gracia, y se atienden sus preces, y el celestial portero abre de par en par las puertas y deja entrada franca a los hálitos que, a manera de un humo invisible, se apartaron de los cuerpos de todo cuanto ciudadano almibarado había en las dulcerías. Aquí, al alcance de los tardos sentidos con que aprehendemos las cosas de este mundo, están los cuerpos de aquellos que en vida se llamaron dulces; pero su espíritu, su ánimo, no está; salido fue de ellos y ha ido a refundirse al seno del Padre, del Abraham que

los maestros llaman *ura*. Pues bien, esto que ha llenado aquel alto recinto, no es el sustantivo dulce, ni el participio dulzado, sino el concepto conceptual, la abstracción dulzadura.

Y aquí tienes la pobre explicación que puedo dar acerca de lo que es un participio y de lo que es una abstracción. No es ni muy cumplida ni muy pura. Pero ¿a qué seguir? Por una parte, tú entiendes estas cosas mucho mejor que yo; por otra, bien poco es lo que puede esperarse de una cosa tan humilde y tan humildemente pensativa, y por último, no he tenido tiempo de estudiar suficientemente los secretos de las ciencias glico-metafísicas; mi vida ha sido amarga y sólo sé la ciencia y la experiencia, aquellas por cuyo sabor se ha dicho: quien añade sabiduría añade dolor; pero aún tengo la traza de recurrir a tí; pues por algo han conservado tus ensueños una silla en la mesa capital, y en el foro del propio paraíso; justamente la patria que te digo, harto entristecido, que me está vedada; la omnipotente corte donde la fe dispone a su talante el orden y los sitios de las propias montañas, la ingenuidad titánicamente bien aventurada y todopoderosa, de cuya fuga se lamenta mi espíritu, diciendo: ay, inocencia, no de tí, ay de mí, inocencia, porque te he perdido. Ay de los secos, de los positivistas, quien juzga su inocencia y analiza su fe, desintegra las rosas de su vida, clava sus mariposas entre agujas, crucifica sus ángeles, consume la riqueza de sus huesos... Pero todavía me queda la traza de recurrir a tí. No hay que ir muy lejos. Dulzadura. ¿No ves claro? ¿No te acuerdas de nada? Por lo que mire a mí, no puedo decir otra cosa, sino que, en agua, en agua, amiga mía, se deshace mi boca. Hasta el enternecimiento se ahonda y se disuelve la cuenca de mi paladar; parece que he adquirido en las seis glándulas llamadas por parejas, sublinguales, linguales y parótidas, un alacrimógeno sentido, un órgano no usado, una compuerta inédita del llanto.

Derraman larga vena,
los ojos, hechos fuente.

Así era solamente "como decíamos ayer"; pero hoy y de hoy en más, tendremos que acudir en ciertos casos a una fórmula gemela:

La boca, vuelta fuente,
derrama larga vena.

Espero que comprendas: no me es dado seguir. La entrada, en cambio, para tí está franca, pues es la de tu alcoba y de tu patria.

Recuerda: dulce es un objeto, dulzado una participativa consubstanciación, y dulzadura es... eso es, aquí es en donde debo detenerme, y tú, su-

plirme. ¿No ves claro? No te acuerdas de nada? ¿O es que te has olvidado aun de tí misma, o que has mudado hasta el punto de perder hasta tu sombra, hasta dejar de ser lo que eras en el alma, oh, síntesis angélica de todos los azúcares y toda la dulzura?

Pero, ¿por qué?—preguntaría yo en tu caso—, ¿cómo es que ya hemos llegado a dulzadura? Lógicamente estábamos entrando a dulzadura apenas, y ahora, de buenas a primeras, sin ningún surcido y sin ilación alguna, brincamos a dulzura. ¿Qué es lo que hay que ver en esto, un truco o un descuido, una artimaña o una precipitación o inadvertencia?

Ni un truco ni un descuido. Muy cierto es que parece ser así, pero en caso de serlo no ha sido un truco mío, ha sido un truco del idioma. Y en mi humilde concepto no constituye falla. Se debe sólo a un acto de obediencia y disciplina en que la realidad se impone a la mentira que es toda ficción, así sea la muy científica y matemática llamada regla de falsa posición. Míralo humildemente; dulzadura no existe; fue sólo un auxiliar, vana ficción y, como tal, y tal como era de esperarse, se ha tornado a la nada, al vano seno de donde había sido sacada.

Y ello es un prodigio, una coincidencia prodigiosa que acabo de advertir. Cultivadura está en el mismo caso que dulzadura, tampoco existe. Si quieres, ve y búscala en el mundo, mas buscarás en vano. Todas las pesquisas en que te empeñes no te servirán para otra cosa que para enseñarte que cultivadura es un disparate, que la única voz genuina es cultura. Y, digo yo, de la aparición de esta palabra no me podrás culpar. Y fíjate, considera y explícame, si puedes, ¿en qué consiste que dulzadura sea a dulzura, como cultivadura es a cultura? ¿Cuál guía, qué luminoso espíritu invisible y no sentido, nos ha ido trayendo por tan rectos, equidistantes y paralelísticos caminos?

De allá quise traerte aquí, entré por donde no sabía y ya hemos llegado. Aún nos falta un trecho. ¿Qué es Cultura? Dentro de algunos días lo sabrás. Por de pronto, conténtate con esto. Me siento fatigado. Empiezan a juntarse en torno mío los árboles y las malezas de la empañada selva del sueño y del cansancio. Cultivo, cultivadura, cultura. He aquí el itinerario. Cuando le hallamos dado cima entraremos al otro, al que te consolará de la inquietud que sientes al pensar a cuál rumbo se irá a volver la humanidad ahora "que ha perdido el astro de orientación que era para la humanidad la fe en Dios".

ENSAYO SOBRE EL CONCEPTO DE LA HISTORIA

Por ROBERTO RAMOS, DANTES

LA HISTORIA es el estudio de los hechos; se refiere a lo que ha acontecido. El concepto se determina por sí mismo esencialmente, y así, parece contrario a su determinación. Cabe, sin duda, reunir los acontecimientos de tal manera, que nos representemos que lo sucedido está inmediatamente ante nosotros; pero entonces habrá que establecer el enlace de los acontecimientos, habrá que llegar al descubrimiento de la HISTORIA PRAGMÁTICA, o sean las causas y fundamentos de los sucesos.

Debe entonces representarse que el concepto es necesario para ello, sin que por eso el *concebir* se ponga en relación de oposición a sí mismo. Ahora, que de este modo los acontecimientos siguen constituyendo la base de la HISTORIA, y la actividad del concepto queda reducida al contenido formal, universal, de los hechos, a los principios y reglas.

Sabemos que el hombre, creador de la HISTORIA, es un ser pensante. En todo lo humano: sensación, saber, voluntad, etc., hay un pensamiento; por consiguiente, también lo habrá en toda ocu-

pación de la HISTORIA. Estos pensamientos, lógicamente, serán creados y dirigidos por la razón; empero, si la razón es una de las leyes que deberían regir al mundo, ¿la HISTORIA habrá transcurrido también racionalmente?

Entonces, la HISTORIA se refiere a los hechos; pero, ¿qué clase de hechos? Siendo como ha sido, creada por el hombre, habrán de ser los hechos humanos, y, como humanidad y sociedad son conceptos concomitantes, llegaremos a la conclusión de que: la HISTORIA será *el estudio* de las causas, los fundamentos y la sucesión de los acontecimientos sociales; pero un *estudio* consciente, sin prejuicios extraños, ajenos a quien, al realizar *el estudio*, pensar, razonar, y sacar conclusiones, le hagan obtenerlas totalmente falsas, de tal modo, que lo lleven al error histórico, el cual, con la secuela pedagógica seguida hasta la fecha, ha imperado e impera hasta hacer que desaparezca, como ha desaparecido, la verdad histórica. ¡La verdad histórica no existe! La HISTORIA ha sido y será, salvo raras excepciones comprobadas por la ciencia (auxiliar valioso de la HISTORIA) un cúmulo de sofismas tendientes a loar al individuo, a crear falsos héroes, en realidad grandes asesinos, y a robustecer en la inconsciencia colectiva, el estúpido egoísmo de los pueblos bautizado por los necios con el pomposo nombre de "patriotismo".

La HISTORIA debe arrojar la carga de individualismo llevada a cuevas hasta la fecha; debemos buscar en ella un fin universal, un fin común a la humanidad, y no una finalidad del espíritu subjetivo o del ánimo, ni las pasiones, ni las energías, ni los destinos de los pueblos junto a los cuales se empujan los acontecimientos. Debemos buscar en ella lo infinitamente concreto, que comprende todas las cosas, que está presente en todas partes. La HISTORIA en afinidad con las ciencias deberá estudiar: desde el cosmos, ese conjunto de cuerpos que vagan en el espacio, de los cuales el más cercano a nosotros está a una distancia inapreciable para los sentidos humanos, hasta llegar, de etapa en etapa, al conocimiento de la tierra, esto es, del planeta que habitamos, porque del proceso evolutivo del mismo depende el hombre, de sus condiciones físicas, del medio ambiente, etc., que son factores determinantes en las causas y fundamentos históricos. El primitivo hombre cuaternario y las especies humanas subsecuentes fueron esclavos del medio, todos ellos, inadaptados, sucumbieron; solamente después, ya mejor dotados los hombres por el proceso evolutivo sufrido por las razas, pudieron conservarse, ya que, con el acervo de invenciones que paulatinamente invadía a aquellos seres, fueron neutralizando la acción del

medio, acción que, aún hoy, es determinante en los caracteres somáticos y morfológicos del hombre.

Para llegar al conocimiento del planeta en que vivimos son necesarias consideraciones físicas, astronómicas, geográficas, biológicas, etc., ya que en la actualidad se ha pasado del período de las sonjeturas, a un plano mayor de conocimientos suficientes para externar juicios que no hace doscientos años, hubiesen parecido inconcebibles. La edad de la tierra pasa, seguramente, de los dos mil millones de años; y si en el espacio, lo mismo que en el tiempo, nuestro planeta es una ínfima parte, un pequeño grano de arena perdido en el incommensurable océano del infinito, júzguese la soberbia necesaria para hacer el estudio de la HISTORIA, (relación de hechos de la humanidad dentro del mundo) relación ingenua de los acontecimientos efectuados por un grupo de seres bobos, llenos de admiración y de odio, exterminándose entre sí, en mil formas y de mil modos; siempre en busca de la manera más fácil para acabar con sus semejantes, alegando para ello banalidades: religión, raza, patriotismo, que en todos y cada uno de sus casos son inmensamente falsos.

Al estudio de tal materia vamos a dedicarnos, y la biología, la astronomía, el derecho, todas las ciencias, en fin, habrán de ponerse a nuestro servicio para llevar a cabo de una manera clara y precisa el estudio de la HISTORIA.

Desde el sub-hombre de Neanthertal, desde el hombre Cro-Magnon, desde el hombre paleo-americano, hasta las grandes civilizaciones contemporáneas, a las cuales se ha llegado a costa de verdaderas carnicerías colectivas, que no eran otra cosa que "conquististas" de un pueblo a otro más débil, y de los que surgieron organizaciones más perfectas (?) y se fundó el Estado, en el cual ya hubo amos y siervos; y de esos Estados cuya estructuración jurídica y social quedó a cargo de los amos, surgieron las naciones.

Pasó el tiempo, y llegó un momento en que los siervos despertaron de su letargo, les asaltó el pensamiento de que podían ser libres y no faltaron locos e idealistas que lucharan por su emancipación; de tal manera, que los amos se encontraron de pronto con que ya no tenían derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, cayeron por tierra los sistemas feudales; mas aquéllos, no conformes con perder el control de sus esclavos, se echaron en busca de una fórmula, y la encontraron; les dieron el nombre de obreros, ellos se autotitulaban patrones, banqueros e industriales y todos contentos siguieron como siguen: el esclavo, el ilota, es el actual proletariado; el antiguo señor feudal, llamase hoy capitalista.

Se ha pasado por fases tan conocidas, en el constante devenir histórico, que no haremos sino posar

una mirada sómera sobre ellas. Encontramos en este ligero examen que la HISTORIA no es sino una eterna repetición, veamos: 790 años antes de J. C., conquista de Egipto por los etíopes; 200 años pués, toma de Nínive por los caldeos y medos; cien años transcurren y Ciro el persa se lanza a la conquista de Croesus; luego vienen las guerras púnicas que sumen en la estupidez al culto pueblo griego; aparece Roma, pueblo de conquistadores, encuentra que Cartago se opone a sus rapiñas y se entabla la lucha, hasta quedar el pueblo cartaginés convertido en un montón de escombros humeantes; después se suceden las guerras contra los godos, los galos, los vándalos y hunos.

Y sigue, sigue la eterna guerra entre el rebaño conducido por un puñado de ambiciosos que se titulan emperadores, reyes, papas, príncipes y generales. Así aparecen en la HISTORIA nombres odiosos como Alejandro, César, Tamerlán y Napoleón, hasta culminar con los grandes estrategas y no menos ambiciosos como Foch, Hindenburg y Pershing, los que lanzaron a la carnicería más grande que registra la HISTORIA a millones de seres en nombre del "patriotismo", y bajo la presión de un grupo de judíos prestamistas y fabricantes de armamentos.

Esa es la HISTORIA, así la aprendemos, y aún nos exaltan el amor patrio con el odio a los pueblos que en pasadas épocas pretendieron subyugar, o subyugaron al nuestro. "¡Esos pueblos —nos dicen— son nuestros enemigos naturales! ¡Seamos patriotas—eso nos inculcan—, muramos antes que ver subyugada a nuestra patria!" ¡Idiotas! Nadie es capaz de ver más allá de sus narices. ¿Qué culpa tiene el soldado de cualquier país que invade el nuestro, si viene obligado, engañado, si ignora que su muerte sólo beneficiará a unos cuantos mercachifles, y que los suyos morirán porque él, único sostén con que contaban, ha desaparecido en aras de un falso ideal?

Sabemos que la reflexión pensante es la que prescinde de la diferencia y fija lo universal, que debe obrar de igual modo en todas las circunstancias y rebelarse en el mismo interés. El tipo universal puede también rebelarse en lo que parece más alejado de él. ¿En el rostro más desfigurado se puede buscar y encontrar lo humano? ¿Puede haber una especie de consuelo y compensación en el hecho de que quede en él un rastro de humanidad? ¿Sí o no? Lo más probable es que no, pero sea como sea, con este interés, la consideración de la HISTORIA UNIVERSAL pone el

acento en el hecho de que los hombres han permanecido iguales, de que los vicios, más aún que las virtudes, han sido los mismos en todas las circunstancias y en todas las edades.

Ahora bien; ¿con el conocimiento de la HISTORIA qué perseguimos? El interés es de índole substancial y determinada: es una religión, es una ciencia, o es un arte.

En la actualidad, el individuo se encuentra ligado a intereses esenciales de clase, por fuerzas que, de convencionalismos fijados por hombres ajenos a él—que no ha tomado en ello parte alguna—han llegado a la categoría de leyes, dictadas por esos hombres que se tomaron el derecho de hacerlo, atendiendo únicamente a intereses personales cubiertos por el velo de patria, religión, saber, rectitud y moral. ¿Qué le queda entonces al ente humano? ¿Qué papel va a representar en el drama humano, en el cual lo más probable es que sólo le toque el rol de fantoche? Solamente le queda la libertad de elegir, muchas veces a ciegas, los círculos particulares a que quiera adherirse.

Pues bien, la HISTORIA UNIVERSAL, cuyo estudio perseguimos, es eso mismo, hallamos a los hombres ocupados en tal contenido, llenos de tales intereses.

El curso de la HISTORIA debe ser cambiado. ¿Hasta cuándo terminarán esas dosis mortales para los pueblos, como para la humanidad entera, de HISTORIA cubierta por un manto que destila sangre? Que la HISTORIA deje ya de ser el conocimiento de las matanzas, de las carnicerías llevadas a cabo en aras de idealidades falsas, y que esa misma HISTORIA desenmascare a los tiranos devoradores de cultura, de civilización y, por ende, de humanidad. Que esa misma HISTORIA saque a los hombres de su error y les enseñe que el mundo no se hizo para teatro de las guerras. Que les enseñe que no es asesino el hombre que mata a otro por esta o aquella circunstancia, que les enseñe que éste es un vulgar matoide, y que el verdadero asesino sin entrañas es aquel que, por cuidar los intereses de un grupo ínfimo de su pueblo (tan ínfimo que lo puede contar con los dedos de una mano) se torna implacable, y lanza a todo ese desdichado pueblo al matadero. ¿Que esa misma HISTORIA haga que los mercachifles, financistas y grandes capitanes de industria, sean, como los mercaderes de Jerusalén, arrojados ignominiosamente; mas no por un profeta, no por un hombre, sino por todos los hombres, por la humanidad entera!



Gonzalo de Berceo

Por AZORIN

SE han celebrado recientemente unas simpáticas fiestas literarias en honor de Berceo. Gonzalo de Berceo es un poeta de nuestros días. No creáis a quien os diga que Gonzalo de Berceo nació a fines del siglo XII y escribió a principios del siglo XIII; eso son ficciones de eruditos. Se presta a esa ficción Berceo, por haber tenido el capricho de escribir en fabla antigua; otros poetas de este tiempo escriben en parla que nadie entiende; no dejan por eso de ser buenos poetas. El pueblo nativo del poeta fue Berceo. Berceo es un pueblecito de la Rioja, en el partido judicial de Nájera. La Rioja es una de las más bellas regiones naturales de España. España es, en Europa, en el mundo, el país que cuenta con más diversas y pintorescas regiones naturales. Entre las plácidas y feraces, cual la Rioja, están el Bierzo, la Bureba, con su capital briviesca; la Vera, en Cáceres; la Hoya de Castalla, en Alicante; la Alcarria, la Plana de Castellón. La Rioja es una tierra alegre y fecunda. Figuráos, en un pueblecito, en Berceo, una calleja con casas blancas, enjalbegadas de nítida cal. Y en una de esas casas, un cuartito también con las paredes albas. Ha nacido en este aposento el poeta. No podemos decir si esas cuatro paredes son de ahora o de antaño, del siglo XX o del siglo XII. No hay en esos muros nada que indique tiempo ni que marque espacio. Y no habrá tampoco en las cuatro paredes de un monasterio que nos pueda dar indicio de si estamos en la centuria actual o en la Edad Media. Gonzalo de Berceo ha tenido una infancia tranquila y apacible. No le ha sucedido nada que pueda contarse. Desde primera hora, sus ojos han contemplado un paisaje risueño y verde. Desde el primer albor de su vivir, el espíritu, la sensibilidad toda, el juicio, han marcado serenidad y equilibrio que el poeta ha de dejar

señalados en sus versos de modo vigoroso y expresivo. Y con la serenidad y el equilibrio, un sentir humano y piadoso de la vida, que es lo que, ante todo, le hace ser contemporáneo nuestro. Siendo joven sintió nacer inclinación por la Iglesia, y fue clérigo. Conocía Gonzalo a unos monjes que vivían en la comarca. Los admiraba y los quería; pero él no abrazó la rigurosa observancia de la vida monástica. Se contentó con ser un clérigo adscrito al monasterio. Y como un monje, sin serlo, sin las estrechas obligaciones del monje, vivía en el monasterio el poeta.

Y aquí, en el monasterio, tenía su celdita. No era distinta la celda monástica de lo que fue el aposento en que naciera. Cuatro muros blancos, una mesa de pino sin pintar y dos escabeles también de pino: eso era todo. Una ventana daba al campo. No necesita más el poeta. Y esto es lo que todo poeta debe pedir. Y sin esto, creedlo, poetas, no hay verdadera poesía. No la hay sin la sencillez, sin el silencio y sin la soledad que nos hace recogernos sobre nosotros mismos. Y si antes no podíamos decir si estábamos en el siglo XIII o en el XX, ahora en esta celda, no podemos decirlo tampoco. Muros blancos como éstos los hay en todos los siglos; una mesa de pino y dos escabeles son cosas que se hallan fuera del tiempo. Y si nos asomamos a la ventana veremos el mismo paisaje que vería Berceo. Lo vemos hoy como lo hubiéramos visto en 1233. La campiña se extiende riente, pintoresca. Hay herreriales verdes. Se yergue un macizo de álamos de trecho en trecho. Cierra el horizonte la pincelada suave de una montaña. ¿Es todo esto real o es una miniatura de la Edad Media? El cielo está azul y el silencio es profundo. En esta soledad, y rodeado de este silencio, escribe en su celda Gonzalo de Berceo. Lo que escribe es cosa de una viva actualidad. En su "Vida de Santo Domingo de Silos" ha expuesto el poeta lo que hoy llamaríamos su ideario. No lo hay ni más moderno ni más humano. Lo que él dice es cosa que, como las blancas paredes, no reconoce límites en el tiempo. Perdonadle su manía de escribir en anticuado lenguaje. No tendremos que explicar, al citarle, sino alguna voz. Todo lo demás lo comprenderéis fácilmente. En los versos que van, en la citada obra, del 464 al 475, es donde Berceo nos muestra su ideal. No tengáis odios ni seáis rencorosos —nos dice—. No tengáis supersticiones ni creáis en agüeros. No os disipéis en amores ilícitos y efímeros. Que los hijos no desaparen a sus padres en la vejez. La limosna es cosa que no debéis olvidar nunca. La caridad es lo primero de todo. Y seguramente que Berceo, tan limosnero, no pone reservas en sus caridades. Socorrerá al pobre, sea de donde fuere. Amparará al necesitado de justicia, sea el necesitado de justicia de Nájera o de Pradoluengo, de Ezcaray o de Torrecilla; sea, con relación a la sierra de la demanda, cismontano u ultramontano. No le preguntará a un necesitado de justicia si es rico o pobre. Estas restricciones las hemos inventado nosotros ahora. Tenemos ahora nosotros menos ensanches generosos que en la Edad Media. No seamos parcos en nuestras caridades. Lo que demos a un pobre, siempre tendremos

seguridad de cobrarlo. Lo cobraremos siempre, porque, independientemente de otros cobros no terrenales, cuando la desgracia o la insania de los hombres nos abatan, nosotros, puesta la mano en el corazón, podremos decir: "He remediado al pobre, he sido caritativo". Y ése será nuestro consuelo y nuestra confortación para poder seguir la lucha.

Hoy nos sentimos atraídos con viva y cordial simpatía, entre todos los pobres, por los pobres que no quieren decir que lo son, por los pobres que, en silencio, sufren su pobreza, por los pobres de la clase media. Y esos pobres abnegados y sufridos son precisamente los que recomendamos a nuestra caridad el poeta.

No piden de puerta en puerta, ni van por andurriales, cual los peregrinos, esos pobres; están retirados en sus casas, "encorvados, cual torcidos clavos, hambrientos", sin publicar su angustia. A sus casas hay que ir a buscarlos y con cuidado, con amor, tal como aconseja la admirable Concepción Arenal, socorrerlos. Tened en cuenta que en el mundo no hay desigualdades naturales. Todos somos hermanos. Y es un hermano nuestro este pobre que, en su cuarto, mísero y desamparado, se ofrece a nuestra piedad. Gonzalo de Berceo lo ha dicho, y nosotros no podríamos decirlo mejor. Esa ley de generosa y amplia humanidad es el poeta del siglo XIII, quien la ha expresado tan bien como un poeta del siglo XX.

Un amor profundo anima a Berceo; amor, tanto por las criaturas como por las cosas. Familiar con el campo y con las cosas del campo, Gonzalo de Berceo tiene —signo supremo de artista— el sentido de lo concreto. Así las cosas, en este ambiente de espiritualismo y amor, adquieren, al ser nombradas por él, al tomarlas como comparanzas, una expresión que las transfigura. Y transfigurado está el vaso de buen vino, y la nuez foradada o vana, y las chirivías, y el pan. Para el pan tiene supremo fervor Gonzalo de Berceo; el apelativo más adorable, más afectuoso, que el poeta Berceo da a la Reina de los Cielos —y aquí está todo el poeta sintetizado— es el de "Madre del pan de trigo".

En 1805 en sus "Principios de Retórica", que en varias ediciones sirvieron de enseñanza a la juventud, D. Francisco Sánchez Barbero preguntaba: "¿Quién tendrá sufrimiento para leer la vida de Santo Domingo de Silos escrita por Berceo?" Que conteste el lector.

(De "La Libertad".—Madrid).

La Provisión de Cátedras

Por ROBERTO AGRAMONTE

LA salida de la crisis universitaria comprende dos etapas que se complementan: la consecución de la normalidad y la superación de las condiciones de la normalidad misma. Si nos conformásemos con alcanzar la mera normalidad, quedaríamos en

una fase de estancamiento. Precisa reconstruir la Universidad sobre nuevas bases. Estamos en el camino de lo primero. La reintegración de la autonomía plena, es decir, el reconocimiento de la Universidad como personalidad moral libre para regir sus propios destinos, la derogación del "status" creado por el Decreto Ley 585, y la satisfacción de las tres peticiones del *estamento* estudiantil, constituyen el tríptico de la normalidad.

Superar las condiciones de la normalidad comporta que la Universidad se entregue a la realización de sus propios fines: docencia eficaz, investigación y extensión universitaria. El primer objetivo supone una nueva clasificación del profesorado en titulares, auxiliares, ayudantes, instructores (personal facultativo propiamente dicho), y profesores extraordinarios. Estos últimos deben ser maestros de reconocido prestigio intelectual, nacionales o extranjeros contratados libremente por la Universidad, para explicar cursos libres de materias especializadas.

El segundo paso consiste en reglamentar el sistema de provisión de cátedras. Las cátedras no deben ocuparse de un modo vitalicio, sino por cierto tiempo. La permanencia en la cátedra debe supeditarse a la eficiencia y al rendimiento. La cátedra se gana con el continuo esfuerzo. La opinión pública científica es el barómetro que indica el rendimiento positivo o negativo del profesor. Corolario de esto es la inadmisibilidad de la enmienda sugerida en el proyecto de Ley de Educación, consistente en que los actuales interinos usufructúen el derecho a la cátedra durante tres años. Esta inamovilidad constituye un privilegio en favor de aquellos que no parecen estar preparados para las pruebas de capacidad que de inmediato se exijan, y en perjuicio de aquellos que lo están. Quien no haya tenido tiempo ni oportunidad para prepararse durante casi cinco años de vacaciones forzosas, menos lo tendrá ahora.

El sistema de provisión de cátedra debe ser mixto. Ha de ensayarse un sistema en que se seleccionen las excelencias de todos los existentes. Claro está que de nada valen los sistemas si los hombres que los ponen en práctica son proclives al fraude y a la injusticia. Recuérdese a Tomás Moro: "Nada será bueno ni perfecto, mientras los hombres no sean buenos y perfectos". La historia de muchas de nuestras oposiciones demuestran esto. Igual puede decirse del concurso. Un candidato puede presentar un alud de obras, de medallas y de diplomas, y ser ineficaz para ocupar una cátedra. Francisco Brentano, el gran filósofo alemán, publicó un mero librito que produjo un cambio total en la ideología filosófica del mundo. Fue el creador de la filosofía de los valores. Su obra siguió un destino tácito y subrepticio. Los hombres que más han influido en el pensamiento europeo actual—Husserl, Stumpf, Meiong y Ehrenfelds—fueron sus discípulos. La filosofía actual, del tipo más riguroso, procede de Brentano. Su producción fue, en cambio, precaria.

Por eso el enjuiciamiento de un aspirante a cátedra no es cosa de suyo sencilla. Toda esa clasificación de "tantos puntos" por títulos y "tantos puntos" por folletos es sencillamente pueril, pues la valoración de una capacidad no puede ser redu-

cida a términos matemáticos. Como decía Goethe: "uno puede comprar la dote de la novia, pero no el amor".

Una vez examinados críticamente el expediente, la biografía científica del candidato y su "experiencia docente", son recomendables determinados ejercicios. El primero debe ser un ejercicio oral, eliminatorio y riguroso, en que se pueda revelar el saber general del aspirante. De mucha importancia puede ser igualmente uno o varios ejercicios escritos, sin consulta de libros, y dándole a los aspirantes 10 ó 12 horas para redactar los temas. En éste se aprecia la nitidez de las ideas, las opiniones personales, la metodología, la propiedad del lenguaje científico. Un mismo tema debe ser desarrollado por todos los candidatos, a fin de poder comparar los trabajos. En un concurso a la agregación de Filosofía, hecho en la Universidad de París, en 1933, se seleccionó como tema: "La muerte y los problemas filosóficos que envuelve". Cada concursante trató el tema desde un punto de vista distinto: unos los basaron en consideraciones biológicas, otros en un criterio dialéctico, otros en un plan místico, otros abusaron del criterio histórico. Pero en cada uno se pudo advertir la profundidad y la plenitud de las reflexiones. En la segunda composición escrita apareció este tema: "Examinar, por medio de ejemplos precisos, cómo y hasta qué punto el filósofo puede utilizar el estudio de las teorías y de los métodos científicos". Un tercer tema escrito trataba de "El alma según Descartes". Estos ejercicios se encaminan a apreciar cualidades muy diversas: la definición precisa de los conceptos, el ordenamiento nítido de las ideas, la acentuación de lo esencial. Los temas escritos tienden a compensar el factor emocional propio de los ejercicios orales.

Otra prueba muy efectiva consiste en que el candidato dé una clase, no con 24 horas de preparación, sino con 10 ó 15 minutos. Nadie se está—en la práctica—24 horas preparando una clase. La presentación de un "programa-libro" y su defensa oral constituyen otro ejercicio de mucho valor. Las argumentaciones hechas obligatoriamente por los miembros del jurado, eliminarían a miembros incapaces de enjuiciar los trabajos desarrollados por los aspirantes. Las objeciones y polémicas entre los mismos candidatos limpiarían mucho el terreno. Y si todo lo actuado se tomase taquigráficamente y se publicase junto con un informe razonado del jurado, como se hace en Francia, sujeto a la crítica pública científica, se podrá asegurar un profesorado universitario de la mayor selectividad.

(De "C. E. U."—Cuba).

La Lección de Pavlov

- Parábola del Joven Impetuoso

Por GREGORIO MARAÑÓN

EL joven impetuoso y yo trabajábamos en silencio, cuando por el arroyo, que a veces se hace río, pasó la gente gritando la pasión de aquella hora. El joven, al oír los vivos y los mueros se quitó la

blusa, apartó sus libros y sus instrumentos y me dijo: "Con esta pasión de la política no se puede trabajar". Y entonces yo le he recordado la historia de Pavlov. De Rusia llegan sin cesar palabras e ideas, rojas y ardientes como llamas. Ahora nos viene esta luz blanca, como la que cayó sobre la cabeza de los Apóstoles.

Han hablado muchos cronistas de Pavlov y han comentado, cada cual según su cuerda, ya su actitud antisoviética, ya la generosa tolerancia con que, a pesar de sus ideas, le trató el Soviet. Pero nadie ha dicho lo ejemplar de su vida, que es esto otro.

Pavlov era, en efecto, un sabio ruso y universal. No era bolchevique y fue, sin embargo, respetado no sólo por los primeros Gobiernos del terror, sino, con más motivo, por los que después iniciaron las formas legales del comunismo. No se puede negar el mérito que supone el que la furia iconoclasta y bárbara de las primeras horas de la revolución se detuviera ante este enemigo por su puro valor intelectual. Pero lo más extraordinario es que Pavlov, siendo, por ser sabio, antirrevolucionario o, por lo menos, enemigo de las revoluciones cruentas; siendo para él lo que ocurría en su patria una tremenda catástrofe sentimental, no se le ocurrió huir, ni maldecir del Gobierno, que es siempre la patria, ni dejar un solo día de realizar su labor. Cuenta Russell que uno de los primeros días de la trágica revuelta, cuando en cada calle había una barricada y en cada esquina un incendio, su ayudante llegó diez minutos más tarde al laboratorio. Le regañó el maestro y le pidió que explicase su retraso. El joven, aún erizado, le contestó: "Petrogrado está ardiendo, las calles están llenas de cadáveres". A lo que Pavlov, sin dejar su quehacer, repuso: "Eso no tiene que ver con la Fisiología. Mañana venga a la hora en punto".

Pavlov, pues, no se quitó la blusa ni menos pensó en huir de su patria, porque estaba sufriendo una revolución. Si había peligros para los ciudadanos, había que sufrirlos como todos los demás. Y como la creación está por encima de la Historia; como lo eterno, para el hombre justo, está siempre por encima de lo accidental, por terrible que sea, no interrumpió sus experimentos, con los que, en silencio, continuaba, a despecho de la revolución, la historia de la Rusia eterna.

Si, es cierto que Pavlov era contrario al régimen soviético. Pero jamás habló en contra de él. Las cartas que escribía a sus amigos de todo el mundo—yo guardo varias como un tesoro—estaban escritas con imperturbable serenidad. En sus libros, sólo una vez, una sola, hace alusión a los sucesos revolucionarios; una vez que dice: "Este resultado es dudoso, porque aquellos días, con la revolución, los perros estaban mal alimentados". Y nada más. Obtuvo permiso para ir a los Congresos internacionales. En la intimidad de las sobremesas, los sabios de otros países esperaban su opinión sobre Rusia y le tiraban de la lengua. Allí no había peligro, nadie sabría lo que iba a decir. Pero jamás habló mal de su patria, porque el régimen comunista, que no compartía, era "su patria" en el extranjero.

Pocos días antes de morir, los jóvenes rusos

le pidieron un artículo para su revista, "La Generación de los Vencedores". Este artículo es el último que su pluma escribió. Ya sabía que iba a morir muy pronto, y su mirada serena estaba más serena que nunca. El artículo es su verdadero testamento. Está escrito para los jóvenes rusos; pero, en verdad, para los jóvenes de todo el mundo; porque en todo el mundo, en forma aguda o en forma tórpida, late el mismo dolor social y los mismos anhelos de una vida nueva que quiere superar a la antigua.

"¿Qué es lo que puedo desear—se pregunta—para la juventud de mi patria? Que seáis tenaces. Tenacidad, tenacidad, tenacidad; severidad inagotable en el afán de saber. No queráis, aunque vuestra juventud os impulse a ello, escalar las cumbres de la verdad sin estudiar antes pacientemente sus cimientos. Acostumbrados a la templanza, a la paciencia. Los hechos humildes, no lucidos, son la base para avanzar sin tropiezos. La imaginación, la hipótesis, de nada os valdrá. El ala del pájaro es perfecta, pero necesita el apoyo del aire. Vuestro espíritu está provisto de alas maravillosas; pero para elevaros necesitáis el punto de apoyo, que son los hechos, pequeños, menudos, pero exactos.

"Mas no os contentéis con recoger los hechos. La inteligencia de un hombre no debe ser un archivo. Hay que interpretarlos; hay que buscar sus leyes que rigen esos hechos. Aquí es donde está la suprema verdad.

"Y después sed modestos. La juventud es petulante. Dominaos para no serlo. No creáis nunca que sabéis nada. Tened siempre el valor—fecundo—de reconocerlo. Huid del orgullo como de una peste mortal.

"Finalmente, tened pasión, estudiad con pasión; quered la verdad con infinita pasión. La verdad exige la vida entera del hombre. Si tuvieseis dos vidas, tampoco os bastarían. Suplid la limitación humana con esta virtud, esencialmente juvenil. Trabajad con pasión".

Este es el testamento de Pavlov, escrito para los jóvenes rusos, pero para que lo oigan todos: los que no son rusos y también los que no son jóvenes. Lo que él no quiso comentar es lo que ahora quieren comentarle los cronistas. El nunca se quitó la blusa blanca, y ahora, después de muerto, se la quieren quitar para ver si debajo había una camiseta roja o azul. Y esto, los que a fuerza de hablar no trabajan; los que ponen a su patria, que es infinita, los límites de su ideario político y de su comodidad personal; los que cuando ven a la madre que sufre se van a casa a hacer aspavientos en la del vecino y creen que luego tendrán el mismo derecho a la paz que los que se quedaron y sufrieron.

A poco se acababa la vida mortal de Pavlov. Pero, claro es, Pavlov no murió. Morirá todo en la Rusia de ahora menos él. Cuando hoy preguntamos a un hombre cualquiera quién era el rey o el general o el agitador de Grecia cuando pensaba Platón no nos sabe responder. Aquella Grecia era Platón. Los mismos españoles, en una gran mayoría, ignoran quién mandaba cuando Cervantes—ya en nuestra edad—escribió el "Quijote". Aquella España era Cervantes. Dentro de

poco, la Rusia de ahora será Pavlov y los que como él ni se rebelaron, ni se asustaron, ni dejaron de crear.

El joven impetuoso e inteligente ha vuelto a ponerse la blusa; pero antes de reanudar la tarea me ha dicho: "Está bien; pero usted no ha pensado siempre así". Y yo le he contestado: "Esa es mi leyenda, y la respeto como si fuera mi historia. Porque es la que me da la autoridad. "No creas—dice un proverbio oriental—en la castidad que te predica el eunuco. Sólo el que es capaz de errar, el que erró alguna vez, puede enseñar con eficacia el camino recto. Si yo oí a su tiempo la voz de Pavlov, puedo deciros a vosotros que la oigáis también, con la certeza de que no me equivoco".

En esto, el griterío de la calle se fue alejando. Y, ya en silencio, nos pusimos de nuevo a trabajar.

(De "Ahora".—Madrid).

La Universidad de México se dispone a resolver los problemas fundamentales de su cultura

De la revista "Urbe", que redactada en idioma español ha comenzado a publicarse en San Francisco, Cal., y que ostenta en sus páginas valiosas firmas de Hispanoamérica, recogemos el siguiente artículo, espléndido de comprensión hacia la labor que en pro de un México, de honda vida cultural y cívica, está realizando nuestra Universidad Nacional Autónoma.

Por encima de las vicisitudes de su política y de sus trastornos interiores, está la formación espiritual de los pueblos. Aquellos pasan, dejando apenas una leve huella fugitiva, y lo que queda de su violencia es lo que entrañan de impulso creador. El movimiento revolucionario mexicano no ha sido caprichoso ni estéril, como han supuesto a veces la ignorancia y la malignidad ajenos. México se ha hecho, se ha esculpido a sí mismo, como un escultor atormentado y tenaz, y ahora está surgiendo entre los escombros de las pasadas revoluciones, con toda la pujanza de una nación que tiene conciencia de su fuerza y de su destino.

Nada ha escapado al torbellino de la honda, larga y fecunda epopeya mexicana. La Universidad, arrollada por las sacudidas del momento, ha pagado también su tributo a la fértil inquietud nacional, dejando muchas veces en el camino los galardones de su alta ejecutoria. La Universidad no debe descender, rebajándose, hasta el arroyo. La Universidad es un organismo de cultura superior, y la de México ha vuelto al fin por los fueros del espíritu. Lo que en México había de entrañable y duradero se está encauzando por los senderos de la verdadera democracia y del verdadero civismo. No de los que vociferan en la calle y alteran todos los valores, sino de los que construyen y elevan.

Por eso y a pesar de los caudillajes sin patriotismo y sin dignidad, en los que México y otros pueblos de la América Española han sido tan pródigos, los hombres responsables de esta hora acuden a salvar el más rico patrimonio de la raza. La Universidad Mexicana, al frente de cuya Rectoría se encuentra actualmente una figura de tantos recursos intelectuales como el licenciado Luis Chico Goerne, ha emprendido resueltamente una obra de positiva y serena reconstrucción ideológica. Ya no se vale de su autonomía—tan mal interpretada hasta hace poco—para amparar y defender teorías al margen de las auténticas categorías sociales. Ahora la Universidad ocupa el puesto señero que debía ocupar y está realmente capacitada para llevar a cabo la árdua labor de renovación que se ha impuesto.

Tenemos a la vista el plan de estudios de la Escuela Nacional de Medicina, al que seguirán los programas de las demás Facultades de ciencias biológicas. El plan aprobado por el Rector, es de una gran significación científica y humana, y coloca a México en un lugar altísimo entre todos los países civilizados. Dentro del mismo criterio—agrega un comunicado oficial—se planeará la contribución de la Universidad en los campos de la investigación físico-química, sociológica y artística en derredor de los Institutos de Geología, de Investigaciones Sociales y de Investigaciones Estéticas, en torno de los cuales se agruparán respectivamente las Escuelas de Ingeniería, Química y Ciencias Físico-Matemáticas, las Escuelas de Derecho, Economía y Comercio, y las Escuelas de Música, Arquitectura y Artes Plásticas.

El propósito de integración universitaria del nuevo Rector ha sido sancionado de una manera práctica y eficaz por la Universidad de Occidente, incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México. Al mismo tiempo, la Federación Estudiantil Queretana, respaldada por la Confederación Nacional de Estudiantes, ha iniciado ya ante el Gobernador del Estado las gestiones encaminadas a la reapertura del Colegio Civil de Querétaro, que la anterior administración clausuró hace tiempo, con fines personalistas.

México quiere ser una nación, y las nuevas generaciones saben que una nación está constituida por todas las fuerzas vitales que la integran y no por el bandolerismo político. Cualquiera que sea el curso que sigan las revueltas y turbias aguas del agonizante caudillaje mexicano, queda en pie la voluntad consciente de México, del México viril, entero y vivo.

La reciente huelga contra la Compañía de Luz y Fuerza, explicará suficientemente a nuestros lectores el considerable retraso con que aparece el presente número de julio de la revista UNIVERSIDAD.

Consultas Resueltas por el Instituto de Geología

PERIODO COMPRENDIDO DEL 1º DE
ABRIL AL 30 DE JUNIO DE 1936

I. ESTUDIOS HIDROGEOLOGICOS

Oficina de Hidrogeología.—A petición de la Dirección de Aguas y Saneamiento, del Departamento del Distrito Federal, se rindió información respecto a la hidrogeología del Valle de Cuauhtépec, D. F. Ref. 640.

A petición del Gobierno del Estado de Veracruz, se dictaminó respecto a la exploración que se está llevando a cabo en el manantial de Cuacualachapa, con el objeto de aumentar su caudal. Ref. 647.

II. ESTUDIOS PROMOVIDOS POR VARIAS INSTITUCIONES

Oficina de Geología General.—A petición del C. Inspector de la 14ª Zona de Escuelas Suburbanas, se rindió información sobre la geología del Pedregal de San Angel y Lago de Texcoco. Ref. 776.

Oficina de Minerales Metálicos.—A petición del señor F. Blondel, Director del Bureau d'Etudes Geologiques & Miniers Coloniales, de París, se informó sobre yacimientos y placeres de oro. Ref. 777.

Oficina de Sismología.—A petición del señor R. Meldrum Stewart, Director of "Dominion Observatory" Department of Interior, se dieron datos sobre el temblor del 14 de enero del corriente año. Ref. 597.

A petición del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, se informó sobre la sismicidad de la población de Zamora, Mich. Ref. 1121.

Laboratorio de Química.—A petición del Ing. Ignacio Bonillas, Director de las Zonas Federales Mineras del Estado de Oaxaca, se analizaron dos muestras de aceite combustible. Ref. 885.

A petición de la Compañía Manufacturera de El Potrero, se analizó una muestra de agua. Ref. 1056.

Biblioteca.—A petición de la Escuela Secundaria Número 2, se dieron datos sobre geología del Estado de Puebla. Ref. 636.

III. DEL PUBLICO EN GENERAL

Oficina de Minerales no Metálicos.—A petición del Ing. Manuel F. Garrido, se informó sobre yacimientos de cromita. Ref. 714.

A los señores Villa y Llano, S. en R. L., se rindió información sobre la naturaleza de la tierra de Batán y localidades. Ref. 736.

A petición del señor Porfirio Ledesma, se informó sobre sistema de molienda y blanqueo del talco. Ref. 977.

Oficina de Petrología.—A petición del señor Ernesto Azcón, se hizo el estudio mineragráfico de una muestra, y se dictaminó sobre clasificación de cuatro muestras. Refs. 672 y 1054.

Laboratorio de Química.—A petición del señor I. G. Mendoza, se practicó el análisis de una muestra. Ref. 616.

A petición del señor Benigno Estrada, se ensayó una muestra por plata, oro, cobre, plomo y zinc. Ref. 663.

A petición del señor J. M. Díaz, se analizó una muestra de arcilla. Ref. 712.

A petición del señor Juan Vázquez M., se practicó el ensaye por plata y oro en una muestra. Ref. 914.

A petición del señor Vicente M. Ortiz, se practicó el análisis de una pumicita. Ref. 1055.

LIBROS

Fernando Diez de Medina.—"Imagen". Edit. América. 1932. La Paz, Bolivia.—"El Velero Matinal". Edit. América. 1935. La Paz, Bolivia.

Libro de Poemas el primero, de Ensayos el segundo, son ambos una valiosa aportación a las letras hispano americanas. Su autor se coloca, especialmente con "El Velero Matinal", entre los valores definitivos de la nueva generación boliviana. Hay en este libro hondura y agudeza crítica, estilo elegante, expresivo y sereno, que se resuelven en un fondo diáfano de felices hallazgos. Los problemas literarios y estéticos de estos ensayos, están considerados desde un plano meditativo e ideológico que acusan, en su autor, una personalidad entonada de culto pensador. Los poemas que integran el libro "Imagen", son bellos motivos de exaltación lírica y emocional.—M. N. L.

Jorge González Bastías.—"El Poema de las Tierras Pobres". Santiago de Chile.

Es un poeta chileno cuyo nombre puede ser representativo de cierta tendencia de la poesía neo-romántica hacia la contención y la diafanidad. Quizá su ideal poético se cifra en el que "Azorín"

asigna a los maestros novecentistas, y que se concreta en estas palabras: "La pasión romántica dentro de la línea clásica". En efecto, hay pasión y hay inquietudes en estos versos de González B., pero el poeta sabe domeñar las vibraciones excesivas dentro de una norma de perfección clásica. Añádase a esto, el horror al tópico y a la frase gastada que ha circulado ya, así una moneda pobre, en manos numerosas y se tendrá una idea exacta de los caminos de arte que recorre el poeta chileno, autor de "El Poema de las Tierras Pobres". Es todo él un canto "al Maule, el río amado, y a las sombras humanas que vagan añorando por sus tierras". Y el poeta va recogiendo en estas páginas, limpia y hondamente, las visiones que, de cerca y de lejos, sugieren el vasto paisaje y las figuras, dolientes, que por él transitan.

El volumen anterior a éste, "Misas de Primavera", tiene claras resonancias de Jammes, el de "L'Eglise Habillée de Tenilles" y fue también, como era justo, calurosamente acogido por la crítica.—A. M.

Salvador Ortiz Vidales.—"Memorias de un Hombre Inverosímil". México, 1936.

Salvador Ortiz Vidales, acaba de dar a la publicación, con el título indicado antes, una fuerte novela en que los personajes, salidos todos de nuestra clase media, se mueven y agitan con vida propia, en páginas que muestran, como fondo decorativo, esta ciudad de México con sus inquietudes modernas y sus "vecindades" y rincones de amarillenta litografía. Hay también en el volumen claras evocaciones de la provincia michoacana, de donde es el escritor.—A. M.

Sabemos que suscriptores de esta Revista gratuita, UNIVERSIDAD, han dejado de recibir, por motivos que ignoramos, algunos de los números que van publicados.

Suplicamos a estas personas que se sirvan dar el correspondiente aviso—aclarando desde luego su nombre y dirección—al Servicio Editorial de la Universidad Nacional de México. Calle de Bolivia, número 17, México, D. F., a fin de indagar la causa de la deficiencia y corregirla cuanto antes, si está en nuestra mano.

Por nuestra parte, ya nos hemos dirigido sobre el particular al señor Director General de Correos, y estamos seguros de que contaremos con su colaboración muy eficaz.

N O T A S

De cerca y de lejos, son numerosas las frases de noble comprensión y estímulo que la revista "Universidad" ha ido recibiendo por su esfuerzo.

Agradecidos, recogeremos en esta página, sin previa selección, unas cuantas de esas voces de amistad; por uno u otro concepto, todas valiosas; todas alentadoras para nosotros.

* * *

Estas palabras de Juana de Ibarbourou, la célebre poetisa uruguaya, que ha merecido ser llamada "Juana de América": "Agradezco mucho el envío de la magnífica revista "Universidad", extraordinario exponente del arte y la cultura de ese país, tan grande y tan hermoso".

* * *

Nuestro compatriota y amigo, el fino escritor Genaro Fernández Mac Gregor, nos dice: "La revista me ha parecido admirablemente bien concebida y realizada, por lo que felicito muy atentamente a ese Departamento".

* * *

De Bloomington, Indiana, E. U. de A., un estudiante universitario, el señor Agapito Rey: "Es una publicación que honra la actividad intelectual de México. Es una revista que ha de gustar, así por el contenido como por su excelente publicación".

* * *

De Estación Infiernillo, Chile, el poeta de hondura y emoción, que es Jorge González B.; "... y recibí el número 2 de la espléndida revista de cultura popular que han tenido la bondad de enviarme".

* * *

De Madrid (España), un estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, María del Carmen Lasgoity: "Por el buen contenido de la revista —tanto en los textos como en la serie de láminas— felicito a la Dirección y a los colaboradores".

* * *

De Tokio (Japón), el señor Takashi Okada: "...He visto el panorama intelectual y el afán de cultura mexicana a través de esta dinámica revista, cuya cultura me revela muchos aspectos del país".

De Bogotá (Colombia), el señor Eduardo Posada, de la Academia Colombiana de Historia: "Los felicito por tan bella publicación, la cual he leído con placer y conservaré cuidadosamente".

* * *

D. Enrique Sodi, pasante de Derecho, con domicilio en la ciudad de Oaxaca, nos expresa: "Me permito felicitarles de una manera muy especial, por una revista que, como "Universidad", habla elocuentemente de la obra cultural que han emprendido los directores de la Universidad Nacional".

* * *

De Seattle, Wash., E. U. A., el señor doctor Enrique D. Tovar, del Consulado del Perú, nos escribe: "...estas líneas destinadas a expresar mi reconocimiento por el envío de la magnífica revista "Universidad", pues el contenido del número que me llega lo susciben firmas de bien cimentado prestigio en el mundo intelectual de nuestra América".

* * *

D. José María Ots Capdequi, del Centro de Estudios de Historia de América, de la Universidad de Sevilla (España) nos "felicita por la revista "Universidad", y expresa su deseo de seguir recibiendo tan importante publicación, para la biblioteca de este Centro".

* * *

La "Beiji University Library", de Tokio (Japón), en carta escrita en inglés, y que traducimos: "...celebramos la aparición de la revista "Universidad", cuyos primeros números han sido grandemente apreciados en esta Biblioteca".

* * *

D. Luis López, maestro rural en Apatzingán, Mich., nos escribe: "Sigo con gran interés los números de "Universidad", y creo de mi deber enviarles una felicitación por la importante obra cultural que han emprendido".

* * *

El señor Guillermo Guajardo Davis, de esta ciudad, en mayo próximo pasado, nos dice: "Ha llegado a mis manos el número 3 de la revista "Universidad", que me ha gustado muchísimo, y me permito felicitar a ustedes por la creación de esta revista, que considero que verdaderamente hacia ya falta".

CONVOCATORIA

El Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México, por medio de su Servicio Editorial, encargado de la publicación de "UNIVERSIDAD", Revista Mensual de Cultura Popular, convoca a literatos y estudiantes a concursar en los certámenes que siguen:

1 CUENTO

"UNIVERSIDAD" publicará el mejor cuento inédito que, a juicio de la Redacción de la Revista, merezca esta distinción. El autor recibirá, como premio, la cantidad de \$30.00. El tema será libre y se fija un máximo de 15 cuartillas escritas a máquina, a renglón abierto, para desarrollarlo.

2 ENSAYO

"UNIVERSIDAD" dará también cabida mensualmente, en sus páginas, al mejor ensayo sobre sociología, economía, historia, literatura o ciencia, que el jurado, nombrado al efecto, e integrado por profesores universitarios, seleccione. El ensayo podrá ser desarrollado en un máximo de 10 cuartillas escritas a máquina, a renglón abierto, y será premiado con la cantidad de \$20.00.

LOS trabajos deberán presentarse amparados por un pseudónimo que figurará también en el exterior del sobre cerrado que contenga el nombre del autor. Los trabajos y toda correspondencia pueden enviarse, desde luego a:

Revista "UNIVERSIDAD". Bolivia 17. México, D. F

I M A G E N E S

PINTURA COLONIAL MEXICANA DEL SIGLO XVI

(ESCUELA PRIMITIVA. - LA PINTURA AL FRESCO)

EN los viejos monasterios del siglo XVI, lejos de las rutas en que la civilización renovaba las obras del pasado, en las pequeñas villas hoy muertas y florecientes en los primeros años de la Conquista, se conserva un arte basto, primitivo, ricamente ingenuo, al cual hoy no podemos situar en el marco estricto del Renacimiento, sino precisamente bajo el signo y molde medievales.

La influencia que más se destaca en la pintura mural del seiscientos, es la flamenca. Y en esto no debió actuar tan sólo, aunque sí eficazmente la estancia de Pereyns y su escuela, cuanto la estamperia de libros flamencos con que llegara cargado Pedro de Gante (Pedro Van der Moere) hacia el año sesenta. Todavía existe en la Biblioteca Nacional la *Crónica de Nuremberg*, de Schedel, incunable de Koerkeberg, en cuyas planificaciones empuñecidas, como fondos, deliberadamente detallistas, de Londres, Valaquia, Tracia, se descubre el mundo medioeval que la tipografía alemana había redescubierto. Cautivaba a los espíritus del conquistador y del misionero, profundamente arraigado en la Edad Media, porque procedían de las clases populares. Al pintarse en Huejotzingo la Vida de San Francisco, al fondo vuelven a aparecer castillos, praderas, vergeles, minuciosamente dibujados.

Seguramente que una mayoría de los frescos del XVI, que se descubren día tras día en todos

los monasterios agustinos, dominicos y franciscanos de la época que siguió a la Conquista, son copias ingenuas de la tipografía nórdica, flamenca y alemana, de los incunables llegados a México. Pero estos frescos se hacen invaluable para nosotros, porque a más de las aportaciones personales del copista anónimo, hay una paleta enriquecida con los colores vegetales provenientes de la técnica indígena que, en las iglesias pobres, inclusive llegó a eternizar los rasgos herméticos y hieráticos de su raza.

Pintura pueril, bastamente ingenua, desdibujada, que no explica por esto inferioridad, sino intención. Los pintores del XVI arrancaban en sus fuentes más nutricias de la Edad Media, que agonizaba en Europa al abandonarla ellos. Por esto su espíritu se asimila, no al realismo clásico, al fotografismo anatómico, sino a la expresión, piedad, templanza, éxtasis, que eran los estados de ánimo que querían apoderar con su pincel.

En las páginas de nuestra sección de imágenes aparecen frescos de los monasterios del XVI: Huejotzingo, Pue.; Actopan, Hgo.; Epazoyuca, Hgo., y Tecamachalco, Pue. —este último, templo del XVII cuyo espíritu se asimila al de la escuela primitiva mexicana, por ser casi de un discípulo de Giotto, como observa agudamente el maestro Toussaint.—S. T.

EL PINTOR GUERRERO GALVAN

¿Su obra? Ya con maestría singular lo ha situado Agustín Yáñez, el director más maduro y capaz de su grupo: "En el repertorio de su temática fueron dados de baja los paisajes y las escenas de un nacionalismo superficial y manido; en cuanto a la técnica se abandonaron los colores claros y chillantes, las masas informes y el detalle sin sentido; el dibujo, con todas sus virtudes, alcanzó preeminencia y vino a proyectarse sobre temas humanos —almas— en la paralela dirección que hasta ahora advertimos en la obra de este pintor: retratos y fantasías, dirección paralela, pero tan inmediata que se confunde, por manera que el retrato se magnifica con los dones de la fantasía, y adquiere calidades poéticas, así

como la fauna fantástica de Guerrero arranca su fuerza en los más firmes estratos de la realidad; iniciado lo que podría llamarse el período antropológico en la trayectoria artística de Guerrero, el paisaje se convirtió en elemento animador del motivo central de la obra: un paisaje sobrio a veces sólo insinuado; *paisaje humano* por cuanto opera en razón directa de las almas que dentro de él alientan; este sentido del paisaje es una de las grandes excelencias de Guerrero y, por demás, una de las pistas seguras para indagar su proceso espiritual y técnico: así, ahora, el paisaje ha llegado a ser una casi perdida línea ondulante, una elocuente nube desleída, un pájaro que vuela sobre efímeros rasgos, un arco, una sombra."

I M A G E N E S

PINTURA COLONIAL MEXICANA DEL SIGLO XVI

(ESCUELA PRIMITIVA.-LA PINTURA AL FRESCO)

Frescos: Huejotzingo, Pue.

Fresco: Actopan, Hgo.

Fresco: Epazoyuca, Hgo.

Temple: Tecamachalco, Pue.



Dibujo y Oleo: Guerrero Galván



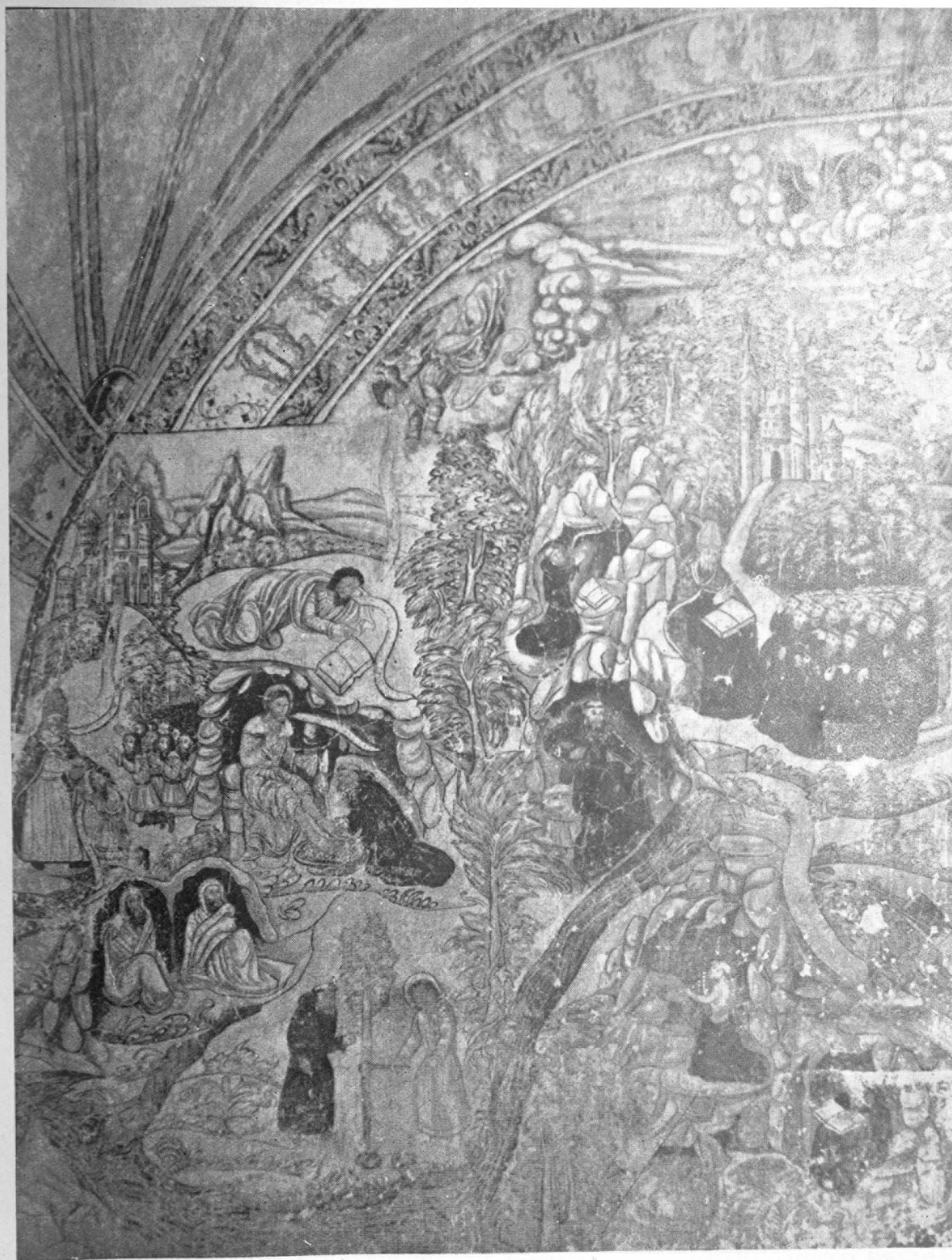
PINTURA AL FRESCO

Convento de Huejotzingo, Pue.



PINTURA AL FRESCO

Convento de Huejotzingo, Pue.



PINTURA AL FRESCO

Convento de Actopan, Hgo.



PINTURA AL TEMPLE

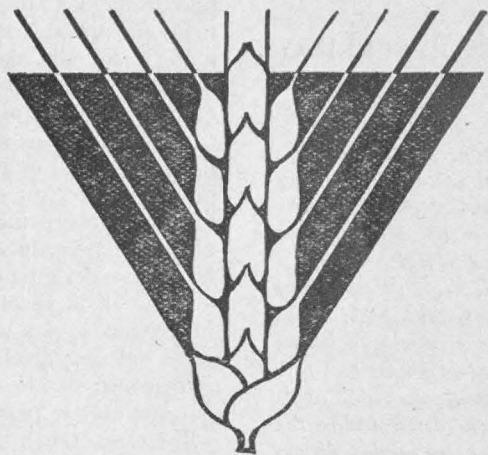
Tecamachalco, Pue.



PINTURA AL FRESCO

Epazoyuca, Hgo.

EL GRANO



EN LA ESPIGA

LA TRASCENDENCIA DE UNA TAREA

UNA de las cosas más fecundas del momento actual es la relativa a la actitud, observada y sostenida, de la Universidad Nacional, en sus empeños de vitalizar el saber, llevándolo, en su forma más simplificada y noble, a las esferas mismas de la vida del trabajador. Y digo que es una de las cosas más fecundas, precisamente porque de tales empeños, que representan en verdad el primer paso por la obtención de la intercomunicación de dos factores hasta ayer alejados entre sí en lo social, surgirán los puntos primeros, y sobre los que descansará toda subsecuente política de armonización del saber y la vida, indispensables para la fincación, en una forma más humana, de toda cultura que sea algo más que la enciclopedia de recetas y fórmulas, y, con ello, la mejor integración, en todos los órdenes, del pueblo de México.

El paso, pues, de la Universidad es trascendental. Pero, cabalmente, por la significación misma de su espíritu, representa, al igual, la atracción lograda hacia el cuerpo de la persona de su Institución, de muchas de las pasiones de los que hasta ayer medraban sobre la base de toda división entre la cultura y el pueblo. Esto, no obstante, es lo de menos. Como tema simplemente para la reflexión, el asunto recobra mayor categoría. Pues nunca se insistirá demasiado en lo indispensable de una campaña que mejorando por una parte al propio trabajador, beneficia por la otra a la misma cultura, es decir, a México en su sentido

Por VICENTE MAGDALENO

trascendental, que a partir de tales momentos hallará bases profundas para integrarse y realizar históricamente el espíritu del conglomerado.

El constante alejamiento, las seculares desigualdades y sus consecuencias más inmediatas: las múltiples convulsiones revolucionarias, hallan en una más racional armonización su finiquito. Sólo de una perfecta comprensión de nuestros problemas, de una más sana y profunda igualación en lo espiritual, podrá ser dado a México encontrar una solución. Y ésta siempre sería provisional, provinciana, actuando desde fuera. Tiene que llegar de dentro, y concretamente se traducirá en la confederación de todos los esfuerzos por la creación de una patria mejor, sostenida en cada caso por los afanes en lo individual de superación y triunfo de la persona en lo espiritual, nunca sobre la destrucción de la persona y el hundimiento en anonimatos sin responsabilidad.

La Universidad tiene, pues, conciencia plena del sentido de su labor, y sabedora de los beneficios que a sí misma se reporta, lleva la cultura y saber a los sectores laborantes del país, con lo que define bastante su actitud vital, encajada en las necesidades mismas de su pueblo, al que insinúa y alienta a la búsqueda y hallazgo de sí propio, en bien todo ello de la mejor encaminación del país a su perfecto desenvolvimiento.

La Rebelión de las Fuerzas Telúricas

Por el Conde HERMANN KEYSERLING

Entre los pensadores contemporáneos, que con miras a ensanchar el área de su visión, movilizan su propia persona en el disfrute del conocimiento de nuevas regiones y puntos de vista, se encuentra el CONDE HERMANN KEYSERLING. Recientemente de visita en América, en la parte del Sur, Keyserling produjo sus interesantes "Meditaciones", de las cuales todos sus posteriores libros parecen ser ampliaciones. Empeñado hoy por hoy en descubrir las secretas intervenciones del espíritu, cuya irrupción da significación a todos los procesos, el filósofo se inclina a estudiar las diversas fases del momento actual y hace derivar, de acuerdo con tal realidad, toda aportación espiritual verdaderamente valiosa, del hombre. Ofrecemos estas páginas suyas.

La era de las masas no es en realidad otra cosa que la era de los caudillos; las masas no obran nunca por impulso propio. Cuanto mayor es el número de personas que intervienen, mayor importancia adquieren la organización y la disciplina. Pero, a su vez, la organización y la disciplina presuponen, para resultar eficaces, un caudillo que las imponga y las mantenga. Como consecuencia, a medida que crece el número en las masas, aumenta también la rigidez de la disciplina indispensable, y aumenta a la par el poderío de los individuos que hacen de portavoz y de cabeza.

Estos caudillos constituyen una ínfima minoría, la más reducida que jamás haya gobernado a millones de hombres; pero a la vez tampoco minoría alguna ha ejercido jamás mayor influjo. Históricamente hablando, su acción es la única que hoy día se toma en cuenta. Por mucho que se exalte la omnipotencia de las eminentes personalidades, lo cierto es que las personalidades eminentes nunca han ejercido influjo, a no ser que los demás se sometieran a él. Sólo después de haberse entregado a merced de su influjo, éste se convierte casi siempre en influjo ilimitado; mientras la decisión inicial en favor de uno u otro caudillo depende siempre de los "demás". Así se comprende fácilmente el por qué cada época tiene los caudillos que se merece. Y ahora, ¿cuál es el caudillo-tipo de nuestra era? Y no se nos diga que el caudillo carece de inteligencia, por el hecho de que raras veces caen en sus redes los espíritus independientes; ni se nos diga tampoco que, en consecuencia, la inteligencia nada significa en nuestros días; lo más corriente, por el contrario, es que el caudillo moderno sea soberanamente inteligente. Lo cierto es que hoy día la inteligencia desempeña un papel mucho más amplio que en los últimos lustros de ante-guerra; entonces bastaba con frecuencia ser un fatuo distinguido, para creerse con derecho a aspirar a los puestos de más grave responsabilidad.

La verdad hoy es muy distinta: únicamente la inteligencia de cierta especie puede desempeñar un papel: *la del caudillo y no la del guía espiritual.*

Ese es, a mi ver, el punto decisivo para los que, entre nosotros, representan el Espíritu, en el sentido tradicional de la palabra. El guía espiritual tiene que apelar a la iniciativa espiritual de los demás, y sin ella nada consigue. Descartada esta iniciativa espiritual del individuo, no existe verdadera fe religiosa, ni comprensión, ni discernimiento, ni juicio. Y es porque el núcleo de la personalidad espiritual es libre por esencia; nadie lo puede constreñir, sin contar con su asentimiento interno. De ese principio arranca el concepto de la última responsabilidad de la persona humana. A la inversa del guía espiritual, el caudillo, el domador, no apela absolutamente a ese núcleo autónomo; recurre, por el contrario, a las capas periféricas del ser; él obra por sugestión, y por tanto, obra constreñiendo al objeto a rendirle obediencia, sin que éste se percate siquiera de la coerción que sobre él se ejerce. Esto supuesto, ya podemos plantear, y hasta resolver, en primera instancia, la cuestión de saber por qué la humanidad actual, en su mayoría—mayoría que va siempre en aumento, pues toda la juventud converge hacia el tipo humano cuyo primer modelo es el ruso o el americano—ya no admite como guía sino al sugestionador que afirma y no razona; y es que *la humanidad se ha trocado en esencialmente pasiva.*

Y aquí se nos ofrece un problema: ¿de dónde procede esta pasividad, tan opuesta a lo que el concepto de progreso continuo nos daba a esperar? ¿es acaso un indicio de decadencia, de degeneración? No falta quien así lo crea. No cabe duda que asistimos, no sólo en ciertos países, sino en todos los países, por lo que a la juventud se refiere, a una especie de desapego por los valores culturales, como no lo habíamos presenciado desde los estertores de la Antigüedad. Pero este mismo paralelo debiera tenernos advertidos contra un juicio prematuro. Si la cultura de la humanidad occidental pudo sobrevivir a la decadencia del imperio romano, se debió precisamente a la invasión de los bárbaros, con su vitalidad intacta y su moral primitiva, pero maravillosamente templada. Pues bien, basta dar una mirada imparcial alrededor nuestro para medir, si no la falsedad, al menos la insuficiencia de esta respuesta al problema de nuestro tiempo, que no atina a ver en la barbarización sino una simple decadencia; en efecto, *nunca como ahora la vitalidad de los jóvenes ha estado tan lozana.* De largos siglos a esta parte, nunca se había visto tanto empuje, tanto entusiasmo, tanto optimismo, tanto regocijo como en Rusia, en Alemania, en Turquía, en Italia; en una palabra, en todos los países en que la juventud desempeña un papel de importancia. Pocas personas son las que se dan cuenta, en torno suyo, de aquello que no han comprobado desde su más tierna infancia. Así se explica cómo sólo las personas que han pasado su niñez rodeadas de obras maestras de arte, dan pruebas, sin estar dotadas de cualidades especiales, de una comprensión artística que en ellos parece innata; así se explica también el por qué todo niño en el día parece haber nacido técnico o chofer; así se explica cómo

los chinos, a despecho de todos los progresos de la industrialización, no alcanzan aún a comprender realmente los valores elementales de la civilización técnica, porque ellos siguen aferrados a las nociones heredadas de su antigüedad artística, cuyos valores son diametralmente opuestos a los que determinan la era mecánica. Ahora bien, la mayoría de los jóvenes de todos los pueblos de la tierra, en estos tiempos de crisis, no han tenido oportunidad de *apreciar* la importancia de los valores culturales; sólo saben apreciar una cosa, y es que toda la exaltación de esos valores no ha logrado preservar a sus mayores de la bancarrota en todos los dominios que más les interesan. Cuando allá en 1925, daba yo en Roma unas conferencias sobre la antigua espiritualidad oriental y occidental, de cuyo resurgimiento esperaba y sigo esperando la salvación, los jóvenes no hacían más que encogerse de hombros, diciendo: *Ci vuol altro!* Como resultado de las medidas adoptadas por el gobierno soviético que, desde 1918, con una pertinacia verdaderamente diabólica, ha colocado a los niños en un ambiente absolutamente nuevo y lejos del contacto con toda tradición, varias generaciones humanas *no atinan realmente* a comprender para qué pueda servir la religión. A esto añádase que—como dejamos dicho en el capítulo del *Mundo que nace*, titulado “el verdadero problema del progreso”—, las ideas sólo se transforman en fuerzas históricas en la misma proporción en que ellas son representativas de un estado concreto. La definición de Alberto Thibaudet: “la política son las ideas”, sólo tiene alcance para esta Francia post-revolucionaria que ha venido organizándose en grupos de “sociedades de pensamiento”, o sea, para un país particular que, durante cierto tiempo, ha tomado más interés por las ideas abstractas que por otra cosa. Para las nuevas juventudes del mundo entero, el tenor propio de las ideas abstractas que ellas emplean son sencillamente los signos representativos de su estado concreto. La mayoría de los jóvenes alemanes se llaman socialistas porque todos sus recuerdos les hablan, unos de sufrimientos soportados en común, y otros, del alivio y del regocijo que dimanaban de la exaltación colectiva. Para millones de hombres, la libertad no es en realidad más que “una prevención burguesa”, según el decir de Lenin; pues esta palabra sólo despierta en ellos el recuerdo de los caprichos, sin freno alguno, de sus explotadores. Asimismo, la palabra “individualismo” sólo les evoca la falta de escrúpulos de los que los han esquilado.

Por más que estos fenómenos sean muy a propósito para desazonar a los intelectuales, a la vista están y son innegables. Por otra parte, la historia ha presenciado ya bastantes decadencias y desmoronamientos de civilizaciones, sin que por eso la humanidad haya dejado de seguir su marcha ascendente. Y cada vez que generaciones llenas de vitalidad, de empuje y, por tanto, superiores—fuera el que fuese el nivel inicial de su cultura—a los representantes de las civilizaciones derrumbadas, han llegado a escalar las cumbres de la historia ha surgido siempre una nueva aurora. A este propósito, quizás no haya un ejemplo más instructivo y alentador que la conquista de la Persia por los árabes. Los conquistadores eran bár-

baros rematados, más bolcheviques que los mismos cuyo nombre me sirve ahora de parangón; no conozco en la historia humana fechoría semejante a la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, incendiada con el pretexto de que la sabiduría antigua era cosa inútil. Sin embargo, transcurridas apenas unas docenas de años, la Persia presenció un resurgimiento inaudito. Desaparecieron todos los síntomas de decadencia; sobrevino un imponente refloramiento de la poesía y de la mística profundamente persas, aunque bajo un barniz árabe.

Si recalco un tanto este punto, es porque un buen número de intelectuales, que maldicen de los acontecimientos de nuestro tiempo, dan muestras de no conocer a fondo la historia y de juzgar con sobrado exclusivismo, y sólo por el lado de la clase particular a que pertenecen. No es posible, en esta época de las masas, dar con la medida ajustada de las cosas, tomando como punto de partida la suerte de las minorías, que no constituyen la representación del movimiento general. Resulta siempre errado aplicar a las épocas revolucionarias las normas de los períodos de calma. No es acertado hablar de decadencia general, cuando lo que estamos observando entre tantos jóvenes de todos los países del mundo que, sin lugar a discusión, han dado el tono en estos últimos veinte años, tiene precisamente todos los visos contrarios a una decadencia.

Salta a la vista que, a despecho de la terrible depresión económica, el alma de la juventud moderna no ha sufrido desmayos. Y ésta es la razón cabal de por qué estas generaciones pueden ser revolucionarias; ahí está la historia para convencernos de que jamás una revolución, destinada a resultados duraderos, se ha producido en épocas de depresión moral. Los más famosos levantamientos de los campesinos se verificaron por regla general en épocas de relativa prosperidad material. Y es que los miserables carecen de energía; y esa es también la razón por la cual el régimen soviético no tropieza con adversarios de peso. Siendo esto así, no nos asiste el derecho, a mi entender, de juzgar el momento actual por lo que tiene de negativo en cuanto al espíritu; *valdría más tomar como punto de mira lo que nos ofrece por el lado positivo de su Vitalidad*; y entonces, llegaríamos a este resultado, por más raro que a primera vista parezca, para conocer la pasividad espiritual de nuestros contemporáneos: *la pasividad espiritual proviene de una rebelión de las fuerzas no-espirituales, de las fuerzas telúricas.*

G l o s a s

P o r E U G E N I O D ' O R S

JOSE VASCONCELOS.—Una emoción de fraternidad muy profunda me sacude ahora, en presencia de José Vasconcelos. He aquí uno, siquiera, que no hacía trampas. Jugó y perdió. Pero su puesta en el juego no era una ficha conven-

cional, sino de veras, la propia vida; y cuando cortó la baraja fue a filo y altura de su destino.

Perdió. De su magnífica campaña por las luces, pronto, en México, no quedará sino la memoria. Sus bibliotecas se han deshecho. La Colección de grandes obras de literatura universal, que regalaba al pueblo, se ha agotado. No hay ya consignación oficial para *El Maestro*, su orden del día, a la tropa de los educadores. El problema de la elevación del indio a la cultura no ha dado, desde su salida del ministerio, ni un paso más... ¡Ah, pero en cada uno de estos vacíos ha quedado, inconfundible, el sello de una parte de su figura; y en el ensamble de ellos, la figura entera: al modo de aquellos troqueles, donde, en las fundiciones, se enfría el metal hirviendo de las estatuas! Que la huella de un hombre, en un país puede medirse de dos maneras: o por el bulto de lo que aquél ha dejado o por el hueco de lo que sin él se ha perdido.

¡Anda, navega por las rutas de Europa, y de la incertidumbre, creador en América, tan seguro ayer...! Pero que esta incertidumbre sobre el futuro no manche, en tu propia conciencia, el precio de tu pasado. No te quejes de nada, no te arrepientas de nada, no reniegues de nada. En verdad te digo, Vasconcelos, que tú hubiste la mejor parte. Y que este pobre gazpacho que hoy aliñamos juntos en nuestra mesa de jornaleros no fuera tan sabroso de no tener, para sazonzarlo, con las sales de la amistad y los aceites de la filosofía, aquellas esencias cuya acidez has conocido, los vinagres de la ingratitud.

¿Qué es la Dignidad?

Por ILYA EREMBURG

No obstante la mala fe del libro "España, República de Trabajadores", del judío ruso ILYA EREMBURG, y cuyas páginas actualmente son refutadas por ambos lados, en la forma más categórica, por la valentía y espíritu de sacrificio de la nación española, publicamos el presente capítulo por parecernos una de las cosas más afirmativas de la obra. Intenta Eremburg valorar un pueblo cuya aparente inactividad le hacía pensar como a tantos otros de su especie, en un caso de consunción. Para esto se vale de un análisis "en abstracto" de las diversas revoluciones que dieron al traste con la monarquía; pero se le olvidó al ruso (?) comparar la vida total de lo español con la de otros pueblos, con la de su pueblo, por ejemplo; examen de donde hubiera salido una poca más de verdad y humanidad en los juicios. Claro está que al exigirle así el espíritu más recto, Eremburg, saliéndose con la suya, alegraría su

falta de arraigo y pertenencia a una tierra, esgrimiendo su calidad de judío—punto estratégico desde el cual puede lesionar cuanto tiene a su alcance.

La terraza de un gran café en la Gran Vía de Madrid. La una de la madrugada. Han terminado los espectáculos. El público empieza a reunirse; es el público que se llama "distinguido": comerciantes, abogados, periodistas, señoritos. Alrededor de las méstitas, revolotean los vendedores de periódicos, los limpiabotas, los mendigos. Solícitos, buscan el sustento. Una mujerona, morena, vende billetes de lotería. "¡Mañana se sortea!" Otra mujer le trae un niño de pecho. La vendedora de lotería coge tranquilamente una silla, se desabrocha la blusa y se pone a amamantar al niño. Es una mendiga. En las mesas se ven caballeros elegantes. Los camareros de los cafés de París se hubieran echado sobre la mendiga, como una jauría furiosa. En Berlín, su comportamiento parecería tan inaudito, que la someterían a un psiquiatra. Pero, ¿aquí? Aquí la cosa parece lo más natural del mundo. Después de dar el pecho a su hijo, la mendiga vuelve a su trabajo: "¡Mañana se sortea!"

No hay que creer que este sentido democrático de la vida española haya nacido de la burguesía. No, nada de eso; ha nacido a pesar de ella. El burgués español adora la jerarquía, ni más ni menos que sus hermanos extranjeros de clase. Sabe perfectamente que un duro vale cinco veces tanto como una peseta, y su religión está estrechamente enlazada a las matemáticas elementales. El burgués español querría, muy de buen grado, trazar una línea divisoria entre sí mismo y el pueblo, pero no puede. Tampoco puede hacerlo el Estado. Una red sutilísima de leyes antiguas, una tupida telaraña de preceptos: todo está combinado para engañar al campesino analfabeto, pero el llamado "pueblo", esclavizado pero no humillado, impide que se trace esa raya divisoria.

Un señor, abogado del Estado, tramposo en el juego por herencia, va hoy de Segovia a Madrid. El maletero le lleva el equipaje, un equipaje adornado con escudos sospechosos. Ayer, este señor le sacó el dinero a un primo. Hoy, le da una peseta al maletero. El maletero, en lugar de mascullear las gracias, sonríe y extiende la mano: "¡Feliz viaje!" Al abogado no le queda más remedio que aceptar el saludo. En Madrid, un mendigo se acerca al señor Sánchez. El señor Sánchez gesticula: "No llevo suelto". El mendigo se toca cortésmente su sombrero roto: "¡Dispense que le haya molestado!" Sánchez se pone a leer *El Sol* en el parque municipal. A su lado, un obrero masca un chorizo: Sánchez tuerce el gesto. ¡Vaya una vecindad! Entonces, el obrero le ofrece cortésmente: "¿Usted gusta?" En sus adentros, el señor Sánchez no aprueba de ninguna manera aquella familiaridad, pero nació y creció en España. Por lo tanto, puede reconciliarse con ella. Nadie está dispuesto a humillarse ante él. Podrán pedirle una perra. En ocasiones, llegarán incluso a asesinarle, pero arrastrarse a su pies, eso, nunca. Aquí, la pobreza no ha

llegado todavía a ser un deshonor. El burgués francés supo inculcar su moral a sus enemigos más irreconciliables. El pobre en Francia se avergüenza de los agujeros de sus pantalones, del brillo hambriento de sus ojos, de pernoctar en un banco de los bulevares. En España el pobre rebosa dignidad. Tiene hambre, pero es orgulloso. El fue quien obligó al burgués español a respetar sus andrajos.

Tengo la pluma áspera y muy mal carácter. Estoy acostumbrado a escribir de todos esos fantasmas, tan viles como miserables, que gobiernan nuestro mundo. De los Kreigers imaginarios y los Olsons vivos. Conozco bien la pobreza humillada y envidiosa. En cambio, no encuentro palabras para cantar como se merece la pobreza noble de España, la de los campesinos de Sanabria, la de los jornaleros de Córdoba y Jerez, la de los obreros de San Fernando y de Sagunto, la de los desamparados que en el Sur cantan canciones lastimeras, la de los pobres que en Cataluña bailan las gentiles sardanas, la de los que, desarmados, hacen frente a la Guardia Civil, la de los que se hacinan ahora en las cárceles republicanas, la de los que luchan y sonríen, la del pueblo, en fin, pueblo severo, valiente, cariñoso. España no es Carmen, ni son los toreros, ni es Alfonso, ni Cambó, ni la diplomacia de Lerroux, ni las novelas de Blasco Ibáñez, ni todo lo que el país exporta al extranjero junto, revuelto con los chulos argentinos y el "málaga" de Perpiñán. No, España son veinte millones de Quijotes andrajosos y un montón de rocas estériles, aleado todo con una amarga injusticia. España es las canciones tristes como el murmullo del olivo seco, el zumbido de los huelguistas entre los cuales no hay un solo esquiro. España es la bondad innata, el amor al prójimo, la caridad. España es un gran país que supo conservar el ardor juvenil a pesar de todos los esfuerzos que hicieron para apagarlos los inquisidores, los parásitos, los Borbones, los caballeros de industria, los pasteleros, los ingleses, los matones, los mercenarios y los chulos blasonados...

Los campesinos y obreros españoles son psicológicamente mucho más delicados que los más finos moradores de las capitales europeas. La exhibición humana, esta baja obligación de nuestra vida contemporánea, les repugna. No miran, no disputan; acuden en auxilio del necesitado llanamente, como por casualidad. En España no existe el subsidio del Estado para los obreros sin trabajo. El Ministro del Trabajo, socialista, está demasiado ocupado con estadísticas y proyectos. Mientras tanto, el número de los parados va en aumento. ¿De qué viven los obreros que no trabajan? Viven gracias a la ayuda de sus compañeros, que de su mísero jornal ceden siempre un poco para los que aun son más desgraciados que ellos. En Barcelona, los pisos son espaciosos y los salarios muy bajos. Por eso viven varias familias en cada piso. Los que trabajan reparten con los parados. En las aldeas de Extremadura, el jornalero da la mitad de su pan al compañero sin trabajo. Y esto se hace callando, sin que nadie se entere. En Madrid los señoritos se preguntan asombrados: "¿Cómo no se han

muerto ya de hambre los sin trabajo?" Para sacar a un burgués de Berlín cinco marcos para la sopa de los pobres hay que mentarle la Biblia y a Brüning, hay que halagarle: "Tiene usted un corazón noble", hay que prometerle: "Contaremos en el periódico su rasgo generoso", hay que echar mano de la filosofía: "Si no tienen ni una mala sopa, empezarán a asaltar las tiendas..." Lo extraño es que un tipo de esta clase y un campesino de la aldea de Olivens que mantiene a la familia de un compañero sin trabajo, ocultando su sacrificio incluso a los vecinos, puedan designarse con la misma palabra arcaica: "hombre".

"Un duro". Esta palabra hace latir violentamente los corazones de todos los funcionarios de Madrid, de todos los viajantes de Barcelona; pero los aldeanos y los obreros españoles son indiferentes al dinero. Las grandes carreteras no acaban aquí con la hospitalidad. El campesino francés jamás deja entrar en su casa a un forastero. Si le ofrece un vaso de vino, ya es una taberna, y por lo tanto exigirá lo que ese vaso de vino valga en la ciudad más próxima. Si obsequia con queso, es que ha leído en la gacetilla local que ese queso es la especialidad de la región y muy rebuscado por los parisienses. El turista puede entrar en cualquier cabaña desde Galicia hasta Almería; en todas le recibirán con una sonrisa acogedora. Le darán cuanto tengan; pan, hortalizas, fruta. Si ofrece dinero, producirá confusión, a veces ofensa. Quisimos pagar unas manzanas a un habitante de Sanabria. Para él una peseta es una suma considerable. No tiene con qué comprar ni sal ni aceite. Pero miró nuestra moneda y se indignó. El sonido de la plata no ahoga todavía en sus oídos la voz humana. Otro aldeano, cerca de Murcia, nos trajo al auto un puñado de naranjas. No era un aldeano rico; era un pobre viejo que poseía unos cuantos árboles y trabajaba para su vecino por tres pesetas diarias. Sin embargo, rehusó el dinero sencilla y majestuosamente. Una mendiga en Granada me ofreció un pedazo de morcilla de cebolla. En Algeciras un limpiabotas me regaló un cigarrillo. Un golfillo desarrapado de Madrid me obsequió con un caramelo y una sonrisa. Toda esta gente sabe que una sonrisa es más importante para el hombre que una peseta.

Los holgazanes de Madrid, sentados en sus cafés, se lamentan del amargo sino de España. Os dirán que el país parece porque los campesinos y obreros no quieren trabajar... ¡La maldita pereza heredada a través de siglos! No hay necesidad de molestarse en desmentirlo. El mismo Madrid lo desmiente, lo desmienten la misma vida de los holgazanes, sus cafés, sus bancos, sus palacios. ¿Con qué ha sido creado todo eso? ¿Con qué, sino con la tenacidad de los campesinos, que arrancan pan de las peñas, sin abonos, sin máquinas? ¿Con qué sino con el arte de los obreros, que en fábricas arcaicas, entre ingenieros analfabetos y gerentes ladrones, se esfuerzan en fabricar artículos para la exportación?

Es inexplicable cómo puede trabajar un jornalero de Extremadura sin más alimento que el que los médicos prescriben a los gordos ricos co-

mo "régimen de hambre", pero prohibiéndoles todo movimiento y todo esfuerzo.

Los trabajadores trabajan activamente, pero sin la nerviosidad americana. Hasta en el trabajo conservan su dignidad. Ford instaló en Barcelona unos talleres de montaje, con su famosa "cadena sin fin"; pero los obreros no quisieron trabajar con Ford. Un obrero calificado de Barcelona cobra siete u ocho pesetas diarias. Ford paga quince, pero en su fábrica no hay ningún obrero del Sindicato profesional. Sólo hay parias reclutados en el "barrio chino". Los obreros españoles aman su oficio. Son excelentes torneros, zapateros, ebanistas. En el trabajo buscan la creación. Unas pesetas más o menos no les seducen tanto como la libertad.

El derecho al descanso se considera aquí tan necesario y natural como el derecho al aire que se respira. He aquí a un zapatero: ha trabajado varias horas; ahora está sentado en su puerta y escucha... Escucha cómo canta una muchacha cargada con un cántaro, escucha el rebuznar del burro, escucha el alboroto de los chiquillos. Llega un cliente. Hay que poner medias suelas. El zapatero pregunta a su mujer: "¿Tenemos comida para hoy?" Al enterarse de que tienen pan y habas, el zapatero envía al cliente a otro zapatero que está descansando. Un mozo de equipajes de Sevilla, después de llevar un baúl, recibió su propina. "Si lleva usted otro, le daré más". El maletero se niega. Para hoy, ya tiene bastante. Que gane ahora su compañero. Para míster Ford, estos hombres, si no son locos, son unos criminales. No quieren trabajar porque son imbéciles. No entienden que el secreto de la vida está en el ahorro. No se preocupan del día de mañana. Entre los obreros españoles, estos tipos son corrientes. No son perezosos; tampoco son arribistas. Son gente que sabe vivir incluso pasando hambre. Los jornaleros de Andalucía contratan meticulosamente su derecho al tabaco. No quiere decir, claro está, que los obreros de Andalucía fumen puros. No tienen ni para cigarrillos. Se trata sencillamente de quince minutos de descanso, lo que se tarda en echar y fumar un cigarro. Es el derecho, no sólo a trabajar para la prosperidad del señor conde o del señor marqués, sino de tenderse sobre el suelo varias veces al día, mirar a lo lejos o simplemente respirar...

El valor, esta virtud histórica del pueblo español, sólo se conserva entre los obreros y campesinos. A la primera señal de peligro, el rey huyó al extranjero. Los generales, héroes de la guerra marroquí, mueren viejos en los lechos caseros. Los patriotas de Cataluña juran que están dispuestos a morir por la patria, pero lo que en realidad hacen es ganar dinero negociando con Madrid. Antes negociaban con Primo de Rivera; ahora negocian con la República. Los periodistas organizan en los cafés conspiraciones inofensivas, pero ponen a salvo la pelleja, asegurándose con buenas relaciones. Sólo los obreros y los campesinos saben morir. Los fusilaba la Guardia Civil del Rey. Los sigue fusilando la Guardia Civil de la República. Pero ellos saben avanzar contra los fusiles alzando las manos inermes.

Madrid. Septiembre. Una manifestación. Un comunista pronuncia un discurso subido en el zócalo de una casa. Es un obrero. Le escuchan los vecinos del barrio de Cuatro Caminos, obreros y artesanos. Suenan disparos... El orador continúa hablando. La muchedumbre continúa escuchando...

Apenas pasa día sin que los periódicos comuniquen: "En Gijón los obreros se negaron a dispersarse. Un muerto, dos heridos. En la provincia de Granada, una colisión entre la Guardia Civil y los campesinos: tres muertos. En Sevilla, dos... En Bilbao, cuatro... En Badajoz, uno..."

Disparan. El obrero sigue hablando. Los demás siguen escuchando. Una vieja canción española canta el valor. Pero eso era antaño, cuando la temeridad loada por los trovadores no se reducía todavía a los torneos celebrados en honor de esta o aquella dama o en homenaje al rey. La vieja canción española dice: "Mi ornato son mis armas, mi descanso es la pelea, mi lecho las piedras, mi sueño siempre el velar..." Esta canción tienen derecho a cantarla hoy no los salteadores de la guerra de Marruecos, ni los héroes de la República que negociaron con Alfonso su viaje de Madrid a París; tienen derecho a cantarla los campesinos y obreros, los sindicalistas y los comunistas. Verdad es que éstos no tienen aún armas con qué "adornarse". En cambio, hace tiempo que su lecho son las piedras duras, y amando el descanso demuestran ahora que su "descanso" puede resultar muy peligroso para el sueño mullido de la República.

La Rebelión de las Masas

Por JOSE ORTEGA Y GASSET

JOSE ORTEGA Y GASSET representa en España el propósito de incorporar la cultura castiza a las normas de la cultura moderna europea. Con don Miguel de Unamuno, Ortega es la más ilustre figura filosófica de España. Ensayista elegante y hondo, no por ello ha perdido sus excelentes posibilidades en el fragmentarismo. Su libro "La Rebelión de las Masas", de donde tomamos el fragmento siguiente, es una producción de maciza y sobria arquitectura, cuyo interés sobre los problemas del hombre de hoy y de siempre, hacen de este trabajo del gran escritor castellano un libro clásico.

Quedamos en que ha acontecido algo sobremanera paradójico, pero que en verdad era naturalísimo: de puro mostrarse abiertos mundo y vida al hombre mediocre, se le ha cerrado a éste el alma. Pues bien: yo sostengo que en esa obliteración de las almas medias consiste la rebeldía de las masas en que, a su vez, consiste el gigantesco problema planteado hoy a la humanidad.

Ya sé que muchos de los que me leen no piensan lo mismo que yo. También esto es naturalísimo y confirma el teorema.

Pues aunque resulte en definitiva errónea mi opinión, siempre quedaría el hecho de que muchos de esos lectores discrepantes no han pensado cinco minutos sobre tan compleja materia. ¿Cómo van a pensar lo mismo que yo? Pero al creerse con derecho a tener una opinión sobre el asunto sin previo esfuerzo para forjársela, manifiestan su ejemplar pertenencia al modo absurdo de ser hombre que he llamado "masa" rebelde. Eso es precisamente tener obliterada, hermética, el alma. En este caso se trataría de hermetismo intelectual. La persona se encuentra con un repertorio de ideas dentro de sí. Decide contentarse con ellas y considerarse intelectualmente completa. Al no echar de menos nada fuera de sí, se instala definitivamente en aquel repertorio. He aquí el mecanismo de la obliteración.

El hombre-masa se siente perfecto. Un hombre de selección, para sentirse perfecto, necesita ser especialmente vanidoso, y la creencia en su perfección no está constancialmente unida a él, no es ingenua, sino que le llega de su vanidad, y aun para él mismo tiene un carácter ficticio, imaginario y problemático. Por eso el vanidoso necesita de los demás, busca en ellos la confirmación de la idea que quiere tener de sí mismo. De suerte que ni aun en este caso morbosos, ni aun "cegado" por la vanidad, consigue el hombre noble sentirse de verdad completo. En cambio, al hombre mediocre de nuestros días, al nuevo Adán, no se le ocurre dudar de su propia plenitud. Su confianza en sí es, como la de Adán, paradisiaca. El hermetismo nato de su alma le impide lo que sería condición previa para descubrir su insuficiencia: compararse con otros seres. Compararse sería salir un rato de sí mismo y trasladarse al prójimo. Pero el alma mediocre es incapaz de transmigraciones—deporte supremo.

Nos encontramos, pues, con la misma diferencia que eternamente existe entre el tonto y el perspicaz. Este se sorprende a sí mismo siempre a dos dedos de ser tonto; por ello hace un esfuerzo para escapar a la inminente tontería, y en ese esfuerzo consiste la inteligencia. El tonto en cambio, no se sospecha a sí mismo: se parece discretísimo, y de ahí la envidiable tranquilidad con que necio se asienta e instala en su propia torpeza. Como esos insectos que no hay manera de extraer fuera del orificio en que habitan, no hay modo de desalojar al tonto de su tontería, llevarle de paseo un rato más allá de su ceguera y obligarle a que contraste su torpe visión habitual con otros modos de ver más sutiles. El tonto es vitalicio y sin poros. Por eso decía Aantole France que un necio es mucho más funesto que un malvado. Porque el malvado descansa algunas veces; el necio jamás. (1)

(1) Muchas veces me he planteado la siguiente cuestión: es indudable que desde siempre ha tenido que ser para muchos hombres uno de los tormentos más angustiosos de su vida el contacto, el choque con la tontería de los prójimos. ¿Cómo es posible, sin embargo, que no se haya intentado nunca—me parece—un estudio sobre ella, un ensayo sobre la tontería? Porque las páginas de Erasmo no responden a este tema.

No se trata de que el hombre-masa sea tonto. Por el contrario, el actual es más listo, tiene más capacidad intelectual que el de ninguna otra época. Pero esa capacidad no le sirve de nada; en rigor, la vaga sensación de poseerla le sirve sólo para cerrarse más en sí y no usarla. De una vez para siempre consagra el surtido de tópicos, prejuicios, cabos de ideas o simplemente vocablos hueros que el azar ha amontonado en su interior, y con una audacia, que sólo por la ingenuidad se explica, los impondrá dondequiera. Esto es lo que en el primer capítulo enunciaba yo como característico de nuestra época: no que el vulgar crea que es sobresaliente y no vulgar, sino que el vulgar proclame e imponga el derecho de la vulgaridad, o la vulgaridad como un derecho.

El imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual, es acaso el factor de la presente situación más nuevo, menos asimilable a nada del pretérito. Por lo menos en la historia europea hasta la fecha, nunca el vulgo había creído tener "ideas" sobre las cosas. Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios, hábitos mentales, pero no se imaginaba en posesión de opiniones teóricas sobre lo que las cosas son o deben ser—por ejemplo, sobre política o sobre literatura—. Le parecía bien o mal lo que el político proyectaba y hacía; aportaba o retiraba su adhesión, pero su actitud se reducía a repercutir, positiva o negativamente, la acción creadora de otros. Nunca se le ocurrió oponer a las "ideas" del político otras suyas; ni siquiera juzgar las "ideas" del político desde el tribunal de otras "ideas" que creía poseer. Lo mismo en arte y en los demás órdenes de la vida pública. Una innata conciencia de su limitación, de no estar calificado para teorizar, (2) se lo vedaba completamente. La consecuencia automática de esto era que el vulgo no pensaba, ni de lejos, decidir en casi ninguna de las actividades públicas, que en su mayor parte son de índole teórica.

Hoy, en cambio, el hombre medio tiene las "ideas" más taxativas sobre cuanto acontece y debe acontecer en el universo. Por eso ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír, si ya tiene dentro cuanto hace falta? Ya no es razón de escuchar, sino, al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus "opiniones."

¿Pero no es esto una ventaja? No representa un progreso enorme que las masas tengan "ideas", es decir, que sean cultas? En manera alguna. Las "ideas" de este hombre medio no son auténticamente ideas, ni su posesión es cultura. La idea es un jaque a la verdad. Quien quiera tener ideas, necesita antes disponerse a querer la verdad y aceptar las reglas de juego que ella imponga. No vale hablar de ideas u opiniones donde no se admite una instancia que las regula, una serie de normas a que en la discusión cabe apelar. Estas normas son los principios de la cultura. No me importa cuáles. Lo que digo es que no hay cultura donde no hay normas a que nuestros prójimos

(2) No se pretenda escamotear la cuestión: todo opinar es teorizar.

mos puedan recurrir. No hay cultura donde no hay principios de legalidad civil a que apelar. No hay cultura donde no hay acatamiento de ciertas últimas posiciones intelectuales a que referirse en la disputa. (3) No hay cultura cuando no preside a las relaciones económicas un régimen de tráfico bajo el cual ampararse. No hay cultura donde las polémicas estéticas no reconocen la necesidad de justificar la obra de arte.

Cuando faltan todas esas cosas no hay cultura; hay, en el sentido más estricto de la palabra, barbarie. Y esto es, no nos hagamos ilusiones, lo que empieza a haber en Europa bajo la progresiva rebelión de las masas. El viajero que llega a un país bárbaro, sabe que en aquel territorio no rigen principios a que quepa recurrir. No hay normas bárbaras propiamente. La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación.

El más y el menos de cultura se mide por la mayor o menor precisión de las normas. Donde hay poca, regulan éstas la vida sólo grosso modo; donde hay mucha, penetran hasta el detalle en el ejercicio de todas las actividades. (4)

Cualquiera puede darse cuenta de que en Europa, desde hace años, han empezado a pasar "cosas raras". Por dar algún ejemplo concreto de estas cosas raras nombraré ciertos movimientos políticos, como el sindicalismo y el fascismo. No se diga que parecen raros simplemente porque son nuevos. El entusiasmo por la innovación es de tal modo ingénito en el europeo, que le ha llevado a producir la historia más inquieta de cuantas se conocen. No se atribuya, pues, lo que estos nuevos hechos tienen de raro a lo que tienen de nuevo, sino a la extrañísima vitola de estas novedades. Bajo las especies de sindicalismo y fascismo aparece por primera vez en Europa un tipo de hombres que no quiere dar razones ni quiere tener razón, sino, sencillamente, se muestra resuelto a imponer sus opiniones. He aquí lo nuevo: el derecho a no tener razón, la razón de la sinrazón. Yo veo en ello la manifestación más palpable del nuevo modo de ser las masas, por haberse resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. En su conducta política se revela la estructura del alma nueva de la manera más cruda y contundente; pero la clave está en el hermetismo intelectual. El hombre medio se encuentra con "ideas" dentro de sí, pero carece de la función de idear. Ni sospecha siquiera cuál es el elemento sutilísimo en que las ideas viven. Quiere opinar, pero no quiere aceptar las condiciones y

(3) Si alguien en su discusión con nosotros, se desinteresa de ajustarse a la verdad, si no tiene la voluntad de ser verídico, es intelectualmente un bárbaro. De hecho, esa es la posición del hombre masa cuando habla, da conferencias o escribe.

(4) La escasez de la cultura intelectual española se manifiesta, no en que se sepa más o menos, sino en la habitual falta de cautela y cuidados para ajustarse a la verdad que suelen mostrar los que hablan y escriben. No, pues, en que se acierte o no—la verdad no está en nuestra mano—, sino en la falta de escrúpulo que lleva a no cumplir los requisitos elementales para acertar. Seguimos siendo el eterno cura de aldea que rebate triunfante al maniqueo, sin haberse ocupado antes de averiguar lo que piensa el maniqueo.

supuestos de todo opinar. De aquí que sus "ideas" no sean efectivamente sino apetitos con palabras, como las romanzas musicales.

Tener una idea es creer que se poseen las razones de ella, y es, por tanto, creer que existe una razón, un orbe de verdades inteligibles. Idear, opinar, es una y misma cosa con apelar a tal instancia, supeditarse a ella, aceptar su Código y su sentencia, creer, por tanto, que la forma superior de la convivencia es el diálogo en que se discuten las razones de nuestras ideas. Pero el hombre-masa se sentiría perdido si aceptase la discusión, e instintivamente repudia la obligación de acatar esa instancia suprema que se halla fuera de él. Por eso, lo "nuevo" es en Europa "acabar con las discusiones", y se detesta toda forma de convivencia que por sí misma implique acatamiento de normas objetivas desde la conversación hasta el Parlamento, pasando por la ciencia. Esto quiere decir que se renuncia a la convivencia de cultura, que es una convivencia bajo normas, y se retrocede a una convivencia bárbara. Se suprimen todos los trámites normales y se va directamente a la imposición de lo que se desea. El hermetismo del alma, que, como hemos visto antes, empuja a la masa para que intervenga en toda la vida pública, la lleva también, inexorablemente, a un procedimiento único de intervención: la acción directa.

El día que se reconstruya la génesis de nuestro tiempo, se advertirá que las primeras notas de su peculiar melodía sonaron en aquellos grupos sindicalistas y realistas franceses de hacia 1900, inventores de la manera y la palabra "acción directa". Perpetuamente el hombre ha acudido a la violencia: unas veces este recurso era simplemente un crimen, y no nos interesa. Pero otras era la violencia el medio a que recurría el que había agotado antes todos los demás para defender la razón y la justicia que creía tener. Será muy lamentable que la condición humana lleve una y otra vez a esta forma de violencia, pero es innegable que ella significa el mayor homenaje a la razón y la justicia. Como que no es tal violencia otra cosa que la razón exasperada. La fuerza era, en efecto, la última ratio. Un poco estúpidamente ha solido entenderse con ironía esta expresión, que declara muy bien el previo rendimiento de la fuerza a las normas racionales. La civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a última ratio. Ahora empezamos a ver esto con sobrada claridad, porque la "acción directa" consiste en invertir el orden y proclamar la violencia como prima ratio, en rigor, como única razón. Es ella la norma que propone la anulación de toda norma, que suprime todo intermediario entre nuestro propósito y su imposición. Es la Carta Magna de la barbarie.

Conviene recordar que en todo tiempo cuando la masa, por uno u otro motivo, ha actuado en la vida pública, lo ha hecho en forma de "acción directa". Fue, pues, siempre el modo de operar natural a las masas. Y corrobora enérgicamente la tesis de este ensayo el hecho patente de que ahora, cuando la intervención directora de las

masas en la vida pública ha pasado de casual e infrecuente a ser lo normal, aparezca la "acción directa" oficialmente como norma reconocida.

Toda la convivencia humana va cayendo bajo este nuevo régimen en que se suprimen las instancias indirectas. En el trato social se suprime la "buena educación". La literatura como "acción directa", se constituye en el insulto. Las relaciones sexuales reducen sus trámites.

¡Trámites, normas, cortesía, usos intermedios, justicia, razón! ¿De qué vino inventar todo esto, crear tanta complicación? Todo ello se resume en la palabra civilización que, al través de la idea de civis, el ciudadano, descubre su propio origen. Se trata con todo ello de hacer posible la ciudad, la comunidad, la convivencia. Por eso, si miramos por dentro cada uno de esos trebejos de la civilización que acabo de enumerar, hallaremos una misma entraña en todos. Todos, en efecto, suponen el deseo radical y progresivo de contar cada persona con las demás. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuenta con los demás. La barbarie es tendencia a la disociación. Y así todas las épocas bárbaras han sido tiempos de desparramamiento humano, pululación de mínimos grupos separados y hostiles.

La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo y es prototipo de la "acción indirecta". El liberalismo es el principio de derecho político, según el cual, el Poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aun a su costa, dejar hueco en el Estado que él impera para que puedan vivir los que ni piensan ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo—conviene hoy recordar esto—es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo, más aún, con el enemigo débil. Era inverosímil que la especie humana hubiese llegado a una cosa tan bonita, tan paradójica, tan elegante, tan acrobática, tan antinatural. Por eso, no debe sorprender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla. Es un ejercicio demasiado difícil y complicado para que se consolide en la tierra.

¡Convivir con el enemigo! ¡Gobernar con la oposición! No empieza a ser ya incomprensible semejante ternura? Nada acusa con mayor claridad la fisonomía del presente como el hecho de que vayan siendo tan pocos los países donde existe la oposición. En casi todos, una masa homogénea pesa sobre el poder público y aplasta, aniquila todo grupo opositor. La masa—¿quién lo diría al ver su aspecto compacto y multitudinario?—no desea la convivencia con lo que no es ella. Odia a muerte lo que no es ella.

Instrucción Reservada del Conde Revillagigedo a su Sucesor

Del recto gobernante, EL VIRREY GUEMES Y PACHECO, CONDE DE REVILLAGIGEDO, traemos ahora estos breves párrafos de su pormenorizada y substanciosa "Instrucción Reservada a su Sucesor". Revillagigedo, como podrá advertirse por la lectura, siquiera sea, de estos renglones, señala en su Informe muchas de las características de las desigualdades que tanto habian de significar —y significan aún— en el tormentoso desenvolverse de nuestra historia.

Por más esfuerzos que he hecho, y recuerdos que he repetido, no me ha sido posible lograr el que se concluya el plan, estado o padrón de la población de estos reinos; pero por varias noticias y conunicaciones, y por lo que ya haya concluido del padrón, se puede colegir con bastante probabilidad, que la población no pasa de tres millones y medio de almas.

Extendido tan escaso número de habitantes en tan grande terreno, son muy débiles los esfuerzos que se necesitarían reunidos, para que fuesen útiles. Pero aun hay otro principio que los desune y separa más entre sí, y este es la diferencia de castas y división, que entre ellas han sostenido las leyes mismas, privando a las especies de vivir en los pueblos de indios, y conservando por tales medios a éstos en su ignorancia, y a aquellos en su altivez, y el desprecio de las ocupaciones materiales del campo, y casi de todo trabajo corporal, lo cual ha perjudicado no poco a la agricultura.

Al paso que se prohibió en América la entrada de los europeos y personas blancas, que hubieran mejorado de muchos modos la raza de los indios, se han conducido a grande costa, negros que en todos sentidos han afeado y empeorado la casta india, y han sido el origen y principio de tantas castas deformes, como se ven en estos reinos. Ellos ahuyentan también a los europeos del servicio doméstico y de algunos otros ejercicios, porque no es fácil que con las ideas que se tienen en todas partes, de las gentes de semejantes castas, se atrevan a alternar con ellos los que vienen de Europa.

El antiguo sistema de gobierno y de comercio, muy análogos entre sí, impidieron la igual división de los haberes. Los comerciantes, los alcaldes mayores y algunos mineros afortunados, eclesiásticos económicos, solían hacer una fortuna considerable, al paso que el resto de los habitantes de estos dominios, no salían de una pobreza extrema en la mayor parte, o casi el total de sus individuos.

Las fortunas ya indicadas, no permanecerían en el suelo en que se crearon, y por lo regular iban tarde o temprano a consumirse a España, a no ser las que se han invertido en las opulentas fundaciones de conventos, colegios, capellanías, y toda clase de obras pías que abundan en estos reinos.

La diversidad de suertes en extremos tan opuestos, es un obstáculo de la mayor entidad, para es-

tablecer cualquier proyecto de común utilidad, porque no habiendo más que dos clases: a saber, o de muy ricos, o de muy pobres, los primeros no contribuyen a él por falta de voluntad y sobra de medios para resistir las órdenes del jefe: y los segundos, aun cuando tengan los mejores deseos, carecen de posibilidad de ponerlos en ejecución.

* * *

El aseo interior de las casas, no ha adelantado tanto a proporción, como el exterior de las calles, pero no obstante, se advierte y conoce mucha mejora, a la cual habrá contribuido no poco el aseo personal de la clase ínfima de la plebe.

Andaba ésta casi desnuda, contentándose la mayor parte de los individuos de esta clase, con ir envueltos en una manta o sábana, que les servía de traje, de cama y para todos los usos que lo habían de menester.

Para remediar este abandono tan digno de toda atención, pasé orden en marzo de 90, a la Dirección del Tabaco y superintendente de Casa de Moneda, para que dispusiesen que se vistiesen los operarios de ambas casas; descontándoles para ello alguna parte de su jornal.

Ofreció dificultades este método en la Dirección del Tabaco, y habiéndomelas representado y propuesto como más fácil, el que se les diese el término de cuatro meses para que pudiesen vestirse del modo que proponían, conviene en ello, y en 28 de abril de 90, libré orden para que fijasen en la puerta de la fábrica carteles, en cada una de las oficinas de los hombres, haciéndoles saber que pasado el término, no serían admitidos a trabajar, como no fuesen vestidos.

Con esto se consiguió vestir en corto tiempo como diez mil personas, que estimularon con su ejemplo a otras a que hicieran lo mismo. Prohibióse también a los desnudos la entrada en las funciones públicas, en los paseos y en la iglesia catedral en los días solemnes, con la cual, y otras providencias semejantes, como fue la de encargar que en las obras públicas no se admitiesen, sino a los operarios que estuviesen vestidos, se ha logrado ya desterrar la desnudez en la mayor parte de esta capital, y a imitación se asegura, que en otros pueblos del reino ha sucedido lo mismo como era regular, y aun casi preciso, pues todos ellos siguen el ejemplo de la capital.

El Curso Natural de las Revoluciones

Por el Doctor JOSE MARIA LUIS MORA

Precursor interesantísimo de la Reforma e ideólogo del núcleo de más avanzada ejecutoria en la política de la primera mitad de la centuria pasada, el DOCTOR MORA es, según el decir del Maestro Sierra, el pensador político más eminente de su siglo, en México. De sus llamadas "Obras Sueltas", seccionamos estas breves consideraciones cuyo tono, nada más, delata la antigüedad de su fábrica, puesto que todos y cada uno de sus juicios, parecen reclamar actualidad y significa-

ción en la definición de los problemas mismos del país.

Creemos hacer un servicio importante a nuestra República, si damos una idea del curso natural de las revoluciones, fijando el carácter y principios generales comunes a todas ellas, e indicando sus resultados prósperos o adversos, para que teniéndolos a la vista los mexicanos, sepan procurarse los bienes que pueden producir, y precaver supuestos ciertos principios los males que en ellas son inevitables.

Los movimientos que agitan a los pueblos pueden ser de dos maneras. Unos son producidos por una causa directa de que resulta un efecto inmediato. Preséntase una circunstancia que hace desear a una nación entera, o a alguna porción de ella un objeto determinado; la empresa se logra o queda frustrada, y en ambos casos se vuelve a un Estado tranquilo. Los *decemviri* oprimían a Roma con su tiranía: El Parlamento de Inglaterra desespera de ver a la Nación dichosa bajo el dominio de los *Stuarts*, y cambia la dinastía. Las colonias inglesas de América se hallan oprimidas por el fisco de su metrópoli, y las españolas por el sistema prohibitivo y una opresión calculada, unas y otras hacen un esfuerzo, se declaran independientes y sacuden el yugo bajo el cual estaban encorvadas. Estas son las revoluciones felices: se sabe lo que se quiere, todos se dirigen a un objeto conocido, y logrado que sea, todo vuelve a quedar en reposo.

Pero hay otras revoluciones que dependen de un movimiento general en el espíritu de las naciones. Por el giro que toman las opiniones, los hombres llegan a cansarse de ser lo que son, el orden actual les incomoda bajo todos aspectos, y los ánimos se ven poseídos de un ardor y actividad extraordinarios: cada cual se siente disgustado del puesto en que se halla, todos quieren mudar de situación; mas ninguno sabe a punto fijo lo que desea, y todo se reduce a descontento e inquietud.

Tales son los síntomas de estas largas crisis a que no se puede asignar causa precisa y directa; de estas crisis que parecen ser el resultado de mil circunstancias simultáneas sin serlo de ninguna en particular; que producen un incendio general porque todo se halla dispuesto a que prenda el fuego; que no contienen en sí ningún principio saludable que pueda contener o dirigir sus progresos; y que serían una cadena eterna de desgracias, de revoluciones y de crímenes, si la casualidad, y aún más que ella el cansancio no les pusiese término. Tal fue la convulsión que condujo a Roma del gobierno republicano al dominio de los emperadores, por medio de las proscripciones y guerras civiles. Tales fueron las largas agitaciones que sufrió la Europa al tiempo de la reforma de Lutero, período sangriento que fue el tránsito de las costumbres y constituciones antiguas a un orden del todo nuevo. Estas son las épocas críticas del espíritu humano que provienen de que ha perdido su asiento habitual, y de las cuales nunca sale sin haber mudado totalmente de carácter y de fisonomía.

La revolución francesa especialmente, ha presentado un carácter de esta clase, y como todas,

ha sido producida por causas universales y necesarias. Todas las circunstancias de que parece ser resultado, estaban enlazadas unas con otras, y sólo de su enlace y unión recibieron toda su fuerza. Mas, quien podrá persuadirse que cuando los efectos son portentosos, la causa pueda ni deba considerarse pequeña. Cuando se ve que al quitarse una pequeña piedra viene a tierra todo un edificio, ¿podrá nadie dudar que estaba el todo ruinoso? No son necesarias explicaciones forzadas para concebir claramente esta idea. ¿Dígame si no cuál puede ser la causa de las conmociones a que todas las naciones han estado sujetas, cuando se han hallado en una situación semejante?

Una impaciencia tanto más violenta en sus ataques cuanto es más vaga en sus deseos, es la que produce el primer sacudimiento. Todos se entregan libremente a esta sensación sin reserva ni remordimiento. Se imaginan que la civilización, previa siempre a un estado semejante, amortiguará todas las pasiones suavizando los caracteres; se persuaden que la moral se hace tan fácil en la práctica, y que el equilibrio del orden social está tan bien sentado que nada podrá destruirlo: se olvidan de que jamás se podrá impunemente poner en fermentación los intereses y opiniones de la multitud. La calma y los hábitos de subordinación robustecidos por el tiempo, ahogan en el corazón humano ese egoísmo activo, y ese ardor inmoderado que toma vuelo al punto que cada cual se ve obligado a defender por sí sus intereses, efecto necesario cuando el desorden de la sociedad poniéndolos en problema deja de protegerlos y prestarles apoyo por reglas fijas, destruidas las cuales, aparecerá el hombre en su natural ferocidad: entonces la suavidad social cederá su lugar al vicio y a los delitos, y el hombre antes moral por la sumisión al orden establecido, recobrará toda la violencia de su carácter primitivo al dar el primer paso en la carrera del desorden.

Otra de las causas que dan pábulo a la anarquía, es la imprudencia con que se adoptan todo género de opiniones, sobre variaciones continuas y sucesivas de gobierno, y la seguridad con que se les presta ascenso. Como los tiempos que preceden a semejantes catástrofes han sido pacíficos y uniformes, las ideas y los sistemas han corrido libremente sin que haya podido oponérseles nada que los desmienta o los haga sospechosos: la falta pues de experiencia pone en posesión a estas teorías abstractas de una confianza sin límites. De aquí resulta, que a la llegada de la tormenta, cada uno ve comprobada por instantes, la debilidad y flaqueza de sus discursos, por no haber contado con acontecimientos nuevos e imprevisos, cuya falta, habiéndolo hecho errar acerca de los hombres y de las cosas, le trae diariamente por una luz repentina amargos y fatales desencuentros: entonces es cuando ese atrevimiento en opinar empieza a debilitarse, el temor de engañarse se aumenta y cesa la confianza con que antes se aventuraba todo sobre las frágiles seguridades de la razón humana.

Mas antes de que vengan estos saludables desencuentros, es necesario pasar por toda la serie de

calamidades que trae consigo el *idealismo*, porque ni prudencia ni moderación puede esperarse, aun de los hombres más honrados y sabios. La idea de una renovación completa los lisonjea lejos de arredrarlos: el proyecto les parece fácil, y feliz y seguro el resultado: lanzarse a él sin aprensión ni cuidado, y no contentos con modificar el orden existente, ansian por crear uno enteramente nuevo. Esto hace que en poco tiempo la destrucción sea total, y nada escape al ardor de demoler. A nadie se ocurre que el trastornar las leyes y hábitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles y reducirlo a sus primeros principios disolviéndole hasta sus últimos elementos, es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresión. Para que pueda combatirla es necesario que halle ciertos puntos de apoyo, ciertos estandartes a qué reunirse, y ciertos centros de agregación. Si se le priva pues de todo esto, queda reducido a polvo, y entregado indefenso a todas las tiranías revolucionarias.

Tales son los inconvenientes de toda revolución emprendida sin objeto decidido y determinado y sólo por satisfacer un sentimiento vago. Cuando los hombres piden a gritos descompasados la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra, no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo, trastornando cuanto puede contenerlo.

Los primeros autores de esta destrucción se hallan en su mayor parte inspirados por deseos puros y benéficos: así es que cuando se extravían de ilusión en ilusión, ofrecen un título de gloria a su patria, presentando un grande y sublime espectáculo de luces y virtudes. Una reunión de hombres de esta clase en todos los puntos del territorio, obran como de concierto, por la conformidad de sus ideas, para promover los intereses más preciosos de la patria y la humanidad. Se llenan todos del ardor más notable, empeñan en su empresa todas las fuerzas de su alma, y casi todos están prontos a sacrificar a la patria sus intereses personales, sin otra excepción que la de su fama. Como los resultados por lo común no son felices, sus trabajos aparecen vanos y algunas veces insensatos: aquel ardor por establecer principios descuidando de su aplicación y práctica, es muchas veces pueril; y los que han recibido las lecciones de la experiencia después de una revolución, se ven no pocas veces tentados a despreciar a sus inmediatos antecesores, como ellos lo habían hecho con los que les precedieron. Esta propensión es, sin embargo, injusta, pues nadie debe desconocer que es muy fácil juzgar después de los acontecimientos.

Imagínese cada cual trasportado a aquella época que suponemos ha empezado a desaparecer, en que las almas llenas de vigor y de energía necesitaban ocupación y movimientos, en que su ardor apenas hallaba campo suficiente en el espacio que las rodeaba, y en que sus facultades ansiaban por ejercer en toda su plenitud la fuerza de que se hallaban animadas; si se atiende a todo esto con reflexión, no podrá menos de

reconocerse, que semejantes disposiciones son muy expuestas a errores, ni de confesarse que no por eso se debe tener en menos la fuerza y vigor intelectual de los que se han hallado en semejante período. Las primeras chispas de una revolución política, y los primeros pasos de la regeneración social, dan siempre a conocer grandes talentos que se hacen notables por la brillantez y fuerza de su elocuencia, lo mismo que por la firmeza de su carácter. Vuélvanse los ojos a Francia, España y las nuevas repúblicas de América: en todas se encontrarán los defectos de la literatura y filosofía del siglo XVIII; se notará un tono declamatorio, se echará menos cierta sencillez, y aún se advertirán sutilezas poco fundadas; pero jamás podrá dejar de mirarse ni reconocerse la valentía de la elocuencia en la tribuna, la profundidad de la filosofía y la decisión resuelta que se despliega en el ataque y la defensa.

Hasta aquí la primera época de una revolución; se han empezado a sentir ciertos males, más aún no se perciben todos. Insensiblemente va cambiando la escena; el movimiento se comunica de unos en otros; y todos quieren ya tomar parte en los negocios públicos. Pronto se presentan en la escena hombres de un carácter nuevo, por la mayor parte educados en una clase inferior, y no acostumbrados a vivir en aquella especie de sociedad que suaviza el carácter y disminuye la violencia natural de la vanidad, civilizándola constante y moderadamente. Esta clase de hombres envidiosos y encarnizados contra todo género de distinción que da superioridad, y a la cual llaman *aristocracia*, apechugan con las doctrinas y teorías más exageradas, tomando a la letra y sin las modificaciones sociales cuanto ciertos libros dicen sobre *libertad e igualdad*. Con estos nombres honrosos, cubren sus miras personales que acaso ellos mismos todavía no conocen claramente. Unos llenos de Rousseau, que mal entienden, beben en sus obras el odio a cuanto es superior a ellos; otros adquieren en Mably la admiración de las repúblicas antiguas, y pretenden reproducir sus formas entre nosotros, a pesar de la inmensa distancia de tiempo y diferencia de lugares, hábitos y costumbres; éstos, quitando a Raynal, la tea que encendió para reducir con ella a pavezas todas las instituciones, la aplican indiscretamente a su patria y producen una conflagración universal: aquéllos dignos discípulos del fanático Diderot, braman de cólera sólo de oír el nombre de sacerdotes, religión y culto; otros, finalmente, tratan de ensayar fría y tranquilamente sus mal fundadas teorías, y frenéticos de orgullo, nada, ni aún las más desastrosas revoluciones los detienen para ponerlas en práctica a cualquier costa.

Tal es la segunda clase de hombres que toma una parte muy activa en el segundo período de revolución: su perversidad no está del todo fija ni decidida: sus errores son aún todavía en alguna manera disculpables porque tienen mucho de ceguera, y esto hace que no recojan fruto alguno del mal que causan, y que lo paguen bien pronto. Muchos de los que pertenecen a este período re-

volucionario, se hallan por lo general dotados de grandes talentos que hacen brillar bien pronto, especialmente cuando para defenderse tienen que recurrir a la elocuencia, después que esta prenda ha servido de instrumento para atacarlo y destruirlo todo. En estas circunstancias su lenguaje tiene mucha dignidad, bastante verdad y ternura.

Cuando este partido, en el cual no faltan hombres de honradez y buena fe, queda aniquilado, entonces las revoluciones de los pueblos dejan de ser objeto de la historia de las opiniones humanas, y pertenecen solo a la de las pasiones e intereses personales. La máscara con que se cubren los que entonces se apoderan de la sociedad es tan grosera y visible, que a nadie puede engañar, y los más de los que la usan casi no disimulan sus intentos. Sus bajas y viles acciones no tienen en su disculpa ni la excusa del entusiasmo, ni la de la embriaguez mental.

En medio de los crímenes y calamidades públicas, la moralidad no puede tener sino un influjo demasiado precario. Es, sin embargo, digna de notarse una circunstancia que parece ser peculiar de los tiempos civilizados, y es que ninguna facción por bárbara que se suponga, desconoce la necesidad de cubrir sus decretos con un barniz de razón y de argumentos. El más fuerte se empeña siempre en probar que la fuerza no es su sola razón. Todos cuantos dominan en esta época de calamidad, invocan a su favor el sofisma y la declamación; las facultades mentales se ocupan de esto constantemente, y nada dejan sin defender, nada sin alabar. Hállanse filósofos complacientes que disculpan las matanzas, y amigos de la libertad que elogian el poder arbitrario. La poesía no se desdía de prestar sus acentos para celebrar los más crueles excesos y las más tristes desgracias, y usando de un entusiasmo ficticio sabe cantar en medio de lágrimas y sangre. Nada existe ya de literatura ni artes que sean bastantes a suavizar la barbarie de tan desastrosa época. El lenguaje no puede tener persuasión ni fecundidad en tales momentos. El arte no sabe dar efectos permanentes a una elocuencia hipócrita: y aún cuando por una ceguera fatal pueda la imaginación adquirir un cierto grado de calor y de pasión verdadera, sólo puede presentarse a los ojos del sabio y del moderado, como la exaltación de la embriaguez, objeto a un tiempo de compasión y repugnancia.

Cuando las cosas han llegado a este punto, y los hombres se han cansado de sufrir, se aprovecha una circunstancia favorable para verificar un cambio, y entonces se va gradualmente volviendo atrás por la misma escala, aunque por un orden inverso: dichoso el pueblo que no vuelve hasta el punto de donde partió, pues entonces, sin mejorar en nada, como sucedió en España a la caída de las últimas Cortes, ha tenido que pasar por todos los horrores de una revolución. Pero no es esto lo común, sino el quedar en el medio como el péndulo, al cabo de oscilaciones más o menos violentas: entonces es terminada la revolución, se reportan sus frutos, y sus excesos son una lección práctica para evitarlos en lo sucesivo.

AGRADECEMOS INFINITO

a los amigos nuestros que cooperan con su valiosa ayuda al sostenimiento de la

Revista UNIVERSIDAD

Podemos asegurarles que el importe de los anuncios que publicamos NO ES UN GASTO, SINO UNA INVERSION, pues los _____

20,000 EJEMPLARES

que alcanza actualmente nuestra circulación, SE DISTRIBUYEN ESCRUPULOSAMENTE entre personas preparadas culturalmente, y por tanto, consumidoras de los artículos que anunciamos

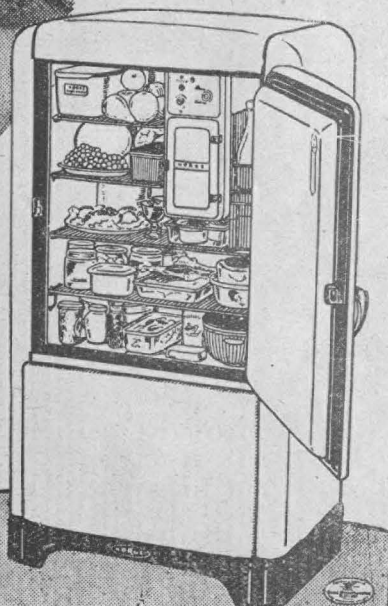
La seriedad de nuestra Revista es una
garantía de la calidad de sus lectores



Al comprar - examine - compare



Vea el "Norge"
antes de hacer su compra



**Refaccionaria
Automotriz**

Telefonos Eric. 3-19-67
Mex. L-50-81

AV. JUAREZ 84
MEXICO, D. F.

Vulcanizadora
Packard y Anexo

AMAURY MUÑOZ

La más moderna
Renovadora

Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar. **¡Hechos, no Razones!**

IMPORTADOR DE ACCESORIOS, REFACCIONES Y NOVEDADES

Distribuidor de las
famosas Llantas y
Cámaras

Goodrich Euzkadi

Tels. Eric. 3-15-97
Mexicana L-19-54

Atenas número 10

México, D. F.

DROGUERÍA COSMOPOLITA

ESQUINA ZOCALO Y PINO SUAREZ

DROGUERÍA DEL REFUGIO

5 DE FEBRERO NUMERO 1

Las dos droguerías mejor surtidas y atendidas en la capital

CARLOS STEIN Y CIA.

Almacén de Drogas

MEXICO, D. F.

APARTADO NUM. 2569

CEMENTO TOLTECA

PORTLAND UNIFORME

3 Horas nos bastan para entregar a Ud. un buen trabajo de Revelado, Impresión, Amplificaciones, Copias Fotostat, mientras Ud. espera

CAMARAS EUROPEAS Y AMERICANAS

Servicio de pedidos por Correo

16 de Septiembre 23

LA ANSCO México, D. F.

LA CASA

HOFFMANN - PINTHER & BOSWORTH, S. A.

NUNCA HA TENIDO SURTIDO SUPERIOR EN
REACTIVOS, COLORANTES Y ESPECIALIDADES.
APARATOS, MEDIOS DE CULTIVO Y ENSERES
PARA LABORATORIOS DE PRIMER ORDEN

Visítenos en nuestro amplísimo local: 8a. calle del Artículo 123, Núm. 128
Teléfonos: Mex. L-03-73. Eric. 2-00-05 Apartado Postal, 684. México, D. F.

CEMENTO AZUL PORTLAND MURKRE

The following is a list of the names of the
persons who have been appointed to the
Board of Directors of the
Company.

ALFRED

ALFRED

TODO ARTICULO RELACIONADO CON LA
PROFESION DENTAL, LE SURTE A PRE-
CIOS SUMAMENTE FAVORABLES EL DE-
POSITO DENTAL DE CONFIANZA

LINDEMANN Y CIA.

ISABEL LA CATOLICA NUM. 1.

Eric. 2-89-45 y 3-03-36.

Mex. F-21-78

ESTA EN PRENSA EL INTERESANTE LIBRO

LAS CACTACEAS DE MEXICO

P o r H E L I A B R A V O H.

DEL INSTITUTO DE BIOLOGIA

Obra aproximadamente de 600 páginas, con más de
300 bellas fotografías originales tomadas en el medio don-
de naturalmente viven las Cactáceas, tan típicas de México.

ESTA DE VENTA EL LIBRO

NOCIONES DE OBSTETRICIA

por el Dr. FERMIN VINIEGRA

Precio del Ejemplar: \$10.00

Pídalos en la Editorial de la Universidad Nacional de México

APARATOS PARA LABORATORIO

PYREX

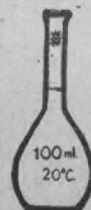
EL CRISTAL SUPREMO

REPRESENTANTES PARA LA REPUBLICA:

Casa Mario Padilla

MOTOLINIA 16

MEXICO, D. F.





Sportsman, turista, magnate, diplomático, juriscónsulto, ejecutivo, legislador o simplemente automovilista, en las manos de todos encontrará usted MONTE CARLO... el cigarro en cuya elaboración están comprendidas todas las cualidades que ofrecen los tabacos más finos y aromáticos... el cigarro que realmente satisface.

Monte Carlo



"MONTE CARLO es una mixtura selecta de tabacos Virginia y Burley"

¿ CÓMO SE CONSERVAN SANOS LOS DIENTES Y LA BOCA ?

- ① Diariamente—de mañana y de noche —
deben limpiarse los dientes con cepillo y pasta
dentífrica y enjuagarse con agua templada.
Hay que limpiar tanto los dientes superiores
como los inferiores de ambos lados.



El dentífrico no debe atacar el esmalte



Ossa Sepia

Los cuerpos con aristas desgastan el esmalte



Conchas de ostras



Blanco de Meudon corriente

Demasiado grueso aún



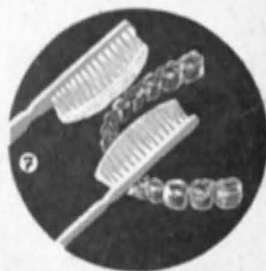
PASTA DENTÍFRICA ODOL

La sustancia empleada para limpiar los
dientes debe ser tan fina como esta Pasta

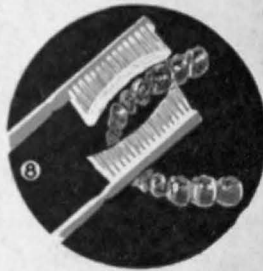
El cepillo de los dientes debe adaptarse a los arcos dentarios



Ineficaz para el interior y el exterior



Ineficaz para el exterior



Ineficaz para el interior



EL CEPILLO ODOL
es el mejor para limpiar los dientes porque
se adapta perfectamente a las curvas de
los arcos dentarios



Reg. No. 2055 T. O. S. P.

LA PASTA DENTÍFRICA ODOL
y EL CEPILLO PARA DIENTES ODOL
permiten un perfecto cuidado de los dientes

No hay que olvidar el enjuague de la boca después de haberse limpiado los dientes



Los detritus alimenticios deben
ser eliminados de la boca.

Las bacterias de la boca se desarrollan
rápidamente en la
cavidad bucal siempre
caliente.



De 100 bacterias resultan en:

$\frac{1}{2}$ hora	$\frac{1}{2}$ hora	2 $\frac{1}{2}$ horas	4 horas
150	200	3200	25000

EL ELIXIR DENTÍFRICO
ODOL
impide el desarrollo de
bacterias nocivas.



Agregando un 2% de ODOL
de 100 bacterias resultan en:

$\frac{1}{2}$ hora	$\frac{1}{2}$ hora	2 $\frac{1}{2}$ horas	4 horas
32	40	177	188

Reg. No. 2060 T. O. S. P.